

JOSEPH MARIE PERRIN, O. P.

RESUCITO PARA MI
LA RESURRECCION DE CRISTO



www.traditio-op.org

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

Título original: *Il est ressuscité pour moi. La résurrection du Christ*

Il est ressuscité pour moi. La résurrection du Christ

- © by JOSEPH MARIE PERRIN. Beauchesne. París.
- © 1974, de la versión española, realizada por JOSÉ MARÍA CARRASCAL MUÑOZ, para todos los países de habla castellana, by EDICIONES RIALP, S. A.—Preciados, 34. MADRID-13.

ISBN: 84-321-1669-6

Depósito legal: M. 20.503 - 1974

Impreso en España. Printed in Spain

P R E F A C I O

La paz sea con vosotros.

(Ioh 20, 19-21.)

*Me ha sido dado todo poder
en el cielo y en la tierra.*

(Mt 28, 18.)

*Saulo, Saulo, ¿por qué me
persigues?*

(Act 9, 4.)

Estas son las primeras palabras que ponen en los labios de Cristo resucitado los testigos, cuyas narraciones han llegado hasta nosotros. Cristo les saluda siempre a la manera de su pueblo, con un acento personal, e incluye también la paz que no puede dar el mundo y que procede de Dios; desde este momento, tiene el poder de amar a todos los hombres y de compartir con ellos su vida; interroga a su perseguidor bien amado y lo remite a su propio corazón. Se muestra como el verdadero Viviente que, hoy, da la vida. Es también el cumplimiento de la promesa que hizo el Señor la víspera de su muerte: «*El mundo no me ve más*», primero por la sepultura, después por la ascensión. Que podamos realizar el co-

nocimiento maravilloso que prometió ese día: «Conoceréis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros» (Ioh 14, 20).

El vocablo Resurrección, «Anastasis», había sido escogido por los primeros cristianos para afirmar su fe y proclamar que Cristo, ejecutado en la cruz, había vuelto a la vida no como un espíritu, sino como un verdadero viviente, en cuerpo y alma; que se había levantado del sepulcro. El Apóstol lo decía con tanto fervor que los atenienses creyeron oír el nombre de una nueva diosa; imaginaron en Jesús y Anastasis una pareja de divinidades nuevas; se interesaron en esta novedad hasta el momento en que su Areópago comprendió que se trataba de la resurrección de los muertos.

En nuestros días, este vocablo resurrección tal vez hace pensar demasiado en un acontecimiento del pasado y no lo bastante en Jesús vivo ayer, hoy, y también por los siglos. Lo seguro es que el acontecimiento proclamado por la voz de los cristianos concierne a cualquier hombre.

Que el Crucificado de la antevíspera esté vivo, y vivo para siempre, es la más pasmosa de las noticias. Por ello, según la frase de Kierkegaard, cualquier discípulo se hace «contemporáneo de Cristo», y, según la del Vaticano II, «a cualquier hombre concierne el misterio pascual». Desde la Ascensión, «cualquier hombre tiene, en su vida, un Dios al acecho»

(Mauriac). La fe cristiana plantea la cuestión del sentido de la vida y da la clave. Jesús decía a sus contemporáneos que pedían un signo que les probara y acreditara su misión: «No le será dada más señal que la de Jonás» (Mt 12, 39 s.).

La Resurrección de Cristo ha sido presentada, a menudo, como la prueba de su misión, como el milagro por excelencia, el más asombroso y el más indiscutible. A pesar de todas las cuestiones actuales, y siempre renacientes sobre la historia de Jesús, su promesa permanece: la resurrección sigue siendo el signo capaz de iluminar cualquier generación, la nuestra como la de su tiempo. Sin embargo, no es sólo eso; Cristo la prometía también como la reconstrucción en tres días del Templo de Dios; de esta forma anunciaba que su Humanidad, que había entrado en la vida definitiva mediante su resurrección, sería para los suyos, para su vida con Dios, lo que el templo era para los judíos: el lugar donde el hombre daría gloria a Dios y presentaría su adoración; el lugar donde vive la alianza que crea este misterio.

Respecto a nosotros, se trata de tomar conciencia de nuestra vida en Cristo: ¿qué es Jesús para nosotros, hoy? ¿Qué somos para Él? En nuestros días, cuando tantas preguntas se plantean, cuando tantas cosas se discuten, parece que, más que nunca, debemos vol-

ver a lo más esencial... Por eso este librito estaba casi listo en mí cuando me pidieron que colaborara en esta exposición de una doctrina de la que tiene sed el pueblo de Dios, interrogado por tantos falsos profetas que le arrojan a la cara las peores noticias, sobre todo esas de «la muerte de Dios», o que presentan un Dios tan lejano y tan inabordable que uno puede, e incluso debe, hacer como si estuviese muerto. Cuanto más se niegan las cosas, el centro debe ser tanto más vigoroso y vivificante.

En los sombríos días que siguieron a la terrible persecución de Nerón, Pablo decía a su amado Timoteo: «Acuérdate de Jesucristo que resucitó entre los muertos» (2 Tim 2,8). Es una llamada semejante a la que yo querría dirigir a tantos hermanos cuya fe se ve turbada por algunos y por las resonancias, amplificadas por la prensa, de algunas defecciones. Qué terrible prueba debió ser para el anciano San Pablo conocer los detalles atroces de aquella persecución que llevaba a la muerte a tantos cristianos, a muchos de los cuales conocía por algunos de sus hijos en la fe. Qué prueba sentir en adelante tal amenaza sobre su acción. Qué tristeza, sobre todo, conocer las traiciones y las defecciones que no pudieron dejar de producirse: «Demas me ha abandonado por amor de este siglo...» (2 Tim 4, 10). ¿Cuál es el sentido de esta dolorosa frase?

¿Quién lo sabe...? «¡Y tú acuérdate de Jesucristo que resucitó de entre los muertos!»
¿Por qué no voy a contar esto? No puedo olvidar la resonancia que adquirió en mí esta frase del Apóstol, cuando la escuché en la comunidad, a la que volvía de un viaje, al día siguiente de una deserción que, más o menos, nos ponía a todos en evidencia y podía hacernos pasar por falsos testigos... Esto subraya, de pasada, que este libro, que pretende ser plenamente objetivo, ha nacido en la actualidad más atormentada de nuestro tiempo y de las cuestiones que agitan el mundo. El desarrollo de las ideas revela, sin duda, un mal más íntimo. En el fondo del hombre moderno hay una angustia incurable y contagiosa, la de vivir. Podría decirse que la significación esencial de los desórdenes actuales es la disyunción entre la sed absoluta de ser y el rechazo asqueado del mundo tal como es. A este llamamiento, Cristo responde: «Yo soy la vida», y en el misterio pascual es donde los discípulos deben, por ellos mismos y por el mundo, tomar la vida. La doctrina que nos presentan de su parte ¿pone en ésta relación con él? ¿Hace de cada ser una comunión con el Viviente? «Porque yo vivo y vosotros viviréis», decía. Pero si da un alma de discípulo, el verdadero Cristo, el que en Pascua entró en la actualidad de todos los hombres y de todos los tiempos, da también un entusiasmo apos-

tólico. El que se adhiere al Resucitado nunca será profeta de la desgracia, ni de derechas ni de izquierdas; hoy es un buen día porque Cristo está vivo; es un día de trabajo el que despunta porque el Señor nos espera.

Pocas escenas serán capaces de explicar mejor el enfrentamiento entre el cristiano y el mundo que aquella donde San Lucas, al final de los Hechos de los Apóstoles, cuenta la comparecencia de Pablo ante el rey Agripa, en Cesarea. De un lado, tenemos a ese pobre judío, ese prisionero cuya muerte pide todo un pueblo como si se tratase de la plaga más sombría y más amenazadora; de otro, al rey Agripa con todo su esplendor real y, junto a él, a su hermana Berenice, cuya célebre belleza iba pronto a seducir al mismo Tito...; el gobernador romano y los funcionarios civiles y militares del Imperio en su provincia; lo principal de la ciudad. Es decir, el judaísmo y el paganismo a la vez, el desarreglo y la dureza, la potencia ocupante... ¿Qué hace Pablo? Dice su testimonio, cuenta el encuentro con Cristo que ha transformado su vida. Este pobre, este cautivo encadenado, tiene en el corazón bastante valor, libertad y alegría para ofrecer a todos esos: «Por poco más o por mucho más, pluguiese a Dios que no sólo tú, sino todos los que me oyen, se hicieran hoy tales como lo soy yo, aunque sin estas cadenas» (Act 26, 29). Este es su alegato.

Unos años después se abatieron sobre la Iglesia terribles desgracias; no se trata ya sólo de la persona de Pablo (fue absuelto una primera vez por el emperador, al que había apelado); se trata de la fe naciente contra la que hace estragos la persecución del más cruel tirano, Nerón. Pablo no se ha librado, parece, sino por su alejamiento de Roma en el momento en que se prendió el incendio de la persecución. A propósito de eso es su «acuérdate de Jesucristo que resucitó de entre los muertos»; acuérdate, no para huir del presente y escapar a sus amenazas, no para evadirte de sus dificultades y de sus insoportables asperezas, no para consolarte de tus fracasos; no, acuérdate de Él para trabajar mejor, para penar como el soldado en la batalla, como el atleta en sus entrenamientos, como el labrador en su surco...

Demasiados cristianos creen justificarse condenando; la fe activa y personal en el Resucitado les pondrá en la verdad; lo mismo que les ha preservado de los falsos Cristos, les inmuniza contra un cristianismo desencarnado e intemporal. «*Vox temporis, vox Dei*». La voz de nuestro tiempo es la de Dios, es la de Cristo que ama a este mundo de hoy y cuenta con los suyos para amarlo y estar presente en él.

Porque uno de sus aspectos se ha realizado en el tiempo, la Resurrección no se puede estudiar sino interrogando a los testigos y a las tradiciones de ellos recibidas. En nuestro

tema se nos presentan, sobre todo, dos grandes testigos: Juan y Pablo (sin hablar de las epístolas de San Pedro, que no omitiremos).

Juan tenía poca cultura humana en el momento de su vocación; después de que se unió ardientemente a Jesús, descubrió poco a poco, a través de sus milagros, signos indiscutibles de su misión y manifestación de su gloria; lo descubrió también a través de las enseñanzas que el Maestro no cesaba de dar al grupo de discípulos que se habían hecho compañeros de su vida. Comprendió quién era Jesús en el sepulcro vacío de la mañana de Pascua y ya no cesó de volver a pensar, para sí mismo, las palabras guardadas por su memoria y reflexionadas a la luz de la revelación pascual. Este es el testimonio que entrega al fin de su larga existencia, después de una meditación de más de medio siglo y de la experiencia de la vida, éxitos, fracasos, luchas, discusiones de la comunidad cristiana, en este medio tan especial del Próximo Oriente helenizado a fines del primer siglo de nuestra Era. Escribe (probablemente dicta); escoge unos determinados hechos, algunos tan sólo, para compartir con sus lectores su fe y la vida en Cristo que proporciona esa fe. Los estudios contemporáneos hacen resaltar, cada vez mejor, el arraigamiento en el Antiguo Testamento de este pensamiento expresado en griego vulgar, sin afectación, sin cultura literaria, afrontado con la

manera de hablar y de pensar del medio ambiente.

Pablo, por el contrario, nacido en Tarso, tiene la cultura humana de un hombre de su tiempo; ha seguido verdaderos estudios teológicos en judaísmo; evoca la cátedra de Gamoliel, uno de los maestros más reputados de Jerusalén. De un solo golpe, en el camino de Damasco, ve que Cristo está vivo; ya nunca acabará de extraer las consecuencias de esta experiencia; apenas habla de la vida histórica de Cristo, aunque no la ignora y aunque sus alusiones a la vida de Jesús, a su muerte sobre todo, muestran que está al corriente de ella; e incluso habla poco de su divinidad y del misterio de Dios, aunque cree en él, lo ha experimentado y lo expresa, de vez en cuando, con fórmulas conmovedoras. Escribe cartas de circunstancias a determinadas iglesias. Todo comienza en su encuentro con Cristo actualmente vivo y se refiere al designio de salvación que realiza al atraerle hacia sí. Es emocionante ver cómo el Nuevo Testamento, cuando uno estudia cronológicamente la formación de los diferentes textos, empieza con las epístolas de San Pablo, se continúa con los evangelios sinópticos y se concluye con los escritos joánicos¹.

¹ E. CHARPENTIER ha sabido poner de relieve la manera cómo se ha formado poco a poco el Nuevo Testamento, en su libro *Ce Testament toujours nou-*

Se ha hecho notar, muy felizmente, que San Juan y San Pablo tenían cada uno su Cristología; es decir, su propia manera de presentar el único misterio en el que creían con una fe única; cada uno insiste en determinados aspectos; cada uno tiene su propia manera de expresar su fe, su experiencia vivida y su vida mística. Divergencias y convergencias que son la mejor prueba de una verdad que alcanzan independientemente el uno del otro, proclamándola cada uno por su cuenta y manifestándola así mejor.

Cada año, la fiesta de Pascua nos hace revivir este acontecimiento; pero cada domingo, primer día de la semana, día siguiente del *sabbat*, «día del Señor», debe hacer presente en nuestra fe la resurrección de Cristo. En todo momento, en cualquier ocasión, debe el cristiano percibirse, quererse, unido al Resucitado actualmente vivo, actuante y resistente como tal.

Este libro no tiene la pretensión de decir todo el contenido del Misterio Pascual ni siquiera de resumir todo lo que se ha escrito en estos últimos años sobre este Misterio; que-rría tan sólo expresarlo hoy y ayudar a dis-

veau (ed. Arthème Fayard). La lectura de su libro casi bastaría para suprimir las dificultades que se crea un hombre de nuestro tiempo al leer, fuera de ese orden cronológico, los textos del Nuevo Testamento.

cernir en él las riquezas y las promesas de vida, porque en lo más profundo de nuestra existencia nos vemos afectados; ha resucitado para cada uno de nosotros, *como ha muerto para tenernos con Él*. Este estudio no tiene otra ambición que repetir la fe de la Iglesia, de ayer y de hoy, expresada en el Símbolo de Nicea.

Pablo VI, en el discurso de apertura de la segunda sesión del Concilio, evocaba con emoción el esplendor del Resucitado: «Mientras se eleva nuestra plegaria, Nos parece que Él mismo se presenta a nuestros ojos encantados y agitados, en la majestad del Pantocrátor de vuestras basílicas, hermanos de las Iglesias de Oriente, y también de las de Occidente. Así, en el espléndido mosaico de la basílica de San Pablo *extra Muros*, Nos vemos representados en ese humilde adorador, nuestro predecesor el papa Honorio III, que, pequeño y como anonadado en tierra, besó los pies del Cristo de inmensa estatura que domina y bendice con una majestad real la asamblea reunida en la basílica, es decir, la Iglesia.» En comunión con todos sus hermanos en el episcopado, al terminar el año de la fe y en nombre de la Iglesia entera, formulaba de nuevo este misterio añadiendo sólo estas palabras que hablan del carácter existencial de la fe cristiana: «Resucitó el tercer día, elevándose por su resurrección a esa participación en la vida

divina que es la vida de la gracia» (30 junio 1968). De esta fe común a todos los cristianos querría ser expresión este libro. Bien para los cristianos, bien ante los no cristianos, sólo quiere ser la proclamación de la fe de los cristianos por uno de ellos.

J. M. PERRIN.

PRIMERA PARTE

EL ACONTECIMIENTO PASCUAL

INTRODUCCIÓN

«Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo» (Mt 11, 27). Estas palabras, llenas de una infinita verdad, rechazan toda vana curiosidad cuando nos acercamos a la tumba vacía. Si lo más profundo de la vida de Cristo, desde su encarnación hasta su muerte, se nos escapa, ¡cuánto más su resurrección! Es su propio secreto, es el secreto de Dios; los signos que lo manifiestan, la huella que ha dejado, no están en proporción con la realidad gloriosa del misterio. Cada año, la liturgia pascual lo repite a los cristianos en un estilo lleno de poesía: «Noche de verdadera felicidad que es la única que ha podido

saber el tiempo y la hora en que Cristo salió vivo de la morada de los muertos» (*Exsultet*).

La resurrección de Cristo es el secreto de Dios; ninguna criatura ha sido testigo y ninguna inteligencia puede sondear el misterio. En este sentido, es un hecho trascendente que escapa a la historia y no puede ser comprendido más que por la fe, es decir, a la luz de Dios. Dios se ha dignado revelárnosla.

Las apariciones de Cristo mostrarán que vive y que no hace falta buscar en el pasado a aquel que está actualmente vivo y presente-mente actuante. Nos dirán que no hay que reducir el día de Pascua al día segundo y triunfal después del Viernes Santo, sino contemplar en ella el hoy del amor que diviniza a los hombres; en lo sucesivo, es en la eternidad donde reencontraremos a aquel que fue crucificado bajo Poncio Pilato.

Para tener acceso al misterio es indispensable estudiar con gran cuidado lo que las narraciones evangélicas nos dicen del acontecimiento pascual y de la manera como la fe en Cristo, adueñándose de los discípulos, entró en el mundo; nunca debemos perder de vista, sin embargo, que este primer domingo es cada día de nuestra vida.

I. EL SEPULCRO VACIO

El estado anímico de los discípulos

Para comprender cómo la realidad de la resurrección se imponía a los discípulos y, por ellos, se extendía en el mundo, es necesario reflexionar profundamente sobre el estado anímico del grupo apostólico al día siguiente de la Pasión. ¿Cómo saber las diversas reacciones de los discípulos y, más aún, la manera de hacer de Aquel que quiere hacerse reconocer por ellos y confiarles la más asombrosa de las misiones? El plan de salvación universal será edificado sobre ellos.

El grupo de los discípulos está abatido; el pastor ha sido herido y las ovejas, las que no han huido, están sin defensa y sin esperanza, aterrorizadas por el golpe que ha herido a su

jefe. Todo ha terminado en sus esperanzas, en su razón de vivir; sólo son personas acorraladas que no saben lo que hacer.

Para ver un poco esta situación espiritual tenemos, me parece, dos vías de acceso: la que ofrece analogía con cualquier grupo humano en una circunstancia parecida y la que hace presentir la desproporción entre el grupo apostólico y este momento del plan de Dios.

Unos guerrilleros, una organización de resistencia, un pueblo cuyo jefe responsable hubiera sido detenido o ejecutado, al que hubiera traicionado uno de sus miembros y donde todo se hubiese desorganizado..., una familia en la que todos dependían del padre y a este padre lo hubieran hecho prisionero... ¿Qué más? Estas comparaciones son pobres, débiles, pero sin embargo expresivas. ¿Por qué no íbamos a sentir las preguntas secretas y las sordas divisiones que resultan de actitudes diferentes ante el peligro común? Un sufrimiento soportado en conjunto, una resistencia valerosa querida con un solo corazón, forjan una comunidad; pero las cobardías, las reacciones diferentes, la disgregan profundamente. ¿Quién sabe si la desigual carrera entre Pedro y Juan no se debe más a su actitud durante la Pasión que a la diferencia de edad? Sin embargo, Juan dejará pasar a Pedro, cuya autoridad conoce.

No nos es posible imaginar, sobre todo, des-

pués de veinte siglos de cristianismo, lo que fue, para el grupo de los discípulos, el escándalo de la cruz. Nunca hubieran podido presentir tal fracaso de su Maestro, tal ignominia que condenaba su empresa, tal impotencia ante sus jueces y sus verdugos e incluso ese grito desesperado que parecía desmentirlo todo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27, 46). Un crucificado era para ellos, como para cualquier judío, un maldito de Dios (cf. Dt 21, 25). No concebían, según sus ideas religiosas, la posibilidad de una comunicación entre los muertos y los vivos; no tenían incluso, según parece, los medios para concebir una resurrección definitiva individual: si admitían y esperaban la resurrección de los muertos era sólo una resurrección colectiva y nacional, como parece anunciarla el profeta Daniel (cf. Dan 12, 25).

Al grupo desamparado, humillado en su jefe por su triple negación, espantado por la muerte que les amenaza, nada le queda; sólo un recuerdo y un sepulcro, el sepulcro donde yace aquel que, en la cruz, ha derramado su sangre hasta la última gota.

Ahora bien, al despuntar el día, en el día tercero, estalla una noticia que aumenta su consternación y su espanto: la piedra sepulcral ha sido apartada; el sepulcro está vacío.

Un poco más tarde, cuando las santas mujeres lleven a los apóstoles el mensaje de los

ángeles, no lo creerán y tratarán sus afirmaciones de «desatinos» (Lc 24, 11); eso no reanimará apenas su esperanza y su valor, tan lejos están de prestarse a la idea de una resurrección aunque fuese simplemente una simple reanimación. Lucas, que no estaba presente, ha sabido transmitir la atmósfera de esas horas densas, en las conversaciones que mantienen los discípulos de Emaús con el misterioso viajero que no han reconocido. «¿Qué discursos son estos que vais haciendo entre vosotros mientras camináis? Ellos se detuvieron entristecidos y, tomando la palabra uno de ellos, por nombre Cleofás, le dijo: ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no conoce los sucesos en ella ocurridos estos días? Él les dijo: ¿Cuáles? Contestáronle: Lo de Jesús Nazareno, varón profeta, poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo; cómo le entregaron los príncipes de los sacerdotes y nuestros magistrados para que fuese condenado a muerte y crucificado. Nosotros esperábamos que sería Él quien rescataría a Israel; mas, con todo, van ya tres días desde que esto ha sucedido. Nos dejaron estupefactos ciertas mujeres de las nuestras, que, yendo de madrugada al monumento, no encontraron su cuerpo y vinieron diciendo que habían tenido una visión de ángeles que les dijeron que vivía. Algunos de los nuestros fueron al monumento y hallaron las cosas como las mujeres

decían, pero a Él no le vieron» (Lc 24, 17-24).

Al fin de la jornada, la noticia de la resurrección se ha confirmado para el grupo apostólico porque el Señor se ha mostrado a Pedro; pero esta resurrección se ha realizado de una forma tan discreta, tan desconcertante, tan poco conforme con sus concepciones, que las puertas del lugar donde ellos se mantienen están «cerradas por temor de los judíos» (Ioh 20, 19). A continuación, las diversas apariciones afirmarán su fe hasta darles la evidencia de la vida resucitada del Señor; ya no habrá más lugar en ellos para la duda: Pedro será confirmado en su misión de lugarteniente del Buen Pastor cerca del rebaño y habrán oído, de labios del Resucitado, muchas cosas sobre el Reino de Dios: «A los cuales, después de su Pasión, se presentó vivo, con muchas pruebas evidentes, apareciéndose durante cuarenta días y hablándoles del Reino de Dios» (Act 1, 3).

No obstante, la oposición entre los hechos que viven y su mentalidad está lejos de reducirse; leen el Antiguo Testamento con preocupaciones de desquite y de triunfo nacionalista y este espíritu se ve alimentado por la literatura apocalíptica de la época; la resurrección de Cristo se parece tan poco en sus dimensiones sociales a las teofanías anunciadas en la Biblia y a esta venida en gloria derrumbando montañas, cedros y rocas que, en el camino

de Betania, plantearán al Maestro que va a alejarse esta única pregunta: «Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino de Israel?» (Act 1, 6). ¡La última pregunta del hombre a su Dios que viene para hacerle compartir su vida!

Felizmente, Cristo va a enviarles el Espíritu que les anunciará todas las cosas y nacerá un mundo nuevo donde se conocerá el amor de Dios y donde se creará en Él. Pedro será el Heraldo de este mundo nuevo porque poseerá plenamente su sentido: «Dios le resucitó al tercer día y le dio manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos de antemano elegidos por Dios, a nosotros, que comimos y bebimos con Él después de resucitado de entre los muertos» (Act 10, 40 s.). El juez que salvando su vida.

El primero que creyó

Para comprender cómo el misterio de la resurrección, secreto de Dios, se hace luz de los hombres, es normal interrogar primero a San Juan; es un testigo directo y estuvo personalmente comprometido; sabe unir, mejor que otro alguno, el sentido teológico a la presencia concreta, y éste podría ser muy bien uno de los casos en que, a su manera firme y discreta, cabe completar algunos datos de sus ante-

cesores. Ahora bien, en este caso el testimonio joánico es formal: Pedro y el otro discípulo se han lanzado hacia el sepulcro a la llamada de María Magdalena; ésta, entonces, nada sabe si no es que el sepulcro está vacío; sólo más tarde (según la narración del mismo San Juan) tendrá la revelación de los ángeles; ellos, por el momento, sólo tienen esta única información: «Han tomado al Señor del monumento y no sabemos dónde le han puesto» (Ioh 20, 2).

Ante esta noticia, Pedro y Juan se precipitan corriendo; otros tal vez con ellos, pero Juan sólo habla de Pedro sin decir, sin embargo, lo que pasa en su conciencia. Los dos apóstoles corren juntos; Juan llega el primero, pero se queda a la entrada; deja pasar a Pedro que comprueba el estado del lugar. Luego entra, ve, y cree. Estos tres verbos tan simples son trastornantes. A poco que uno se deje llevar, escucha en su memoria, como una reminiscencia literaria, la frase famosa de César: «Vine, vi, vencí.» ¡Pero qué diferencia! Tal vez sea incluso una relación de mal gusto porque Juan no obtiene victoria, sino que es un vencido y se trata del orden de la caridad donde se encuentra a Dios. Por lo menos, esta relación hace sentir la asombrosa simplicidad y la ausencia de cualquier afectación en la frase del Apóstol: «Vio y creyó». La antevís-

pera había sido el último en dirigir una larga mirada de adiós a este sepulcro que, al cerrarse, rompía tantas cosas; lo vuelve a ver ahora; los paños están en tal orden, en tal disposición, que no puede dudar: el sepulcro no ha sido profanado; el cuerpo de Cristo no ha sido trasladado.

«Creyó» como, pronto, después de la primera aparición, creyeron los otros apóstoles; como, ocho días después, creerá Tomás. A través del signo, percibe el misterio; se entrega a Aquel a quien había seguido como discípulo y como amigo y cuya gloria divina comprende ahora. Este signo del estado del sepulcro fue tanto más expresivo para él cuanto que la antevíspera lo había mirado con la atención de su amor y del dolor; pero la fe es siempre don de Dios y no conclusión de un razonamiento o interpretación de un hecho. Dios habla a través del signo y es esta palabra interior la que le da la fuerza. ¿Cómo no comprender ahí una atención del Amigo divino que responde con magnificencia a la fidelidad de Juan? El discípulo había permanecido junto a la cruz, fiel en el dolor entre los abucheos; había tomado parte en el entierro. Allí mismo, dos días después, su Amigo le revelaba ya la gloria de su Personalidad. El encuentro directo de las apariciones, para las que estará entre los otros, le dará no la fe —que había

recibido ya—, sino la alegría de volver a ver al Señor y de contemplar su gloria¹.

¿Qué pasa en el alma de Pedro? Nunca lo sabremos. Juan habla en singular de su propia fe y volverá a emplear en seguida el plural para explicar la ignorancia de la Escritura en que ambos estaban antes de Pascua: «aún no se habían dado cuenta de la Escritura, según la cual era preciso que Él resucitase de entre los muertos» (Ioh 20, 9).

Lucas guarda el recuerdo de Pedro volviendo del sepulcro lleno de desconcierto y sin haber comprendido nada: «Pero Pedro se levantó y corrió al monumento, e inclinándose vio sólo los lienzos, y se volvió a casa admirado de lo ocurrido» (Lc 24, 12). Así, pues,

¹ No sé si esta insistencia y esta interpretación sorprenderán a más de un lector; suele uno detenerse en el detalle anecdótico de la desigual carrera de Pedro y de Juan, pero ¿se da su importancia a ese «creyó»? Esta palabra toma aún más relieve al meditar atentamente las narraciones de la resurrección ateniéndose únicamente al capítulo 20 del Evangelio de San Juan; el capítulo 21 (apariciones al borde del lago, confirmación de Pedro en su misión y anuncio de su martirio) parece que fuera un apéndice que distrae la atención del punto central que es la fe yendo hasta descubrir en Cristo resucitado su señorío y su divinidad. No pienso, pues, que este comentario supere, por poco que sea, la fuerza de la palabra de Juan: «Creyó.» Los trabajos y las investigaciones exegéticas, descubriendo las huellas de reacciones sucesivas, dan nuevas luces a la fe cristiana. Así sucederá, ya lo veremos, con la primera redacción de Marcos.

Juan fue el único que percibió inmediatamente el significado del sepulcro vacío; las santas mujeres tuvieron necesidad de revelaciones angélicas que, según Marcos, no llegaron a librarles del terror que se había apoderado de ellas. Pablo, en su testimonio confirmando la resurrección, aunque habla del entierro, no insiste sobre la tumba vacía.

Entre los testigos de Pascua, Juan se presenta, pues, como el primero que comprendió el misterio y recibió la fe a través de un signo irrecusable y personal. Tal vez se sentiría uno tentado de relacionar ahora, en una fuerte antítesis, el nacimiento de la fe en la conciencia de San Juan y en la de San Pablo. San Juan, el mejor amigo, aquel cuyo amor fue el más intuitivo, recibe esta certeza frente a la tumba vacía; Pablo, el enemigo más encarnizado, será arrebatado a su pesar, en la ceguera de su odio perseguidor, por la victoria de una luz más deslumbradora que esta ceguera. El primero lo sabe todo sobre la vida y sobre la muerte de Cristo; el otro nada sabe. El primero no ve más que un signo que los demás no comprenden; el otro es asido por Cristo glorificado en persona... ¿Para qué continuar con esta antítesis? Uno y otro no tendrán más que un testimonio: Cristo resucitó verdaderamente.

Las santas mujeres y las revelaciones angélicas

Las santas mujeres venían al sepulcro, impulsadas por el instinto de su amor, para tributar al cuerpo de Jesús los deberes que la piedad inspira respeto a los muertos. Presentes en la cruz y en el sepulcro, conocían la muerte de Cristo y su entierro; sabían también que el embalsamamiento había sido apresurado, y, sin duda, querían completarlo. La apertura de la tumba y la ausencia del cuerpo no tuvieron otro efecto que aterrarras, ya lo hemos dicho; fueron, pues, revelaciones angélicas las que les anunciaron el misterio Pascual: «No os asustéis. Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el sitio en que le pusieron» (Mc 16,6).

En la Biblia, los ángeles hablan de parte de Dios; expresan sus pensamientos y tienen parte en su autoridad. Conocemos, pues, ahora, enseñado por Dios mismo, el sentido del sepulcro vacío y conocemos el mundo nuevo que inaugurará la gloria del Señor. San Marcos estaba tan convencido que detuvo ahí la primera redacción de su Evangelio, pareciéndole que, a partir de eso, todo estaba ya dicho»².

² El final de san Marcos, del versículo 9 al fin, parece deberse a otra redacción; la Iglesia no lo ha considerado menos inspirado; puede haber reemplazado

El testimonio de las santas mujeres no fue, sin embargo, acogido; sus afirmaciones parecieron a los apóstoles «desatinos» y San Pablo ni siquiera las menciona en la lista de apariciones que fundamentan la fe de la Iglesia. Sería, sin embargo, injusto considerar su testimonio desdeñable: presentes en el Calvario y en el entierro, sabían sobre la muerte y la sepultura del Señor lo que ignoraban los apóstoles, y fueron ellas quienes, al dar la alarma, se constituyeron en las primeras anunciadoras de la alegría pascual; el Señor, en persona, se les muestra.

Tal vez hace falta añadir una última observación: el hecho del sepulcro vacío, del que San Pablo ni siquiera hace mención para atestiguar la verdad de la resurrección, seguía siendo, a pesar de todo, un problema en el medio judío de Jerusalén que se oponía al Evangelio, ya que San Mateo tiene empeño en recordar cómo habían sido sobornados los guardias del sepulcro para que hicieran creer en un traslado del cuerpo hecho por los discípulos durante su sueño. Si este medio no hubiera admitido como un hecho irrecusable

zado un final del propio Marcos, final que habría desaparecido, o haber sido añadido por la comunidad primitiva para completar el Evangelio con la mención de algunas apariciones del Señor y de la misión confiada a los apóstoles.

el sepulcro vacío, la insistencia del Evangelio no habría tenido sentido alguno ni para los creyentes ni para los incrédulos y San Mateo alude a una opinión que seguía siendo aún corriente una treintena de años después de la muerte de Cristo. Se comprende entonces la pregunta irónica que la liturgia plantea a los guardianes: «¿Por qué no han velado sobre la piedra de justicia? Que lo entreguen sepultado o que lo adoren con nosotros resucitado.» (*Visperas de Pascua*, rito dominico.)

El sepulcro que las mujeres encontraron vacío en la mañana del tercer día no es un accesorio en las narraciones evangélicas; de la misma forma, nuestros cuatro testigos se encuentran en este punto y lo atestiguan con la misma fuerza. El enterramiento probaba la verdad de la muerte; la desaparición del cuerpo, comprobada, da la alarma e impedirá que se confunda la resurrección con esas manifestaciones de fantasmas y de espíritus en los que creían fácilmente los antiguos; obligará sobre todo, a los cristianos procedentes del helenismo, a no confundir la fe revelada por Dios con una inmortalidad más o menos vaga. Por una metamorfosis que excede a nuestra inteligencia, el cuerpo ha entrado en la vida nueva del Resucitado y es El mismo, en persona, quien va a hacerse ver por los suyos.

II. LAS MANIFESTACIONES DEL RESUCITADO

La resurrección de Cristo es el acontecimiento central del plan de Dios. El centro y la cúspide de la historia de los hombres y lo esencial del mensaje y de la enseñanza de la Iglesia en el mundo: «Resucitó; nosotros somos testigos» es la proclamación que resuena por todas partes, desde el día de Pentecostés, cincuenta días después de Pascua.

No hay, sin embargo, proporción alguna entre la fe de los apóstoles, proclamada desde el primer día, y los relatos de las manifestaciones de Jesucristo dos días después de su Pasión; testimonios indiscutibles, irrecusables, nos desconciertan por su brevedad y su simplicidad. Este hecho tiene una gran significación; nunca un cristiano debería perderlo de vista, sobre todo cuando habla del aconteci-

miento pascual. Lo que cuenta no es el recuerdo que ha dejado en el pasado, ni la memoria de los testigos, sino su realidad actual: Jesús está vivo, nuestra vida encuentra en El su sentido. Lo que cuenta es la realidad suprahistórica y sus aplicaciones, hoy, en la salvación del mundo.

Los primeros cristianos expresaban ante todo su fe y su vida en la fórmula muy simple (cuyo sentido estudiaremos más adelante): «Jesús es el Señor, está sentado a la derecha de Dios.» Lo mismo si el calendario del mundo parte del nacimiento de Jesucristo como si la vida de Cristo está inscrita en la historia (empieza con un censo), la fe se vive en relación a Cristo vivo actualmente. Pascua es hoy.

La resurrección se atestigua como lo esencial de la fe en los discursos de San Pedro, cuando testimonia en Pentecostés y ante el Sanedrín, lo mismo que en las primeras predicaciones de Pablo (Cf. Act 2.4.13, etc.). El primer escrito de San Pablo habla de ello explícitamente: nombra a Jesús inmediatamente como aquel «que Dios resucitó de entre los muertos» (1 Thes 1, 10). Cinco años más tarde habla de las manifestaciones de Cristo resucitado en un texto que repite, palabra por palabra, la tradición más antigua: «Pues a la verdad os he transmitido, en primer lugar, lo que yo mismo he recibido: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; que

fue sepultado; que resucitó al tercer día, según las Escrituras, y que se apareció a Cefás, luego a los doce. Después se apareció una vez a más de quinientos hermanos, de los cuales muchos permanecen todavía, y algunos durmieron; luego se apareció a Santiago, luego a todos los apóstoles, y después de todos, como a un aborto, se me apareció también a mí... Pues tanto yo como ellos, esto predicamos y esto habéis creído» (1 Cor 15, 3-7; 11).

La verdad es conocida por todos, admitida por todos, constituye la fe de los cristianos y la enseñanza de los apóstoles. No es una novedad que Pablo enuncie con ocasión de una pregunta planteada por algunos de sus corresponsales, impregnados de cultura helénica; por el contrario, se refiere a una cosa ya conocida y en todas partes profesada. A este propósito recuerda un régimen catequístico de las manifestaciones del Señor después de su resurrección, insistiendo sólo en aquellas que tenían más importancia para sus corresponsales, mencionando expresamente a Pedro, más adelante a Santiago y aquella de la que aún vivían muchos testigos.

Años más tarde, Marcos, Mateo y Lucas escribirán sus Evangelios, y sólo hacia finales del siglo escribirá Juan el suyo. Hombres del siglo xx, habituados a las técnicas y al ansia de exactitud, nos gustaría saber el orden exacto y completo de las apariciones de Cristo re-

sucitado, desearíamos conocer en su integridad sus palabras y sus gestos y —¿por qué no confesarlo?— conocer los rasgos exteriores de su ser glorioso lo mismo que las pruebas que demostrasen la exactitud de tales manifestaciones. Ahora bien, esto no es nada; los evangelistas no tienen ningún deseo; no otorgan importancia alguna a las circunstancias de fechas y de lugares. San Lucas, al comienzo de su otro libro, los *Hechos de los Apóstoles*, habla explícitamente de cuarenta días que duraron las manifestaciones de Cristo resucitado; recuerda, en esta ocasión, la pluralidad de encuentros y de enseñanzas, «con numerosas pruebas» (Act 1, 3). En su Evangelio cuenta, sin embargo, los hechos de Pascua de tal manera que uno podría imaginarse la Ascensión como acaecida la tarde misma de Pascua: los discípulos de Emaús vuelven a Jerusalén, caída ya la tarde encuentran a los apóstoles con la alegría del anuncio de la resurrección y de una primera aparición a Simón Pedro; Cristo en persona se aparece, les instruye brevemente y marcha con ellos hacia Betania para elevarse en su gloria.

Juan, por el contrario, habla de la subida al Padre ya en el primer encuentro con María Magdalena; continúa, sin embargo, con la aparición a los once, el mismo día; después, ocho días más tarde, una nueva aparición a los once sin localización alguna; añade, seguidamente,

los recuerdos situados en Galilea, en la orilla del lago; esto sin precisión de datos. Pero no es todo; los evangelistas no se interesan por el hecho más que para comunicar un pensamiento: «la Buena Nueva». Juan lo dice expresamente: «Muchas otras señales hizo Jesús en presencia de los discípulos que no están escritas en este libro; y éstas fueron escritas para que creais que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre» (Ioh 20, 30s.).

Esto garantiza la verdad absoluta de lo que afirma (de lo contrario, sería un impostor), pero se ordena a la comunicación del aspecto esencial. Por ello cada evangelista, incluso cuando repite las mismas palabras y evoca los mismos hechos, tiene una preocupación propia: la de su evangelio y la de sus interlocutores: Mateo piensa en los judíos de Jerusalén, Lucas y Juan en los cristianos que viven en un mundo helenizado.

No tenemos más que una pequeña parte de las palabras y gestos de Cristo, palabras y gestos auténticos para fundar la fe que da la vida eterna; pero palabras y gestos que son una parte ínfima de la realidad vivida que se ha desarrollado en el tiempo. San Juan lo ha sentido profundamente; tiene cuidado de advertirnoslo y concluye su Evangelio como con sentimiento; sufre por lo que no ha podido decir, testigo que sabe la distancia infinita

que separa su testimonio de la realidad en que vive: «Este es el discípulo que da testimonio de esto, que lo escribió, y sabemos que su testimonio es verdadero. Muchas otras cosas hizo Jesús, que, si se escribiesen una por una, creo que este mundo no podría contener los libros (Ioh 21, 24 s.).

Por otra parte, cuando uno quiere de verdad reflexionar sobre esto de buena fe, la brevedad de los textos y las divergencias secundarias hacen resaltar más bien la honestidad de los testigos que nada quieren embellecer, nada propio añadir a una tradición conservada en la comunidad primitiva, ni quieren armonizar las narraciones: las dejan en los extractos que ellos han recibido. Si se tratara de una creación tardía y de una elaboración construida, después tendrían una fisonomía completamente distinta nuestras narraciones y los hechos¹.

A través del hecho del que se informa brevemente y de la frase, tan corta en sus palabras, está toda la riqueza de una enseñanza

¹ Remito al apéndice las cuestiones apologéticas. El hecho de la resurrección, que fundamenta la fe de los cristianos y se presenta con sus rasgos históricos, se encuentra en el centro de los ataques y de las negaciones de todos aquellos que rechazan el cristianismo. Es imposible, a pesar de todo, no hacer alusión a ello; hasta tal punto está amenazada y discutida la fe por el medio ambiente, extraño a la fe.

divina: la Buena Nueva de la que vive la Iglesia. Lejos de aislar un texto y de analizarlo mediante una especie de química que descompone la letra, hay que tratar de comunicar con el pensamiento del autor, con la preocupación del evangelista y, más aún, del Espíritu Santo, que trae a la memoria la misma palabra de Cristo. A este punto de vista se adherirá especialmente nuestra reflexión.

En las apariciones del Resucitado se distinguen con bastante facilidad las que le hicieron presente a particulares y las que afirmaron la fe y la misión de los apóstoles; las primeras, procedentes de tradiciones mucho más particulares, son diferentes en nuestros relatos evangélicos; las otras, por el contrario, son convergentes. Las primeras, sin duda porque no tenían un puesto en el testimonio oficial de los apóstoles, ni siquiera se mencionan en el llamamiento que hace San Pablo a los corintios; las otras, por el contrario, se evocan con fuerza, aunque sin que se enumeren sus repeticiones. San Lucas, compañero de Pablo aun antes de la epístola a los corintios, resume así las apariciones posteriores a Pascua: «A los cuales, después de su pasión, se presentó vivo, con muchas pruebas evidentes, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles del reino de Dios» (Act 1, 3).

Es tanto más fácil seguir este orden cuanto que supone una cierta cronología de las na-

rraciones evangélicas que debe tener su razón en el pensamiento de Dios y el testimonio de los hombres. No obstante, está claro que nunca se trata de armonizar desde fuera los testimonios evangélicos, sino de recoger su sustancia.

LAS MANIFESTACIONES DE ORDEN PERSONAL

A las santas mujeres

Sería, evidentemente, inconcebible que el Hijo, en su resurrección, no se hubiera manifestado a su Madre, que había formado una unidad con él en su Pasión; Juan, que ha mencionado su presencia al pie de la Cruz, no habla de ella junto al sepulcro; ella no dudó y vivió en plenitud el acontecimiento pascual; su reencuentro es el secreto del Hijo y de la Madre; las narraciones evangélicas ni siquiera aluden a ello. Los místicos de todos los tiempos han tratado de comulgar con ese encuentro y la liturgia de la Iglesia alude a él con su estilo lírico y, sin embargo, sobrio: «Reina del cielo, regocíjate. Aquel que Él te concedió llevar resucitó como dijo. ¡Permanece en el gozo y la alegría, pues el Señor ha resucitado verdaderamente!» El Oriente había

entonado: «Al ver resucitado a nuestro Hijo y Dios, regocijaos con los apóstoles, ¡oh, pura, toda llena de gracia!, y recibid la primera nuestro saludo, vos que sois para todos causa de nuestra alegría, Madre de Dios inmaculada» (1.^a Oda).

Las otras santas mujeres, presentes en el Calvario y en el entierro, vuelven al sepulcro en la mañana del tercer día; son ellas quienes encuentran el sepulcro vacío; se quedan espantadas y reciben de los ángeles el anuncio de la resurrección gloriosa. Poco después, Cristo en persona se les muestra. Quiere, a la vez, dar firmeza a su fe y encargarles una misión respecto a los apóstoles; lo mismo ocurrirá con María Magdalena. Uno de los rasgos comunes a estas manifestaciones es que permanecen en el interior de la comunidad; que remiten a los apóstoles. Espontáneamente los dos discípulos de Emaús se precipitan, también, hacia Jerusalén para prevenir a los once.

A María Magdalena

San Juan, arrebatado por el misterio en el que cree, ha dejado la tumba; Pedro también, con estupefacción. María regresa, y es entonces cuando se le manifiesta el Maestro. San Marcos señala que fue a ella a quien «se le apareció primero» (16, 9), a aquella mujer de

la que había expulsado siete demonios. Tal vez no haya que insistir demasiado sobre ese «primero», y se debe admitir que fue a Pedro, el primero entre los apóstoles, el primero por su responsabilidad y por el perdón que esperaba, a quien se apareció. Poco importa: ese «primero» nos da a entender que, en el orden nuevo de la caridad y del reino definitivo, no hay distinción entre los sexos, y también (lo que nos satisface más en nuestra condición actual de pecadores) que el Señor de gloria no deja de ser amigo de los pecadores y médico de los enfermos que lo necesitan.

María, entre sus lágrimas, no presta atención alguna a lo que pasa junto a ella, «tomándole por el jardinero»; se inquieta sólo por el cuerpo de Cristo y le dice: «Señor, si le has llevado tú, dime dónde le has puesto y yo le tomaré» (Ioh 20, 15). Jesús entonces la llama por su nombre: «María»; el nombre expresa el amor incommunicablemente único. Sólo aquel que ama lo conoce y de él lo recibe el ser amado. El Buen Pastor tiene un nombre para cada oveja; Dios ama a cada uno por su nombre.

«¡Rabboni!», responde María, «¡Maestro!»; Aquel por quien tengo todo lo que sé y todo lo que pienso; ¡en quien está toda mi confianza! Para el creyente, Cristo no es una abstracción, sino Aquel para quien y por quien

vive; es el Tú a quien uno se confía y con quien la vida está comprometida.

María Magdalena cae a los pies de Cristo y conoce que la relación con Él es, desde ahora, de otro orden: se ha inaugurado una nueva forma de presencia: «No me toques» (Ioh 20, 17). El mensaje que Cristo encarga a Magdalena es rico en sentido. Son, desde entonces, sus hermanos; no le sonroja llamarlos «hermanos» (Heb 2, 11) porque se ha incorporado a su raza; es entre ellos como el «Primer Nacido»; ese primogénito que los introduce en su heredad, pues si Dios se entrega a ellos es por Él: son, en verdad, «herederos, herederos de Dios, coherederos de Cristo» (Rom 8, 17). En unas palabras se ha presentado el misterio más profundo de la fe cristiana: los discípulos son adoptados por el Padre que nos ha dado a su hijo; tendrán acceso a la vida divina por Jesucristo, presente para ellos ante Dios. La condición en la que entra Jesucristo mediante su resurrección, cambia la existencia humana y le concede que sea auténticamente filial. «Hechos hijos en el Hijo, podemos gritar en el Espíritu: Abba, Padre» (*Gaudium et spes*, 32). «En aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros» (Ioh 14, 20). Esto es lo que anuncia a los apóstoles el mensaje confiado por Cristo a la Magdalena en su primera aparición: «Ve a mis hermanos y diles: subo a mi Padre y a vues-

tro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios» (Ioh 20, 17).

¿Puede uno atreverse a preguntar por qué esta aparición y por qué Juan se ha ocupado de contarla a la Iglesia mejor que tantas otras manifestaciones que, sin embargo, habría conocido? ¿Sería justamente por afirmar el carácter absolutamente personal de la amistad divina que no está ligada a mérito alguno, a hecho alguno del pasado, a función alguna? Jesús, mejor que nadie, ha sabido ser amigo, un amigo todopoderoso y muy cercano; su entrada en la gloria le permite estar más unido que nadie a cualquiera que le recibe (Act 3, 20).

A los discípulos de Emaús

Lucas ha conservado el recuerdo de una aparición a dos discípulos; sin duda se había enterado del suceso en un viaje a Jerusalén. Preocupado por preparar una narración completa y exacta, comprensible para los griegos, se cuidaba de interrogar a «los que desde el principio fueron ministros de la palabra» (Lc 1, 2). Quedan precisadas las circunstancias: se trata de dos discípulos, uno de los cuales se llama Cleofás; ocurre en la tarde de Pascua; regresan a Emaús. Lucas ha conseguido transmitir de una manera muy expre-

siva el estado de ánimo del grupo apostólico, al día siguiente del viernes santo, después del primer anuncio de la resurrección. Ya hemos citado el texto.

Los dos discípulos reciben una revelación cuya riqueza nunca podremos acabar de descubrir: la Escritura no habla más que de Jesucristo; San Pablo dirá que, fuera de Él, «está cubierta con un velo», y que, en Él, está quitado el velo. El cristiano que abre la Biblia escucha al Espíritu Santo que habla a su corazón de Jesucristo muerto y resucitado por él.

Los Padres de la Iglesia, a propósito de este episodio en que Jesús se entretiene caminando con sus discípulos, que todavía no le han reconocido, se han complacido en insistir sobre la correspondencia entre la manifestación de Cristo y la conciencia a la que se dirige; Él también, Él sobre todo, se hace todo para cada uno; con los discípulos que caminan a tientas, parece un viajero que anda con ellos.

El momento del encuentro de persona a persona, no puede ya tardar; han insistido para recibir la plenitud de la enseñanza que colma su corazón y lo vuelve ardiente: «Quédate con nosotros, pues el día ya declina. Y entró para quedarse con ellos. Puesto con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Se les abrieron los ojos y le reconocieron, y desapareció de su presencia» (Lc 24, 29 - 31). En adelante, la fracción del pan no evocará

sólo el sacrificio de la cruz, sino también la gloria de Cristo y su presencia actual; es, al mismo tiempo, «el memorial de la Muerte y de la Resurrección del Señor». El doctor Ramsey expresa con profundidad el misterio de la fracción del pan: «Si no podemos estar seguros de la naturaleza precisa de la cena y de la acción de Emaús, podemos al menos notar un paralelismo significativo: Jesús, al bendecir y partir el pan en el Cenáculo, desvela el significado de su Pasión; Jesús, al bendecir y partir el pan en Emaús, desvela el hecho de su resurrección. Para los primeros cristianos, la fracción del pan estaba en el centro de aquello que les unía a la fe en la Pasión y en la Resurrección; en el rito eucarístico, el pueblo de Cristo continúa representando su muerte y nutriéndose de su vida; el calvario y la Pascua se perpetúan en la vida de la Iglesia» (*La résurrection du Christ*, ed. Casterman, pág. 94).

Sin esperar, y sin temer la noche, los dos discípulos corren a Jerusalén para anunciar a los apóstoles lo que les había sucedido y cómo habían reconocido al Señor resucitado por la manera de partir el pan. Los once respondieron a su alegría afirmando la suya: «Ha resucitado, se ha aparecido a Simón»².

² ¿Estaría fuera de lugar recurrir aquí a un testimonio autorizado al concentrar, por su arte y su reflexión, su espíritu sobre la imagen como expre-

Pronto, el Señor preguntará a los apóstoles lo que aún les queda de comer, y esto para atestiguar la realidad de su cuerpo. Juan hablará de esta comida frugal preparada por el Señor en la orilla del lago; los *Hechos* evocarán esa comida que tomó el Señor con los suyos después de la resurrección, y Pedro, para confirmar la fuerza de su testimonio, recordará que él es uno de aquellos que comieron y bebieron con Él... ¿Cómo no ver, en estas comidas, el cumplimiento asombroso de aquella misteriosa profecía que hacía el Maestro antes de instituir la Eucaristía? El reino de Dios ha llegado y el Maestro come de nuevo con los suyos; pero, ahora, ya no es el compañero de camino que necesita, como ellos, sostener las fuerzas del cuerpo que ha tomado para estar con ellos; es el Señor que les da a comprender que les invita a su mesa, primero por la Eucaristía, luego por la participación eterna en su vida.

sión de lo verdadero y de lo real: el cineasta Georges Clouzot? «Hay, dice, en los Evangelios, cosas que no se explican más que siendo verdad. Tomad la historia de los peregrinos de Emaús.» El texto dice que dos discípulos encuentran a Cristo resucitado, al que han visto tres días antes en el monte de los Olivos, que pasan con él la jornada y que no le reconocen más que por la tarde, al terminar la cena. ¿Por qué tan tarde? Nunca un guionista se atrevería a inventar semejante truco. Es tan verosímil que es necesario que sea verdad; si no, habrían inventado otra cosa.

A Tomás

Hay, en San Juan, una aparición que tiene carácter oficial (ya que la totalidad de los apóstoles están presentes) y que, sin embargo, resulta completamente personal. San Juan le da una extrema importancia, ya que la había escogido para hacer de ella la conclusión y como la frase final que resumiera su Evangelio (y no se olvide que el capítulo 21, que figura en todos los manuscritos y se presenta como parte integrante de este Evangelio, tiene, sin embargo, el aspecto de un apéndice). Tomás, uno de los doce, estaba ausente cuando la manifestación de Cristo la tarde de Pascua; el tal Tomás era un valiente, pero sin duda, un realista; en cualquier caso, no llegaba a creer en la verdad de la resurrección. Había querido acompañar a Jesús en el momento en que volver a Judea constituía un verdadero peligro y había contribuido a arrastrar a sus compañeros a este viaje: «Vamos también nosotros a morir con Él» (Ioh 11, 16). A la narración de la aparición pascual, sólo oponía una objeción extrínseca: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos y meto mi dedo en el lugar de los clavos y mi mano en su costado, no creeré» (Ioh 20, 25).

Ahora bien, el octavo día (¿Hace Juan esta

mención para afirmar en los discípulos el sentido del domingo, día del Señor, día siguiente al sábado en la Nueva Alianza?), estando reunidos los apóstoles, el Señor se les aparece, saluda a todos: «¡La paz sea con vosotros!»; después, interpela por su nombre a Tomás y le invita a adquirir las seguridades que su duda pedía: «Alarga acá tu dedo y mira mis manos, y tiende tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel» (Ioh 20, 27). Los estigmas en el cuerpo glorioso del Resucitado son un signo para el apóstol; a través de las llagas de la humanidad, alcanza la gloria de la divinidad; cree y se entrega: «¡Señor mío y Dios mío!» Todo lo que se puede decir de Cristo y del misterio de la Pascua está aquí revelado y comprendido; Jesús muerto y resucitado es el Mesías y el Hijo de Dios en persona.

El Maestro saca la lección de esta revelación y proclama la bienaventuranza de aquellos que no vieron: «Dichosos los que sin ver creyeron» (V. 29). Es, aquí abajo, la beatitud de las beatitudes. Los discípulos de Juan están ahí, escuchando la narración y sintiendo, sin duda, como nosotros mismos, al encontrarse separados por el tiempo y su curso irreversible de estas manifestaciones resplandecientes, irrecusables y beatificantes del Señor. Juan quiere hacerles comprender la dicha y la importancia de su situación; explica a todos por

qué, en qué espíritu y para qué fin ha escrito su Evangelio: «Para que creáis que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre (V. 31).

Ya está todo dicho sobre el Señor, sobre la entrega que de sí mismo ha hecho, sobre su gloria actual; al discípulo no le queda más que vivir en él y decir a Cristo, durante toda su vida y con toda su persona, el grito de Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!»

LAS APARICIONES A LOS APÓSTOLES

Las apariciones a los once

Ya hemos citado las evocaciones que hace San Lucas, al comienzo de los *Hechos de los Apóstoles*, de los cuarenta días durante los cuales el Señor se manifiesta a sus apóstoles; es necesario que comprendamos bien que las apariciones narradas por Mateo y Marcos, Lucas y Juan, no son únicas, destacándose sobre un fondo de silencio, sino más bien el resumen de esas conversaciones en las que el Señor hablaba a los suyos del Reino de Dios. Por otra parte, hay convergencias que ponen de relieve todas las investigaciones contemporáneas y que pueden permitir que se entre-

vea menos mal lo que fue esta preparación de los once para su misión.

La montaña de San Mateo (Cf. Mt 28, 16), incluso si representa una montaña y un encuentro real en Galilea, recuerda a la vez el monte de las Bienaventuranzas y la institución de los doce, lo mismo que la Transfiguración y, en un segundo plano, el Sinaí y las montañas destinadas a estremecerse ante Dios que llega. La última frase que pone en los labios de Cristo, terminará de revelarnos la nueva presencia de Dios: «Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo» (Mt 28, 20). De ahora en adelante, Dios está para siempre con nosotros; es, verdaderamente, «Emmanuel»³.

Las apariciones del Resucitado tienen, desde luego, como primera intención, afirmar e iluminar la fe de los once; después, revelarles su asombrosa misión. Con demasiada facilidad olvidamos que el plan de Dios se realiza en la historia de los hombres mediante la cooperación y las resistencias de una libertad

³ Hay que observar que, sin duda, en esta aparición no se menciona a los apóstoles como «dudando», sino como aquellos que, antes, habían dudado. Esto es, al menos, la traducción de Osty: «Al verle, ellos se prosternaron, ellos que primero habían dudado» (Mt 28, 17). El mismo sentido tiene la traducción de Bover-Cantera, aunque no la de Nacar-Colunga, que es la que seguimos habitualmente en esta traducción. (*N. del T.*)

solicitada, iluminada, pero respetada siempre.

Las apariciones de Cristo, la delicadeza que le hace preguntar qué hay para comer (como en Lc 24, 41), o preparar Él mismo la comida (como en San Juan, en la orilla del lago, 21, 95), la preocupación por hacerse reconocer en sus heridas (como en Lc y en Ioh: «Ved mis manos y mis pies, que yo mismo soy»), son las demostraciones de esta voluntad de hacerse reconocer verdaderamente y de atestiguar que sigue siendo Él mismo, Él mismo que ha vivido con ellos, que ha compartido su vida, que ha sido entregado a la muerte en la cruz y que regresa ahora entre ellos. Su condición, sin embargo, es completamente nueva y no permite que confundan su resurrección gloriosa con aquellas de las que habían sido testigos: la hija de Jairo, el adolescente de Naim y, sobre todo, Lázaro. Estos últimos volvían a la vida, pero recobraban su mortalidad; Él está vivo en la gloria y es el primero de entre los muertos; las apariciones son súbitas, no están limitadas por obstáculos materiales ni dependen del tiempo.

Él ha entrado, sobre todo, en una nueva condición: la de su gloria junto al Padre; de ahí viene el que su misión es universal y absoluta: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y sobre la tierra», «Como el Padre me ha enviado, yo también os envío». No pueden dudar ni de su carácter mesiánico ni de su

filiación divina. Ante ellos, verdaderamente, se ha abierto el cielo; ven a los ángeles que suben y bajan; en Cristo glorificado se ha sellado una nueva alianza, definitivamente, entre la tierra y el cielo.

La Pascua va a revelar a los apóstoles, y mediante ellos al mundo entero, el sentido del Viernes Santo. No es posible concebir algo más inicuo que la condena de Cristo, ni más desconcertante que esa flaqueza del Todopoderoso; nada más escandaloso que este sufrimiento del más santo de los hombres. Ahora bien, «convenía...». Convenía; este es el designio de Dios. Cristo ha debido revelarlo a los suyos: «Porque la locura de Dios es más sabia que los hombres y la flaqueza de Dios más poderosa que los hombres» (1 Cor 1, 25).

Bastan algunos segundos para leer, en San Lucas, la frase tan llena de sentido: «Era preciso que se cumpliera todo lo que está escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y en los Salmos de mí» (24, 44), pero, cómo no entrever el tiempo y las explicaciones que debieron acompañarlas para que pudiera, al fin, sintetizarse en esta fórmula tan plena: «Les abrió la inteligencia para que entendiesen las Escrituras» (V. 45). Cuando leemos las palabras «muerte», «resucitado», «según las Escrituras», no podemos imaginar qué luces y qué transformación de mentalidad suponen en el grupo apostólico. Las discusiones de la

semana precedente habían podido atraer su atención sobre la frase: «Dijo el Señor a mi Señor» (Ps 110; cfr. Mc 12, 36); ¿podrían suponer que se tratase de semejante gloria? Jesús había hablado también de la piedra rechazada por los constructores y que se constituye en piedra angular; ¿podrían comprender ese rechazo incomprensible y el papel nuevo de Cristo, roca por Dios para todo creyente, cómo Dios se había revelado, en otro tiempo y tan a menudo, como «la roca de Israel», el infinitamente estable, el absolutamente sólido en el que puede uno fiarse para siempre?

La gran novedad para los apóstoles fue, ciertamente, la conciencia de la universalidad del Reino de Dios que acababa de instaurar su Maestro en el poder de su Resurrección; hasta entonces, se había atendido estrictamente a las ovejas de la casa de Israel; una corta incursión en los países de Tiro y Sidón había sido la única ocasión en que había cruzado las fronteras nacionales. Ahora, el grano de trigo había caído en tierra, había muerto, iba a dar fruto. Las palabras conservadas por Marco y por Mateo, «todas las naciones, toda la creación, los extremos de la tierra», tenían para ellos un significado incomparablemente nuevo cuando se piensa que Israel estaba, por su ley y por su espíritu, aislada del resto del mundo. El Templo donde, bajo pena de muerte, ningún incircunciso podía entrar, mostraba

a la vez los privilegios del pueblo elegido y su particularismo religioso.

Juan da a entender la profundidad en que se sitúa el origen de semejante misión: es porque Él ha recibido todo poder en el cielo y sobre la tierra; su investidura en la gloria de Dios hace que toda lengua humana y todo lenguaje terrestre deban repetir su amor; además, Él envía a los suyos como el Padre le ha enviado. Es su propia misión la que va a estallar en ellos; son sus frutos los que van a producir los sarmientos que están unidos a Él, los frutos que Él ha merecido, aquellos que su amor quiere llevar en todas las direcciones, cerca de todos los hombres. «Como el Padre me envió, yo os envío.» Puede uno comprender, aun sin entender la formulación, los temores y las preguntas de los apóstoles: ¿cómo podrá ser eso? ¿Cómo podrán hablar? La discusión de Moisés con el Señor es mil veces menos legítima que la que debieron tener aquellos pobres galileos frente a la misión que se les confiaba. El Señor les tranquiliza explicándoles que no les abandonará jamás, incluso en el momento en que falte su presencia visible: «Yo estaré con vosotros.» Entonces es cuando adquieren todo su sentido las promesas del Espíritu Santo: «Recibid el Espíritu Santo», dice, soplando sobre ellos; les da a entender así que el Espíritu sería enviado por Él, y que, con Él, por mediación

de ellos, Él realizaría la obra de la divinización de los suyos.

Si San Mateo coloca al final la fórmula en la que se expresa la fe trinitaria de la Iglesia, es precisamente porque tenía conciencia del lazo entre esta revelación suprema sobre la vida de Dios y las enseñanzas del tiempo pascual. Entonces, en efecto, podría arrastrarles el Resucitado hasta las profundidades de Dios.

No obstante, incluso en la gloria de su resurrección, el Maestro actúa con una infinita discreción; aparta dulcemente la pregunta que plantean, pero cuyo alcance aún no pueden comprender: «¿Es ahora?» «No os incumbe a vosotros, dijo, conocer...» Sería demasiado pronto, hoy, para hacerles comprender que, por el don del Espíritu, los paganos van a entrar en los privilegios de Israel, que, desde ahora, se encuentran caducados. San Pedro lo declarará: sólo años después, al escuchar a paganos, animados por el Espíritu, hablar lenguas y confesar al Señor Jesús, se acordará de la frase evangélica: «Yo me acordé de la palabra del Señor cuando dijo: "Juan bautizó en agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo"» (Act 11, 16). Se hace más apremiante en exhortar a sus compatriotas para que reconozcan a Cristo y entren en los privilegios que les son ofrecidos siempre: «Vosotros sois los hijos de los profetas y de la alianza que Dios estableció con vuestros pa-

dres cuando dijo a Abraham: "En tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra." Dios, resucitando a su Siervo, os lo envía a vosotros primero para que os bendiga al convertirse cada uno de sus maldades» (Act 3, 25 s.). ¡Cuántas horribles palabras contra Israel se habrían evitado los cristianos si se hubiesen tomado el trabajo de releer en qué términos, en el fuego del Espíritu y bajo la huella de la formación pascual, seguía San Pablo dirigiéndose a ellos!

El del Espíritu Santo no es el don de una cosa que se hace de una vez por todas, ni un beneficio limitado que se puede poseer; se trata de la asistencia amante de una Persona que cada vez se hace más próxima y de la que uno se siente cada vez más habitado; se trata de una intimidad ofrecida para el infinito, en la que uno no debe dejar de crecer, dejándose poseer por el amor.

Se ha creído que podía oponerse la frase transmitida por San Juan: «Recibid el Espíritu Santo», a la promesa cumplida milagrosa y espectacularmente el día de Pentecostés: «Recibiréis el poder del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros» (Act 1, 8), como si el don del Espíritu debiera concebirse como una cosa. La mejor idea que puede uno hacerse de las enseñanzas de Cristo a los apóstoles sería meditar ahora, en este momento, las promesas contenidas en el discurso de después de la

Cena sobre el papel del Espíritu Santo: «Os conviene que yo me vaya... Hará que os acordéis de todo lo que os he dicho... Dará testimonio y vosotros seréis también sus testigos.»

Por otra parte, a la libertad de Dios que se da por amor, debe cooperar la libertad del hombre que se deja poseer por amor. Sería falso presentar esencialmente la triple pregunta del Señor a Pedro: «¿Me amas... Me amas más que éstos?», como la reparación de la triple negación. Desde el día de Pascua, Cristo se le había mostrado. Esta pregunta debería ser el tormento de cualquiera, sacerdote o laico, que recibe una misión en la Iglesia; no puede entrar en ella, sino en nombre del amor de Cristo; es la misión de Cristo lo que debe cumplir; no debe emprenderla sino a condición de aportar a ella el mismo amor, de estar animado por el mismo espíritu: «¿Me amas?» El amor es la ley de la amistad que une a cada uno de los suyos con Él mismo; es también la ley de todas las relaciones interpersonales en su Reino; su Iglesia se edifica «en su caridad». Se trata de hacer lo que Cristo ha venido a hacer: se requieren el mismo fin, el mismo espíritu y el mismo amor.

El Señor inicia a los suyos en la Iglesia que va a realizar por ellos y a fundar sobre ellos; es indispensable que se ponga de re-

lieve el papel de su jefe y que jamás se pueda poner en duda, a causa de flaqueza personal, la misión que se le ha confiado por Aquel que no cambia. «Yo soy el verdadero Pastor; desde ahora, hasta el fin de los tiempos y para todo mi rebaño, lo seré por ti.»

Ciertamente, también la economía sacramental tiene su fuerte en el misterio pascual; entonces es cuando los apóstoles aprenden la importancia del Bautismo para la salvación por Cristo: «El que creyere y fuere bautizado se salvará» (Mc 16, 16). Pedro lo tendrá presente en el espíritu. Después de la proclamación de Cristo, constituido en gloria Mesías y Señor, y de la adherente exhortación a la conversión, el apóstol respondía a aquellos que le preguntaban lo que debían hacer: «Arrepentíos y bautizaos en nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Act 2, 38). Este texto tan fuerte sobre la necesidad del bautismo, puede leerse de una manera simplista; fue esa la causa desgraciada de los bautismos en masa y bajo amenaza de la fuerza, en los tiempos carolingios, así como de otras deformaciones. Debe relacionársele, por el contrario, con lo que dice San Juan sobre el nuevo nacimiento del Espíritu en la conversación con Nicodemo y descubre la plenitud de sentido evangélico del Decreto del Vaticano II sobre

la actividad misionera y la libertad religiosa.

Para hacer comprender, sin duda, hasta qué punto la Resurrección y su gloria nunca deberían conducir a los cristianos hacia no sé qué triunfalismo o qué irrealismo que les aparte de la dolorosa historia de los hombres, Juan concluye su narración de la aparición a la orilla del lago con el anuncio del martirio de Pedro y con la reafirmación de que también él debería pasar por la muerte. Su larga vida no le hace escapar de la condición común de la mortalidad; solo, sobrevive a sus compañeros de apostolado; ha conocido la terrible persecución de Nerón y la de Domiciano; sabe que, en el imperio, «no está permitido ser cristiano»; ha sido contemporáneo de la destrucción de Jerusalén y del aniquilamiento de Israel, su pueblo. Ahora sabe que la venida del Señor tiene un sentido completamente distinto a una venida en gloria, que permanece con el Padre en la unidad del Espíritu, en el corazón de aquel que guarda su palabra, y que permanece en él por el amor; dice y repite: «Dios es amor, y el que vive en amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Ioh 4, 16).

Es completamente seguro que una lectura atenta aportaría aún muchas otras revelaciones sobre lo que nos han transmitido los evangelistas acerca de las conversaciones del Señor después de su resurrección; estas reflexiones

pueden ayudarnos a descubrir cómo brota de ahí la vida de la Iglesia; la teología, especialmente la de San Pablo, nos lo repetirá. Sólo faltaba hablar de lo que nos han conservado y de lo que nos sugieren las narraciones evangélicas.

III. LA GLORIFICACION DE CRISTO

Cualquier reflexión sobre el acontecimiento pascual resulta insuficiente si no considera el lazo que une el don del Espíritu Santo con la glorificación del Resucitado. En el curso de la vida pública, hablando del agua viva que brotaría un día en el corazón de los creyentes, el evangelista hace esta observación: «Todavía no había espíritu, por cuanto que Jesús no había sido aún glorificado» (Ioh 7, 39). Para San Juan, alimentado como estaba de la Escritura, la palabra «gloria» es una de las más ricas en sentido; significa lo que de más denso y de más importante hay en el mundo, la manifestación irrecusable de la Presencia de Dios. Cuando escribe, al principio de su Evangelio, que el Verbo hecho carne «ha fijado su

tienda entre nosotros»¹ se entrevé inmediatamente que la humanidad de Cristo es para los suyos el Tabernáculo de la alianza y la tienda del encuentro con Dios. Añade luego: «Y contemplamos su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Ioh 1, 14). Nos equivocamos cada vez que la palabra «gloria» se entiende en su sentido y designa las apariciones, la exterioridad y más aún, el sentido efímero de los elogios humanos.

La gloria del Hijo único, oculta durante el tiempo de su humillación, estalla ahora no por el lado milagroso y profético de las acontecimientos, sino por su profundidad y significación divinas. Para penetrar en su sentido es bueno recordar que, en la teología de Juan, cruz, resurrección y don del Espíritu están unidos y forman un todo, mientras que San Lucas, colocándose en el punto de vista del desarrollo temporal de los hechos, los presentará sucesivamente y escalonados en la duración.

Jesús aclara solemnemente el lado que existe entre su cruz y su gloria en el momento en que, por la marcha del traidor, comienza su Pasión: «Ahora ha sido glorificado el Hijo

¹ En la traducción de Nacar-Colunga «habitó entre nosotros»; esta traducción es la más difundida. Bover-Cantera dan esta misma traducción, pero recogen en nota la que utiliza Perrin. (N. del T.)

del hombre, y Dios ha sido glorificado en él. Si Dios ha sido glorificado en él, Dios, a su vez, le glorificará en sí, y presto le glorificará» (Ioh 13, 31 s.). La cruz es gloria de Dios como expresión del amor filial de Cristo y victoria sobre el mundo y el pecado; la resurrección es la respuesta del Padre que expresa su amor y da a la humanidad de su Hijo la gloria eterna que tenía antes de la creación del mundo; le concede comunicar su vida por el don del Espíritu: «Me glorificará porque recibirá de lo mío» (Ioh 16, 14).

Para Cristo, morir en sacrificio, ir al Padre y comunicar el Espíritu, es todo uno y, finalmente, es un misterio de gloria. Juan afirma esta verdad al contar, desde la primera aparición a Magdalena, la ascensión al Padre y, la tarde misma de la aparición a los apóstoles, el don del Espíritu Santo. Sabiendo esto, iremos a lo esencial cuando escuchemos las narraciones de San Lucas y no cederemos a la tentación de hacer de la Ascensión una apotheosis y de Pentecostés un milagro aislado: es Cristo glorificado quien se revela ahí comunicando su vida.

Al escuchar a los discípulos que plantean su pregunta en el camino de Betania, uno tiene la impresión de que se trata de un hasta luego más que de un adiós y siente uno lo próximo que el Señor se queda de sus discípulos; están allí en masa y le rodean. La nube parece he-

cha para ocultarlo a sus ojos más que ser una de esas nubes gloriosas habituales en las teofanías del Antiguo Testamento; no están allí los ángeles como una corte ni como una escolta, sino sólo para ser los mejores encargados de explicar a los galileos el sentido del acontecimiento. En cuanto a Cristo, se eleva sencillamente, mientras tiende sus manos tras-pasadas por nosotros. Todo se encamina a la sencillez y si plugo al Señor poner ese punto final a las apariciones de después de Pascua no es para hacer creer en un alejamiento, porque ha prometido estar con los suyos todos los días hasta el fin del mundo; no es para hacer que imaginen la entrada con él en un nuevo estado; lo ha explicado en la mañana de Pascua: «Subo a mi Padre.» Esta Ascensión es tan poco constitutiva de una ruptura o una distancia que san Pablo pone exactamente en el mismo plano la aparición con que fue favorecido, la de los demás apóstoles y la de los quinientos en la que, comúnmente, suele reconocerse la misma Ascensión.

¿Pero por qué diez días, diez largos días de oración y de espera, van a transcurrir entre la Ascensión y Pentecostés? Los discípulos necesitan comprender, por su propia experiencia, la cooperación que deben aportar al don de Dios y el misterio de felicidad que debe unir, en nosotros, lo «ya dado» y lo «prometido que se cumplirá», y constituye toda la

dialéctica cristiana; Dios nos ama con un amor tan verdadero que nada quiere hacer en nosotros sin nosotros; nos quiere a nosotros.

Esta cooperación del grupo apostólico será fe ardiente en su palabra, alegría confiada que se expresa en oración, unión fraterna que crea esta comunidad siempre relativa a él: «Todos perseveraron unánimemente en la oración juntamente con las mujeres y con María, la Madre de Jesús, y con sus hermanos» (Act 1, 14).

En cuanto a Pentecostés, es verdaderamente la cara visible y terrena del misterio de Pascua: Cristo vivo se hace fuente de vida para los suyos y, por ellos, para el mundo entero. El don del Espíritu muestra que se ha hecho en gloria Hijo, «Señor y Mesías», como explica San Pedro; ese don que Él hace, revela al mundo el misterio trinitario: «A éste, que no es otro que Jesús, resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado, pues, por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, la ha derramado, que es esto que vosotros veis y oís» (Act 2, 32 s.). Más que las lenguas de fuego, la unión ardiente que les transfigura, hace del grupo de los discípulos el signo del Dios vivo que ha resucitado a Jesús; este bloque incandescente da a entender al mundo el amor con que es llamado; esta pequeña comunidad, que forma un solo corazón y una sola alma,

abierta hasta el punto de incorporar a su vida la primera oleada de los tres mil que acuden absorbidos por su poder de atracción, es el signo por excelencia de la Resurrección y del señorío universal del Crucificado. Hablar a todos a la vez con un mensaje único y llegar a cada uno en su propia lengua, es el milagro pasajero que expresa de maravilla que estos hombres hablan la lengua del amor y de un amor aprendido de Dios. Que, en un instante, por un poder interior, se transformen así estos hombres y estas mujeres, es el milagro más grande que se ha obrado sobre nuestro planeta después de la Resurrección y en dependencia de ésta.

Comprensión del misterio divino, intrepidez y claridad para testimoniarlo, unidad cooperativa con sus hermanos, desasimiento total de sí mismos, son los rasgos de estos hombres a los que la primera fase de sus vidas con Cristo, antes de su glorificación, nos había mostrado faltos de inteligencia, cobardes, susceptibles... Proclaman que es el efecto que produce en ellos el Espíritu. En el contexto, semejante y distinto a la vez, de su encuentro individual con Cristo resucitado, dirá San Pablo: «Por la gracia soy lo que soy» a condición de que nunca se olvide que la gracia es, en nosotros, una centella turbulenta del amor gratuito e infinito. La frase de Pablo VI debe, pues, retener nuestra atención: «Resucitó el

tercer día, elevándonos por su resurrección a esa participación en la vida divina que es la vida de la gracia.»

Se impone aquí una comparación: en el momento de la promulgación de la Alianza en el Sinaí, las manifestaciones fueron tan aterradoras que del pueblo, preso de espanto, surgió un solo clamor: «Habla tú con nosotros y te escucharemos; mas no hable con nosotros Dios, no sea que muramos» (Ex 20, 19). Ahora, al contrario, la apariencia es la de una alegre embriaguez que es precisamente la del amor de Dios en una conciencia humana; la profundidad, es decir, la llamada de este amor, arrojada a cualquier hombre; uno de los sentidos del término «iglesia» es justamente, «toque de asamblea»; Dios da definitivamente a su Hijo; la vida eterna es escucharle: «Este es mi Hijo amado en quien tengo mi complacencia: escuchadle» (Mt 15, 5).

Esta oposición sería falsa si dejara olvidar el trabajo incesante de Dios para interiorizar a su pueblo. Israel ha podido llegar hasta expresar este deseo, de confianza conmovedora, en la alegoría del Cantar: «Quién diera que fueses un hermano para mí... Yo te conduciría, te introduciría en la casa de mi madre; *tú me instruirías*»². En la Virgen María

² La frase en cursiva no aparece en la versión de Nacar-Colunga ni en la de Bover-Cantera. (N. del T.)

y en los escogidos por el Señor, la espera de Israel encuentra la respuesta de Dios que es Cristo «que derramó sobre nosotros profusamente el Espíritu Santo» (Tit 3, 6).

Como fondo misterioso para el acontecimiento de Pentecostés, se escucha la última petición de la oración pascual: «Yo les manifesté tu nombre, y se lo manifestaré, para que el amor con que me amaste sea en ellos, y yo en ellos» (Ioh 17, 26). Nada como la glorificación de Cristo, Resurrección-Pentecostés, puede expresar el Nombre del Padre, darnos acceso al amor con que ama a su Hijo y hacer de Él nuestra vida, en este hoy de un presente siempre vivo.

IV. CONVERSION Y TESTIMONIO DE SAN PABLO

Así, pues, esta increíble noticia de la Resurrección se propagaba... Alegría para los creyentes, era una amenaza para aquellos que no la habían aceptado, un absurdo sacrílego que pretendía sustituir por una nueva alianza aquella que era la fuerza y la gloria de la patria, una perturbación del orden establecido por Dios; provocó un anticuerpo, una antiiglesia que agrupaba, en un odio común, a aquellos cuya doctrina y calidad de vida habrían debido oponer: saduceos y fariseos. Entre ellos, uno se distinguió pronto por su encarnizamiento y su eficacia: Saulo, que será Pablo. Jeremías se podría encontrar de nuevo con la blasfemia que Saulo quería arrancar a los discípulos de Cristo: «¡Maldito sea Jesús!»; maldito porque ha merecido la maldición de

Dios y porque presentarlo como Mesías es impiedad.

Pero sin embargo es él, es este enemigo implacable, quien Cristo ha escogido para hacerlo su primer testigo y el instrumento de su designio. En el momento mismo del paroxismo de su esfuerzo, Cristo se apodera de él. Ya estaba ante sus ojos Damasco, «él respiraba amenazas de muerte contra los discípulos del Señor» (Act 9, 1); iba a saltar sobre su presa. La voz a la que nada se escapa le llama en su propia lengua: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Él contestó: ¿Quién eres, Señor? Él: Soy Jesús a quien persigues» (Act 9, 4-5). Conocemos este hecho por propia afirmación de Pablo; no dejaría de referirse a él para explicar la conmoción que ha cambiado su vida, su mentalidad y su misma alma; no sólo su palabra, sino todo su pensamiento teológico, su concepción de la vida y el mismo contenido de su existencia, lo mismo que la causa de su martirio, atestiguan este hecho.

Para comprender la fuerza de la evidencia que ha operado esa transformación y para apreciar el testimonio que va a dar Pablo en lo sucesivo, haría falta que comprendiéramos su mentalidad y su estado de alma, su fanatismo religioso y esta ignorancia impermeable a toda pregunta. Él mismo, envejecido, repasando su misterioso destino, tendrá esta confianza que habla mucho de ello: «Gracias

doy a Nuestro Señor Cristo Jesús, que me fortaleció, de haberme juzgado fiel al confiarme el ministerio a mí, que primero fui blasfemo y perseguidor violento, mas fui recibido a misericordia, porque lo hacía por ignorancia en mi incredulidad; y sobreabundó la gracia de Nuestro Señor con la fe y la caridad en Cristo Jesús. Cierto es, y digno de ser por todos recibido, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Mas por esto conseguí la misericordia, para que en mí primeramente mostrase Jesucristo toda su longanimidad y sirviera de ejemplo a los que habían de creer en Él para la vida eterna» (1 Tim 1, 12-16). Así, es el más alejado de la fe y el más cerrado al Evangelio el que Cristo Resucitado ha escogido para mostrarse a él.

Lo que ahora nos interesa es la fuerza de ese testimonio que nos llega, hombres del siglo xx, a través de sus cartas y a través de las narraciones que cuentan, en gran parte, su vida y sus palabras hasta hacerle el apóstol mejor conocido. Era por su estructura mental y por sus opiniones endurecidas de sectarismo, el más recalcitrante de los perseguidores; porque ha visto al Señor se hace su apóstol. A continuación de una lista de apariciones del Resucitado que forman parte de la catequesis, añade esta fuerte conclusión: «Se me apareció como a un aborto» (1 Cor 15, 8).

Este dominio de Cristo sobre Pablo no cesará de crecer, él mismo confesará no querer ya otra cosa sino «alcanzar a Cristo como ha sido alcanzado por Él» (cf. Phil 3, 12). Él podrá, mejor que nadie, hablar de las nuevas relaciones que puede tener el hombre con Dios en Cristo muerto y resucitado por él. Ninguno nos muestra mejor a Jesús actualmente vivo, vivificando a los suyos y dando sentido a su vida y a su muerte: «Que para mí la vida es Cristo y la muerte, ganancia» (Phil 1, 21). Tendrá una parte privilegiada en la realización de la misión universal confiada a los Doce, no sólo por la amplitud y el número de sus viajes, sino, más aún, por el nuevo lenguaje que encontrará para anunciar a Cristo hasta en las extremidades del mundo. En lo más fuerte de su carrera, reconocerá deberlo todo al amor gratuito de Dios, pero también haber trabajado más que todos: «Mas por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia que me confió no resultó vana, antes me he afanado más que todos ellos...» (1 Cor 15, 10 s.).

Al final de una larga vida, agotado por las vigiliyas y los viajes, trabajando a menudo por la noche para ganar su pan y el de sus compañeros, habiendo atravesado las más dramáticas peripecias, sometido muchas veces a crueles torturas, hará a su mejor amigo, Timoteo, su bienamado, esta confidencia: «Sé en lo que he puesto mi fe... Por lo demás, ya

me está preparada la corona de la justicia, que me otorgará aquel día el Señor, justo juez, y no sólo a mí, sino a todos los que aman su manifestación» (2 Tim 4, 8).

Tenía conciencia de no haberse equivocado. de no haber vivido en una ilusión y de poder enfrentarse con confianza al Dios de toda verdad y al juicio de la historia.

Obsérvese además que, al revelarse a sí mismo, Cristo revela también a Pablo lo que significan para Él los suyos y hasta qué punto los ha identificado con Él; Hace siglos que San Agustín había subrayado este aspecto esencial de la respuesta divina: «Yo soy Jesús a quien persigues.» La boca grita cuando se martiriza a un miembro. «Ese día conoceréis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros» (Ioh 14, 10). Los que temen que la Pascua abra una espiritualidad de evasión y de desencarnación, pueden meditar atentamente esta frase, a la vez promesa y exigencia.

V. «SEGUN LAS ESCRITURAS»

«Según las Escrituras» (1 Cor 15, 3); esta frase estaba, para San Pablo, ligada a la afirmación misma de la fe en Cristo muerto, sepultado y resucitado; tiene algo tan importante y tan necesario que entró en el símbolo de Nicea.

San Juan es el primero en creer; la fe en la resurrección se impone en él, o, más exactamente, se le da desde lo Alto, en el mismo instante en que percibe el estado de los lienzos dejados por Cristo en su tumba. Tiene, sin embargo, como un sentimiento y da la explicación de ese retraso en creer; hablando de sí y de Pedro, su compañero, añade en seguida: «Aún no se habían dado cuenta de la Escritura, según la cual era preciso que Él resucitase de entre los muertos» (Ioh 20, 9). En la

sinagoga de Antioquía de Pisidia, Pablo afirmará sin ambages: «La promesa hecha a nuestros padres Dios la ha cumplido en nosotros, sus hijos, resucitando a Jesús» (Act 13, 32 s.).

San Pedro tiene una afirmación análoga a propósito de los profetas: «Sobre esta salvación inquirieron e investigaron los profetas que vaticinaron la gracia a vosotros destinada, escudriñando qué y cuál tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que en ellos moraba y de antemano testificaba los padecimientos de Cristo y las glorias que habían de seguirlos (1 Pet 1, 10 s.). Por encima de todo la tarde misma de Pascua, el Señor había confirmado a los apóstoles esta significación de todo el Antiguo Testamento y «les había abierto el espíritu a la comprensión de las Escrituras» (Lc 24, 25); ya hemos comentado este texto.

El acontecimiento pascual coincide, pues, con todas las promesas de Dios y responde a todas las preguntas y a todas las aspiraciones que Él ha inspirado a los hombres. Hay una manera de leer la Escritura que lo hace descubrir y que es la única total; entrega el sentido mismo de Dios. Dios, mediante sus acercamientos, pone en marcha el diálogo con el hombre; la resurrección es su coronamiento. No es despreciando el Antiguo Testamento, sino exaltándolo, como se tiene acceso al Nuevo; Jesucristo no ha venido para destruir, sino para cumplir. ¿Podemos decir algunas frases

aproximativas? Moisés trata de encontrar la ley y el espíritu que harán al pueblo de Dios; Jesús, al dar su Espíritu, crea el verdadero pueblo mesiánico. Samuel y los profetas aspiran a escuchar la propia palabra de Dios. David, con generoso corazón quiere construir una morada para su Dios; Jesús es, para los suyos, la morada misma de Dios y cualquier vida animada por Él se hace «culto en verdad». Job está oprimido por su propio dolor y por la injusticia de la desgracia que hiere a los inocentes; el Señor responde mostrándole que Él mismo ha sufrido más infinitamente, más injustamente; revela en sí mismo lo que llega a ser, en Dios, para la eternidad, la pena de un momento. El profeta deseaba ardientemente que se rasgaran los cielos y que descendiera Dios; de ahora en adelante Él está con nosotros para siempre. El pecador pedía humildemente su perdón; esto es mejor que un perdón, es la reconciliación que se nos da por Cristo, reconciliación de la que nace una amistad más estrecha que antes. Todo el pueblo esperaba los tiempos mesiánicos y el reino de Dios; Cristo que resucita es ese reino, en un mundo nuevo donde los suyos se convierten en una nueva creación. Todo lo que Dios había prometido y hecho desear, se ha cumplido: Él mismo nos dice amén a todas sus promesas y a todas sus bendiciones; aún mejor, su propio Hijo es ese sí: «no ha habido

más que sí en Él» (2 Cor 1, 19); «esto dice el testigo fiel y veraz, el principio de la creación de Dios» (Apc 3, 14).

Es, pues, algo total ese «según las Escrituras»; por otra parte, no lo olvidemos porque es evidente, se refiere únicamente al Antiguo Testamento; la palabra, muchas veces repetida y diversamente expresada, se recupera de golpe «en el Hijo» (Heb 1, 2). Las promesas y las preparaciones se cumplen en una realización que las supera.

Esto no quiere decir que no haga falta tomar muy en serio la manera bíblica en que los apóstoles, primero San Pedro desde el día de Pentecostés y, más tarde, San Pablo, han recurrido a las Escrituras. Su experiencia es de orden incomparable porque han visto a Cristo en su vida de gloria; han tratado de hacer que se comparta su fe y también expresarla sirviéndose de esa Escritura en la que creían como sus interlocutores. Contentarnos con algunas citas o alusiones explícitas que se encuentran en los escritos apostólicos, sería ciertamente empobrecer mucho la concordancia entre la palabra de Dios y su intervención en la Resurrección; pero omitirlas nos privaría de grandes luces; varias reaparecerán justamente cuando se trate de la vida actual en gloria del Resucitado; excedería la competencia y las dimensiones de este volumen estudiarlas todas en detalle.

La primera frase que se aplica a la Resurrección es esta: «Por eso se alegra mi corazón y jubila mi lengua, y aun mi carne descansa segura. Pues no abandonarás mi alma al *seol* ni permitirás que tu fiel vea la fosa» (Ps 16, 9 s.)¹.

San Pedro desarrolla su pensamiento en el discurso de Pentecostés. Con gran respeto hace notar, primero, que David, autor del Salmo, murió, que está enterrado y que su tumba guarda sus restos. La seguridad del Profeta no le concernía pues; pero, precisamente porque era profeta, comprendió el designio de Dios y habla en nombre de su Cristo. Verdaderamente no era posible que Jesús conociese la corrupción; corrupción que, según la mentalidad judía de la época, comenzaba al cuarto día. Por otra parte, esta afirmación no sobreentiende que la descomposición hubiera interpuesto un obstáculo suplementario a la acción todopoderosa que le llamaba de la muerte; los primeros cristianos —y Pedro muy especial-

¹ Literalmente, en hebreo, la «fosa», el «abismo»: la Biblia de Jerusalén completa con esta nota: «El salmista ha escogido a Yahvé. El realismo de su fe y las exigencias de su vida mística reclaman una intimidad indisoluble con Él; necesita escapar de la muerte que le separaría de Él» (Ps 6, 6; Cf. Ps 49, 16). Esperanza aún imprecisa que preludia ya la fe en la resurrección (Dan 12, 2; 2 Mac 7, 9). Algunas versiones traducen «fosa» por «corrupción». La aplicación mesiánica, admitida por el judaísmo, se ha visto verificada por la resurrección de Cristo.

mente— no podían olvidar la resurrección de Lázaro llamando un muerto a la vida «el cuarto día»; para ellos —lo dice todo el contexto del Salmo— es el signo de la vigilancia amante de Dios para con su Santo. A partir de ahí, ¿no deberíamos complacernos en repetir la oración que sigue?: «Tú me enseñarás el sendero de la vida, la hartura de la vida ante Ti, las delicias a tu diestra para siempre» (Ps 16, 11). A causa del Resucitado, cuya vida es llamada a compartir, la voz del cristiano debe entrar, gracias a este Salmo, en la oración que el salmista atribuía a Cristo. La resurrección al tercer día, es decir, al día siguiente del sábado, es un hecho que atestiguan todas las narraciones evangélicas, y este versículo davídico nos expresa el significado de divina delicadeza que había tenido este hecho para los primeros testigos que interrogaban a su Biblia; han pensado ciertamente en una frase de Oseas (6, 2) y en el signo de Jonás anunciado por su mismo Maestro; pero esto no se deduce de las frases explícitas que se nos han conservado.

El don del Espíritu Santo hecho a los discípulos era el signo evidente del Señorío de Jesús; para mostrar su sentido, san Pedro, en la mañana de Pentecostés, apela a la autoridad del Salmo 109: «Oráculo de Yahvé a mi Señor: siéntate a mi diestra» (v. 1). Esta frase de la Escritura es, sin duda, la que más ha servido

a los primeros cristianos y a nosotros, después de ellos, puesto que ha entrado en el Cielo para expresar la gloria de Cristo «sentado a la derecha del Padre». El mismo Jesús la había utilizado poco antes de la Pasión para llevar a sus contradictores a formarse una idea más alta de la personalidad del Mesías.

Los salmos proporcionan todavía otra luz a la fe de la Iglesia naciente: «Tú eres mi Hijo, dijo Dios a su Ungido; yo te he engendrado hoy» (Ps 2, 7). Al atribuir esta frase misteriosa a la resurrección y a la glorificación de Jesús, los primeros cristianos expresaron su más profundo sentido: Jesús, Hijo de Dios en persona desde su encarnación, se hace Hijo de Dios en poder mediante su resurrección; ha entrado en su propia gloria, «aquella que tuvo junto al Padre antes que el mundo existiese», como explica San Juan (17,5). Este Salmo 2 nos habla de la rebelión de las gentes contra Dios y contra su Cristo, y esta glorificación es la manera como Dios responde: vence el mal con el bien, inunda el pecado del mundo con el exceso del amor que da su Hijo único.

Un último texto (para no detenernos en aquellos que proceden por simple alusión o no se refieren a la resurrección) lo proporciona el Salmo 118: Jesús se sirvió de él en las discusiones de la última semana; «La piedra

que rechazaron los constructores ha sido puesta por cabecera angular. Obra de Yahvé es esta, y es admirable a nuestros ojos» (v. 22 s.). Todo está dicho en pocas palabras: el rechazo de los constructores, la gloria de Jesús y el signo irrecusable de la intervención de Dios.

El asombroso cambio de la situación es una de las experiencias de los primeros testigos; cuanto más descorazonados, abatidos, desorientados estuviesen, más debieron sentirlo. Sólo Dios ha podido concebir esta obra; Él sólo lo ha realizado y ya esto es causa de asombro entre tantas cosas insospechadas como van a desarrollarse: hoy, la gloria de Jesús ante su pueblo; mañana, la conversión de los paganos en todo el mundo. Esta es la hazaña del Señor. Para subrayar esta novedad, San Pablo apelará a una profecía de Habacuc: «Mirad a las naciones y ved, y quedaréis sobrecogidos y estupefactos, pues está para cumplirse en vuestros días una obra que, si os la contaran, no la creeríais» (Hab 1, 5; cfr. Act 13, 41).

La resurrección gloriosa de Jesucristo cumplió la gran promesa hecha a Abraham en cuya posteridad deben ser bendecidas todas las razas de la tierra; hace también que Jesús, el humilde predicador de Galilea, se aparezca como el profeta que había anunciado Moisés: «Un profeta como yo» (Act 3, 22; Dt 18, 15). Habría que insistir también sobre el siervo doliente, página de Isaías que Jesús había tenido

conciencia de realizar en su vida y sobre todo en su Pasión; da el sentido de su inmolación redentora; el uso que hizo la Iglesia primitiva atestigua, una vez más, que Pasión y Resurrección son una sola cosa en el cumplimiento del designio de Dios. Pero eso nos llevaría muy lejos.

Añádase a esta rápida enumeración algunas alusiones a los tiempos mesiánicos, a la llamada de las naciones, a la gloria de Israel, y se tendrá un balance menos incompleto de las alusiones y de las citas que se encuentran en los testimonios primitivos de las concepciones que los Apóstoles y sus compañeros tomaron de las Escrituras. Preciso es que repitamos la incomparable riqueza (que un estudio más profundo puede hacer resurgir) y, sin embargo, su asombrosa limitación. Se imponen dos observaciones: estamos lejos, por una parte, de tener exposiciones completas de la predicación apostólica; San Lucas sólo nos ha conservado rudimentos esenciales a través de los discursos de Pedro y de Pablo. Por otra parte, el «según las Escrituras» debe entenderse en un sentido total; ya lo hemos dicho: toda la Escritura habla de Él.

En esta lectura el Exodo tendrá, necesariamente, un lugar de elección; cuando la Transfiguración, Moisés y Elías —la ley y los profetas— hablaban con el Señor «del éxodo que había de cumplir en Jerusalén» (Lc 9, 30); las

solemnidades pascuales, al encuadrar la Pasión y la muerte de Cristo, lo repiten a su vez. Este no es sino un aspecto; el diácono Esteban, lleno de sabiduría y del Espíritu Santo, insistirá sobre el conflicto entre la llamada de Dios y la resistencia de su pueblo que atraviesa toda la historia de Israel. Esto nos lleva al mismo corazón del problema: San Pedro, en Pentecostés, habla del «designio determinado y la presciencia de Dios» (Act 2, 23). ¿Cuál es el designio de Dios sino darse y establecer una alianza perfecta e indisoluble con el pueblo del que hace su reino, o mejor, con la familia de sus hijos? Esta búsqueda de alianza, de una alianza que llega hasta la verdad nupcial, constituye todo el Antiguo Testamento; se realiza en Pascua que sella la alianza nueva y eterna. Cuando el hombre estaba en el pecado, Dios lo reconcilió en la sangre de la cruz. ¿Cómo será la condición nueva del cristiano ahora que, en la amistad de Dios, vive en la vida de Cristo resucitado? Lo explica San Pablo: «si siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, reconciliados ya, seremos salvos en su vida» (Rom 5, 10).

De ahora en adelante, el discípulo de Jesucristo, en la gracia de Pascua, se ve liberado del velo que le impedía comprender la verdad de la Escritura: «Todos nosotros, a cara descubierta, reflejamos como espejos la gloria

del Señor y nos transformamos en la misma imagen, de gloria en gloria, como (movidos) por el espíritu del Señor» (2 Cor 3, 18). Este orden donde actúa el Espíritu y lo hace disponible para su acción es aún más bello que aquél donde brilló la luz al mandato de Dios en la primera mañana del mundo, pues es el orden de su amor, y Él atrae allí a los suyos en una relación de persona a persona: «Porque Dios, que dijo: 'brille la luz del seno de las tinieblas', es el que ha hecho brillar la luz en nuestros corazones para hacer resplandecer la ciencia de la gloria de Dios en el rostro de Cristo» (2 Cor 4, 6). No se alcanzan las Escrituras al nivel de la letra, sino en la profundidad del Espíritu; es aquella del amor que se entrega para siempre. A través de los signos de su palabra, Dios comparte su vida con nosotros.

Toda la Escritura es para revelar a Israel, y después al mundo entero, que Dios está vivo: qué signo mejor que un sepulcro vacío para la gloria de Dios que resucita a su Hijo. El padre Lagrange ha podido decir que el vértice de la oración donde se ha expresado el alma judía es el grito del salmista: «Mi bien es estar apegado a Dios» (Ps 72, 28). Ahí nos hace entrar Cristo resucitado al resucitarnos con Él.

SEGUNDA PARTE

LA FE, RELACION VIVA CON CRISTO

INTRODUCCIÓN

«No seas incrédulo, sino fiel» (Ioh 20, 27), es la gran petición que Cristo resucitado dirige al Apóstol, obstinado en su duda, después de haber cedido a sus exigencias. ¿No se dirige también a cada uno de nosotros? ¿Cuál es, pues, esta fe que responde a la intención del Señor? No ha venido para maravillarnos con su poder, sino para resucitarnos y darnos su propia vida. Más adelante hablaremos de esta vida resucitada. De momento se trata de que comprendamos la fe que espera de su discípulo; una fe que se hace esperanza y que une a Él, de persona a persona. Una afirmación de San Pedro nos permite que comprendamos menos mal este dinamismo de la fe y la rela-

ción con Dios, en Cristo, que opera en nosotros: «Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia nos reengendró a una viva esperanza... Por Él creéis en Dios, que le resucitó de entre los muertos y le dio la gloria, de manera que en Dios tengamos nuestra fe y nuestra esperanza» (1 Pet 1, 3; 21). Es una manera de repetirnos la insondable revelación de Cristo en san Juan; revelación que permite comprender la situación misteriosa del creyente en el mundo. Por una parte, en efecto, Cristo es invisible y escapa a las miradas del mundo; por otra, su luz hecha absolutamente de alegría, ilumina al creyente. ¿Qué ha sucedido? «Vosotros me veréis, porque yo vivo y vosotros viviréis» (Ioh 14, 19). Conviene que estudiemos ahora esta relación de vida.

Esta relación de vida es, para el creyente, la impronta de Cristo vivo; si Cristo no está vivo, la fe no es más que ilusión, idea hueca, símbolo; como hecho de vida, nada es. ¿Será nada nuestra fe? Este es el objeto del primer capítulo de esta parte. Nuestra fe es real, es comunión de vida; el segundo capítulo estudiará el sentido de la fe. La fe es relación de persona a persona: resucitó para mí (cap. 3).

I. ¿SERA NADA NUESTRA FE?

Creer, y afirmar que Jesús muerto en la cruz está vivo, es el desafío que, cada día y en todo instante, lanza al mundo el cristiano. Poco es llamarle desafío; el apóstol San Juan ve en esto una victoria que triunfa del mundo: «Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Y quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?» (1 Ioh 5, 4 s.). El mundo incrédulo pide, pues, al cristiano las razones de su fe y uno de sus primeros deberes es, según San Pedro, estar dispuesto siempre a dar razón de la esperanza que habita en él (Cf. 1 Pet 2, 15)¹.

Frente a la fe de los cristianos, la incredu-

¹ Ver en el Apéndice este aspecto de la cuestión.

lidad afirma que Cristo no ha resucitado; esta negación radical es la entraña de todo el anticristianismo. Dostoievsky pone en los labios de uno de sus personajes esta frase terrible: «Un día, en la tierra, se alzaron tres cruces en el centro de la tierra... hacia el fin del día; murieron..., pero no encontraron paraíso ni resurrección... Esta es la idea, toda la idea. Fuera de ella no hay otra.» (*Los endemoniados*, citado por Evdokimov en *Les âges de la vie spirituelle*, ed. Desclée de Brouwer.)

A propósito de una pregunta planteada por algunos corintios sobre la resurrección de los muertos, San Pablo no dudaba en ponerlos frente a esta situación: «Pues si de Cristo se predica que ha resucitado de los muertos, ¿cómo entre vosotros dicen algunos que no hay resurrección de los muertos? Si la resurrección de los muertos no se da, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación. Vana nuestra fe. Seremos falsos testigos de Dios porque contra Dios testificamos que ha resucitado a Cristo, a quien no resucitó, si en verdad los muertos no resucitan. Porque, si los muertos no resucitan, ni Cristo resucitó, y si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe, aún estáis en vuestros pecados. Y hasta los que murieron en Cristo perecieron. Si sólo mirando a esta vida tenemos la esperanza puesta en Cristo, somos los

más miserables de todos los hombres (1 Cor 15, 12-19).

Más aún: seríamos falsos testigos, lo que es intolerable para una conciencia recta; para una conciencia religiosa seríamos blasfemos al atribuir a Dios el haber resucitado a Jesucristo cuando no lo había hecho. La nada de una fe que no tiene sentido; condición cristiana, la más desventurada de todas, no por sus exigencias y por sus renunciaciones, sino porque sería mentira y falsedad. ¿Qué sentido tendría la existencia humana? San Pablo recoge por su cuenta la afirmación de los paganos de estilo epicúreo: «Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, que mañana moriremos» (1 Cor 15, 32). Hoy, sin renegar, sin embargo, de esa concepción de sensualidad y de egoísmo, muchos insistirían en la absurdidad del mundo, en la injusticia de la suerte y en la absoluta desesperanza de la vida...

Nada, no obstante, sería tan negro como el Calvario, donde murió el más santo de los hombres; no puede concebirse algo más inicuo y más absurdo. El Señor ha querido cargar con el pecado del mundo, incluso con el de su crucifixión. Este es el sentido de la misteriosa frase: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mc. 15, 34). ¿Sólo quería evocar uno de los salmos que iluminan el drama? San Pablo no duda en decir que ha

sido hecho pecado por nosotros (Cf. 2 Cor 5, 21). Siempre es Él quien, cargando con la desesperanza del hombre, quiere convertirla en confianza: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23, 46), y descubrir el sentido del drama redentor: «¡Todo está consumado!» (Ioh 19, 30).

La resurrección es la respuesta de Dios al grito de Jesús y a la angustia del mundo; nos repite el precio infinito del destino humano en el tiempo y después del tiempo.

La resurrección de un muerto y este papel divino atribuido a un hombre parecen a algunos tan absurdos que están dispuestos a construir un cristianismo sin este misterio, donde conserven las palabras despojadas de la realidad del misterio. En estas perspectivas, el cristianismo no pasa de ser una disidencia judía basada en una ilusión, o una escuela de sabiduría.

Por su valor humano y su belleza moral, otros contradictores, penetrados de racionalismo, conservarían el cristianismo, pero sin Jesucristo. Querrían, a veces, persuadir a los cristianos de que la existencia de Jesús importa poco una vez que existe la maravilla del cristianismo; actúan un poco como se hace al dejar de lado los problemas históricos que presenta Shakespeare como hombre, para dedicarse al estudio de las obras maestras que

llevan su nombre. Estas afirmaciones conducirían a insinuar que la ilusión tiene más valor que la verdad, que la vida puede edificarse sobre la mentira y que, para nosotros los cristianos, Jesucristo puede no ser más que una quimera cuando es —¡demasiado mal!— nuestra vida.

Otros aún (y cada vez más numerosos hoy) pensarían con bastante facilidad que la resurrección no tiene, en sí misma, gran interés; que, en el entierro de Cristo, hay que ver la sepultura de las preocupaciones religiosas para que no nos ocupemos más que del hombre; una ideología políticosocial reemplazaría cualquier relación con Dios, considerada como alienante... Pero, por el contrario, para el cristiano, la vida nueva concedida al hombre en el misterio pascual, respeta y exalta todos los valores humanos, todas las dimensiones y las aspiraciones de la humanidad, sumergiéndolas en la Fuente que nada arrebató, que nada guarda para sí misma, sino que se da e inspira el don de sí.

Nuestra reflexión actual no puede dedicarse a recordar todas las tendencias que se enfrentan con la fe en la Resurrección; San Pablo las reducía a dos: las que derivan de una determinada idea de Dios y las que provienen de una idea del hombre. Hay, en cada uno de nosotros, algo del judío y del griego; uno y

otro no pueden estar de acuerdo con la verdad de Cristo muerto y resucitado. La Resurrección es la línea divisoria entre el cristianismo y todo lo que no es él, sean religiones o filosofías. Para él se trata de la verdad; para las otras, de una locura.

Uno de los primeros paganos que hubieron de juzgar objetivamente el cristianismo fue, sin duda, el gobernador Festo; antes de juzgar a San Pablo y de dar cuenta de su juicio, llegó a esta conclusión que, hoy, sigue siendo verdadera: «Tenían sólo cuestiones sobre su propia superstición y de cierto Jesús muerto, de quien Pablo asegura que vive» (Act 25, 19). Sólo que ni Festo, ni incrédulo alguno, pueden imaginar la vida con que vive Cristo; sólo la fe revela su sentido.

Puede añadirse también que este punto es tan central, tan esencial, que permite discernir entre las falsas y las verdaderas concepciones cristianas: ¿Es una idea su Cristo, aunque sea una idea del hombre? ¿Es una abstracción, aunque sea religiosa? ¿Es un ser vivo, del que uno puede ser discípulo y del que uno puede verse como contemporáneo? Cristiano quiere decir «discípulo» y sólo quiere decir eso. De ahí que cada uno pueda plantearse una sola pregunta: ¿Resucitó Cristo? ¿Es, para mí, alguien viviente? ¿Es mi fe relación con Él?

No hay término medio: si Cristo no ha resucitado, el cristianismo es la nada. Si Cristo resucitó, es propulsor de vida divinizada. Para San Pablo sólo contaba una cosa: «conocerle a Él y el poder de su resurrección» (Phil 3, 10).

II. EL SENTIDO DE LA FE

Cristo resucitado se ha dejado ver por algunos de sus discípulos y de los Apóstoles que, por eso se definieron como «aquellos por los que fue visto el Señor». Y, del mismo modo, San Pablo fundamentará, como los otros, su título de Apóstol en el encuentro del camino de Damasco: «¿No he visto a Jesús, nuestro Señor?» (1 Cor 9, 1). Cabe decir que toda la predicación apostólica deriva de esto: Cristo ha resucitado, nosotros somos testigos. La elección del duodécimo apóstol, para reemplazar al que había desertado por su traición, fue para designar «al que sea testigo con nosotros de su resurrección» (Act 1, 22).

A pesar de la evidencia y del número de apariciones y de signos, también los apóstoles tuvieron que esforzarse en creer, porque había

distancia entre lo que se percibía y la realidad: Jesús, el Señor. Constituyeron otros testigos del mismo misterio para servir al designio de salvación, porque no hay otro nombre donde pueda encontrarse la salvación que el de Jesús, que se hizo Salvador por su resurrección: «En ningún otro hay salud, pues ningún otro nombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvos» (Act 4, 12).

Esta nueva generación de testigos pertenecía ya a esos a quienes Cristo llamó bienaventurados porque no vieron lo que creyeron (cfr. Ioh 20, 21). Después de ellos, a través de los veinte siglos de la vida de la Iglesia, también lo somos nosotros. Nosotros, como esta segunda generación y como todos aquellos que habían creído en la palabra de los apóstoles, alcanzamos el hecho de la Resurrección, como algo percibido indudablemente por los hombres, a través de los primeros testimonios; pero es el don del Espíritu el que nos hace creer. Hay la misma distancia entre el asombro humano y la fe que da al hombre la contemplación de Dios. Sin la palabra del Señor, transmitida por San Juan, y colocada al final de su Evangelio, habríamos considerado a los apóstoles y a los testigos directos como privilegiados; sin embargo, Cristo proclama que nosotros somos más felices. Tenemos, pues, que comprender el lugar del testi-

monio de la Iglesia que aporta hasta nosotros el testimonio de los apóstoles y la necesidad de la docilidad interior que nos abre a la acción del Espíritu Santo.

Es bueno que comprendamos, antes que nada, cómo nos ha llegado el testimonio de los apóstoles, por voluntad del Señor, como un testimonio vivo, que constituye su Iglesia, y no como una carta muerta que sólo se conserva en su escrito. De generación en generación se ha conservado y comunicado la fe; ella ha formado esa nube de testigos que nos garantizan la verdad de lo que se nos ha transmitido y que, según la promesa de Jesús, el Espíritu Santo conserva presente en la memoria de la Iglesia. Cada papa, cada obispo, cada cristiano, es un eslabón de esa cadena que, desde la mañana de Pascua hasta hoy, repite la buena nueva: Cristo está vivo; el pecado ha sido vencido; la salvación se ofrece al mundo. Se encuentra esa consciencia, llena de alegre orgullo, en estas frases de Pablo VI que, después de todos sus predecesores, desde San Pedro, no ha cesado de repetir esta proclamación del Evangelio: «Ha resucitado. Nosotros damos testimonio. Hemos recogido este testimonio de la palabra y de la sangre de los Apóstoles y de los primeros discípulos, testigos oculares y, con una escrupulosa exactitud y una certeza inquebrantable, robustecida por el Espíritu Santo, Nos os lo anunciamos y

Nos lo proclamamos al mundo, y Nos lo transmitimos a nuestra vez a las generaciones futuras: Cristo ha resucitado.» (*Mensaje Pascual*, 26 marzo 1967.)

Uno de los rasgos de la conciencia católica es esta alegría de recibir el testimonio de los apóstoles a través de la Iglesia de hoy: creo en la Iglesia apostólica.

La otra observación debe hacernos, interior e indefectiblemente, dóciles al Espíritu Santo. Es indispensable, ciertamente, que estudiemos las pruebas o los signos de la fe, que conozcamos con cuidado los textos que la formulan, pero aun es más necesario que comprendamos que la fe es don de Dios. Cristo ha prometido manifestarse (con esta manifestación íntima en la conciencia) a cualquiera que guarde su palabra (cfr. Ioh 14, 21); ha afirmado que cualquiera que haga la voluntad de su Padre reconocerá la verdad de su palabra (cfr. Ioh 7, 17). En esa profundidad se defiende, se alimenta y crece la fe que nos hace felices.

Crear en la resurrección de Jesús no es sólo admitir un hecho, por muy extraordinario que fuese, sino, a través de esa certeza, entregarse a la persona de Cristo. Sólo en ese momento se hace verdadera la fe; a través de la fórmula, es adhesión a Dios que revela su misterio; a través de la palabra o del signo, une con Aquel que habla. San Pedro la admiraba en

los primeros cristianos: «Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto, en quien ahora creéis sin verle, y os regocijáis con un gozo inefable y glorioso, recibiendo el fruto de vuestra fe, la salud de las almas» (1 Pet 1, 8-9). Esto es lo que el Señor pedía a los suyos: «Creed en Dios, creed también en mí» (Ioh 14, 1). Su condición de gloria le pone en situación de ser «autor y consumidor de la fe» (Heb 12, 2).

¿Cómo expresar lo que es esta relación de persona a persona que une al creyente con el Señor? A partir de una frase evangélica llega uno a hacerse una idea muy alta: «Conozco a mis ovejas y mis ovejas me conocen» (Ioh 10, 14). Este conocimiento excede, y con mucho, de lo que puede ser una vaga adhesión más o menos teórica; el verbo «conocer» es, en la lengua semita, uno de los más fuertes, el más fuerte tal vez, para expresar esa unión que se hace experiencia del otro puesto que también designa la unión sexual. El Señor lo refuerza aún más superando todos los encuentros posibles entre criaturas y refiriéndose a la intimidad entre las divinas Personas: «como el Padre me conoce y yo conozco al Padre» (v. 15). Este «conocimiento» recae a la vez sobre lo que es Jesucristo y sobre lo que somos para Él. «Ese día comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros» (Ioh 14, 20), frase que sólo contiene unas pocas palabras y cuyo sentido y aplicaciones,

sin embargo, nunca terminan de descubrirse.

¿Qué es Cristo? Su vida en Dios y su lugar en el plan de Dios lo dicen. Santo Tomás lo expresa en su grito: «¡Señor mío y Dios mío!»; «Si me habéis conocido —dijo—, conoceréis también a mi Padre. Desde ahora le conocéis y le habéis visto» (Ioh 14, 7).

¿Qué somos para Él? Lo ha definido Él mismo: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos» (Ioh 15, 5). «Como el Padre me amó, yo también os he amado (Ioh 15, 9). Desde que, mediante la fe viva, me recibáis, tendréis el poder de haceros hijos de Dios (cfr. Ioh 1, 12). Y son los más pequeños, a condición de que sean los más abiertos a la Gracia, quienes serán los privilegiados en este intercambio de espíritu a espíritu: «Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y discretos y las revelaste a los pequeñuelos» (Mt 11, 25). Ninguna circunstancia exterior, ningún talento privilegiado, ningún pasado preservado, intervienen; sólo la libertad de una respuesta personal a la llamada de Cristo: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, según dice la Escritura, ríos de agua viva correrán en su seno» (Ioh 7, 37 s.).

De esta fe viva, relación con Dios por Jesucristo a quien Él resucitó, se nos muestran dos características: da gloria a Dios; da parte en la resurrección del Señor.

Para explicar a los romanos lo que debe ser su fe para hacerlos justos (nos gustaría decir: para ajustarlos a Dios), San Pablo recurre al ejemplo de Abraham, padre de los creyentes, de los circuncisos y de los incircuncisos. Dios le ha hecho la promesa más magnífica: una paternidad que se extiende a todas las naciones; a pesar de que su viejo cuerpo está ya muerto, y está muerto también el seno de su esposa, no considera esta promesa demasiado hermosa e irrealizable. No duda y glorifica a Dios. Nada puede honrar tanto a cualquiera como fiarse de Él. Abraham, tanto ante la prodigiosa promesa como ante la terrible exigencia que le pedía la inmolación del heredero mismo de esa promesa, se fía de Dios todopoderoso; sabe que Dios puede llamar a la existencia tanto a lo que es como a lo que no es y que esta omnipotencia es el nombre que toma el más fiel y el más generoso de los amores. Esta fe le fue computada como justicia ante Dios, a quien él daba su confianza y su vida, comulgando con sus intenciones y respondiendo a su llamada. Si somos capaces de dar el mismo salto al infinito y fiarnos de Dios con la misma totalidad, Él actuará igual con nosotros: «Y no sólo por Él está escrito que le fue computado, sino también por nosotros, a quienes debe computarse; a los que creemos en el que resucitó de entre los muertos, nuestro Señor Jesús, que fue entregado

por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación» (Rom 4, 23-25).

Admitir como un atributo del Ser supremo la omnipotencia que puede hacer todo lo que puede ser hecho, no conduce lejos en el orden de la relación con Dios; eso es algo de orden metafísico donde puede existir «la verdad sin caridad, que es un ídolo»; pero tomar conciencia de que esa omnipotencia realiza el designio del más alto amor, que es absolutamente al mismo tiempo fidelidad y misericordia, atenta al menor esfuerzo del hombre y respetuosa con su libertad, que ha sabido ponerse a nuestro nivel y, sin embargo, elevarnos hasta participar en su vida, esto es lo que le glorifica y, por eso, creer en la resurrección de Jesús tiene un sentido absolutamente distinto que admitir el más sobrehumano de los prodigios.

«Con Él fuisteis sepultados en el bautismo y en Él asimismo fuisteis resucitados por la fe en el poder de Dios, que le resucitó de entre los muertos» (Col 2, 12). «El que cree en el Hijo tiene la vida eterna» (Ioh 3, 36). El designio de Dios no es resucitar sólo a Jesús, sino a todos los hombres en Él. La salvación no designa ya, de ahora en adelante, una manera cualquiera de recibir la vida de Dios, sino esta participación en la resurrección de Cristo: «Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos, habita en vosotros» (Rom 8, 11); esta es

la participación definitiva en la vida de Dios por Jesucristo.

Vamos a tener que estudiar con más detenimiento este segundo aspecto; pero que esta primera alusión baste para apartar definitivamente la tentación de reducir la fe a una opinión entre otras opiniones. Por el contrario, se trata de una comunión con la vida de Dios, «de un cierto comienzo de vida eterna», decía Santo Tomás, queriendo mostrar que nos sitúa en el plano de Dios. Por eso no podría ser el resultado de una investigación humana, o la conclusión de una argumentación; es un don de Dios: «Bienaventurado tú, Simón Bar Jona, porque no es la carne ni la sangre quien eso te ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos» (Mt 16, 17). No se trata, en efecto, de un pensamiento que el hombre guarda en sí, sino de un pensamiento que le hace comulgar con Dios; es una participación en ese tesoro que es la amistad de Dios; el hombre se ve admitido en los secretos de Dios, lo que es propio de la amistad: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo» (Mt 11, 27). Anunciamos lo que «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre; lo que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Cor, 2, 9).

Esto es: saber por Dios que ha resucitado a su Hijo. Y creerlo.

III. RESUCITO PARA CADA UNO DE NOSOTROS

Creer en Cristo debe convertirse en comunión de vida con Él y en consciencia de que uno mismo se ve afectado por el misterio. Ya no somos gentes de fuera, que admiran desde lejos lo que pasa, sino invitados que deben tomar parte en la fiesta nupcial; así es el Reino de los cielos.

Dios, que nos ha creado sin nosotros, no quiere salvarnos sin nosotros; estima demasiado la libertad y requiere la fe llena de amor. No queriendo salvar la humanidad sin ella, le ha dado su propio Hijo para que sea hombre al servicio de los hombres. Ha querido para Él esta humanidad para que pudiese ser, por el pecado del mundo, «crucificado en su debilidad», pero «vivo por el poder de Dios» (Cf. 2 Cor 13, 4).

Dios quiere la fe para que sepamos cuál es nuestra situación y para que participemos libremente en lo que hace por nosotros. En ese espíritu hay que abordar este capítulo, preguntándonos cómo Cristo, resucitado para nosotros nos resucita con Él¹. Dos grandes textos del Apóstol Pablo servirán de fundamento a nuestras reflexiones y nos asegurarán que estamos bien situados en la luz de la verdad.

Antes que nada, explica a los corintios el sentido de su vida, sobre todo de su vida apostólica, y les dice: «La caridad de Cristo nos constriñe» (la caridad con que Cristo nos ama) y, después de haber añadido que al morir el Señor nos había hecho entrar en su muerte, declara: «los que viven no viven ya para sí, sino para aquel que por ellos murió y resucitó» (2 Cor 5, 14-15). Este «para sí» nos invita a considerar el sentido urgente

¹ Pablo VI, en su mensaje pascual del 16 de abril de 1965, declaraba: «No es para Él sólo, es para nosotros que Cristo resucitó. Es el primero de los vivientes, de aquellos que reemprenden su vida más allá de la muerte temporal, pero toda la humanidad, en cuanto cree en Él y se une a Él, es introducida en la regla de la vida que está más allá y por encima de la existencia terrena. Él, primogénito entre una multitud de hermanos, ha inaugurado este reino para nosotros. El misterio pascual no concierne, pues, sólo al Hijo de Dios. Hijo del hombre; concierne también a los hijos de los hombres que, en Jesús, se convierten en hijos de Dios.»

que la resurrección tiene para nosotros. Más tarde, en su carta a los efesios, Pablo proclama cómo se ha cumplido el designio del excesivo amor de Dios que quiere salvarnos y realizar en nosotros sus intenciones de amor:

«Pero Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, y estando nosotros muertos por nuestros delitos (alusión que muestra aún mejor la inmensidad de su misericordia) nos dio vida por Cristo —de gracia habéis sido salvados— y nos resucitó y nos sentó en los cielos en Cristo Jesús» (Eph 2, 4-6). Para expresar la obra de este inmenso amor, San Pablo ha creado, una vez más, una palabra (las palabras corrientes, que ya existían, le parecían insuficientes); nos ha «resucitado con», «vivificado con», «sentido con»; una sola y única acción de Dios resucita a Cristo y nos resucita con Él. No podemos pensar de otra forma que, en el interior de ese amor y nuestra fe, debemos volvernos atentos a esta realidad porque, en adelante, formamos parte de ella.

Se impone una observación preliminar: cada vez que encontramos un plural, «os conozco», «os amo», en los labios de Cristo, debe traducirse por a «cada uno de vosotros»; el individualismo traduce únicamente «para sí», sin pensar en los otros; traiciona así el designio del amor que quiere unirnos, los unos a los

otros, en un cuerpo único, en Él. La mediocridad espiritual colectiva traduce «los hombres en general», el «nosotros» colectivo; aniquila el amor. En amor sólo hay libertad, verdad y persona; el amor es una relación única que ninguna otra reemplaza.

Tiene, pues, San Pablo razón al traducir, hablando del amor de Cristo por él: «me amó y se entregó por mí» (Gal 2, 20). Esta consciencia es tanto más llamativa cuanto que, justamente, el Apóstol tenía la misión de anunciar el Evangelio efectivamente universal. Nuestras reflexiones se dirigirán a comprender que no hay que limitar el «se entregó por mí» a la Pasión, sino que es necesario descubrir ahí todo el misterio de Cristo. «Se entregó por mí» no sólo abandonándose a los hombres que han hecho de Él lo que han querido, sino ofreciéndose totalmente a Dios por nosotros y acogiéndonos en su gloria.

Para comprender la profundidad de este lazo de Cristo, que excede de cualquier otro, una frase del Evangelio nos ilumina y nos revela que está más cerca de nosotros que nuestra propia conciencia, ya que nos habla del conocimiento mutuo del Padre y del Hijo y nos sumerge así en el mismo corazón de la vida de las divinas Personas entre sí: «Conozco a mis ovejas y mis ovejas me conocen a mí, como el Padre me conoce y yo conozco a mi Padre» (Ioh 10, 14-15); por lo demás,

esta relación no es sólo con aquellos que creen o que conocen; el Vaticano II lo ha afirmado explícitamente: «Esto no es válido sólo para aquellos que creen en Cristo, sino para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón, invisiblemente, actúa la gracia. Efectivamente, puesto que Cristo murió por todos nosotros y que la vocación última del hombre es realmente única, es decir, divina, debemos mantener que el Espíritu Santo ofrece a todos, de una manera que Dios conoce, la posibilidad de ser asociados al misterio pascual» (G. S., 22, 5). Cuando decimos «para cada uno de nosotros», no designamos sólo a los fieles de la Iglesia, sino a cualquier hombre.

A partir de ahí, ¿cómo puede concernirnos la Resurrección?

Es evidente que la resurrección es, entre los misterios de Cristo y entre lo que el amor de Dios ha hecho por nosotros, el más impenetrable para nuestro espíritu; se oculta en la luz inaccesible de Dios. Sin embargo, como ya decíamos antes, Dios nos trata como amigos y ha procurado, a través de la insuficiencia de nuestras palabras, decirnos lo bastante como para que tengamos, desde ahora, parte en su gozo. Al abordar el misterio pascual, el espíritu se siente satelizado por la suprema plegaria del Señor; ha querido hacer esta plegaria en voz alta, y si subraya esta manera de hacer es que era, sin duda, muy excepcio-

nal: «Hablo estas cosas en el mundo para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos» (Ioh 17, 13). Feliz, pues, aquel que recibe en sí la intención misma de esta plegaria; ella le descubre el sentido de la cruz y de la resurrección. ¡Feliz el que se imagina y se ve dentro de esta plegaria!

Ahora bien, Jesús hace en ella esta petición: «Glorifícame cerca de ti mismo con la gloria que tuve cerca de ti antes que el mundo existiese» (Ioh 17, 5). Se nos revela así la Resurrección como la extensión a la humanidad de su gloria divina. Para tomar nuestra condición de hombre caído y para operar nuestra salvación, Él había como aniquilado su divinidad; no había querido estar «en condición divina» (Phil 2, 6). Ahora se le devuelve esta condición, no ya solamente como un derecho de nacimiento, sino como la respuesta del amor de Dios a lo que Él ha hecho y sufrido. Jesús ha querido la cruz para expresar su amor al Padre, para «que el mundo conozca que yo amo al Padre» (Ioh 14, 30); ahora, reencuentra su estado glorioso de Hijo, si cabe decirlo así. Esto es lo que ha llamado la atención a los primeros testigos; para expresar su experiencia única e inexpressable Pedro y Pablo han recurrido a una frase del Salmo 2: «Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy» (V. 7), como si el Unico se hiciera Hijo, lo que

ha sido desde toda la eternidad y nunca ha dejado de serlo.

Si uno se atreviera a recurrir a cualquier comparación para lo que es único e incomparable, reconsideraría la manera en que respondió Dios al sacrificio de Abraham. Había pedido a su amigo el más inimaginable sacrificio que no sólo partía el alma paternal del patriarca, sino que parecía una contradicción absurda por parte de Dios: sacrificar a aquel en quien reposaban todas las promesas. Entonces Dios declara: «Por haber tú hecho cosa tal de no perdonar a tu hijo, a tu unigénito, te bendeciré largamente y multiplicaré grandemente tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas de las orillas del mar, y se adueñará tu descendencia de las puertas de sus enemigos, y en tu posteridad serán benditas todas las naciones de la tierra, por haberme tú obedecido» (Gen 22, 16-18).

Esto, e infinitamente más, debemos encontrar en el «por esta causa» de San Pablo: «Se anonadó tomando la forma de siervo... Se hizo obediente... por lo cual Dios le exaltó» (Phil 2, 8 s.). Por esta causa, Cristo recibe la gloria divina y el poder de comunicarla a toda la humanidad. En el momento de la transfiguración, Dios, rompiendo su silencio, si nos atrevemos a decirlo, había exclamado: «Este es mi Hijo amado en quien tengo mi complacencia; escuchadle» (Mt 17, 5). En pascua ya

no es de una manera exterior, efímera (nada limita su amor paternal) como Dios dice: «Tú eres mi Hijo...»

¿Nos podemos atrever a hablar del alma del Hijo? La epístola a los Hebreos había hablado del ímpetu del Hijo que entra en el mundo y se pone por completo a disposición del Padre: «Heme aquí que vengo, para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad» (10, 7). Ningún teólogo, ningún místico, que yo sepa, se ha atrevido a hacerlo. La Iglesia, sin embargo, no ha dudado en llevar a sus hijos, aun a los más sencillos, al umbral de este misterio en el introito de la misa de Pascua: «He resucitado y estoy siempre contigo. Aleluya. Has puesto tu mano sobre mí. Aleluya. Tu sabiduría se ha mostrado admirable. Aleluya. Aleluya. Señor, tú me has puesto a prueba y me conoces, tú conoces mi muerte y resurrección» (Ps 138, 18 y 16, 1, 2). Nos vemos llevados a la oración pascual que nos expresa este secreto entre el Padre y el Hijo: «Glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique.» Él piensa, antes que nada, en la gloria del Padre; y en esta relación a Dios habrá que pensarlo todo sin olvidar nunca que la gloria de Dios está en ser Él mismo, está en darse.

¿Hay que buscar ya una expresión de esta intención en la declaración que hace al comienzo de su vida pública? Acaba de expulsar a los mercaderes del templo y de declarar que

la casa de Dios es una casa de oración. Para afirmar que actuaba con pleno derecho, añade: «Destruid este templo y en tres días lo levantaré» (Ioh 2, 18). ¡Oh! Sí, no es que hayan destruido el templo de su cuerpo; lo han reducido a la nada. Él lo reconstruye en tres días mediante su resurrección. Y todo es para dar gloria a Dios y para ser, en la Nueva Alianza, ese lugar «donde los ojos y el corazón de Dios estarán siempre, donde se atiende toda plegaria» (Cf. 1 Reg 9, 3).

¿Es para nosotros Cristo resucitado ese templo donde vamos a Dios? Cuando repetimos los salmos de los peregrinos que suben al templo, ¿pensamos en el sentido que deben adquirir para nosotros y en las aplicaciones que de ellos deberíamos hacer?

El Señor parece mostrarse de mejor grado para hacer sus confidencias bajo el velo de la alegría; en otra frase explica la manera como Él, el Buen Pastor, dará su vida por sus ovejas: «Tengo poder para dar mi vida y para volverla a tomar» (Ioh 10, 18) y añade: «por esto el Padre me ama» (v. 17). ¿Que más decir? ¿Cómo comentar estas frases? Pero ¿cómo ignorar también que en el centro de la Resurrección está ese secreto de amor entre el Padre y el Hijo? Nos lo recuerda la Eucaristía.

Además, Cristo no entra solo en su gloria; lleva a los suyos: «Padre, quiero que allí don-

de yo esté, estén ellos conmigo.» Cristo no puede imaginarse, ni quererse sin su cuerpo que, en lo sucesivo, forma parte de Él, que ha adquirido con su sangre, cuerpo que es la Iglesia. Verdaderamente, entra en su gloria para nosotros y con nosotros. Como declaraba Pablo VI en *Eclesiam Suam*, apóstol es «el que no puede separar la idea de su salvación de la del mundo entero»; esto es, seguir el ejemplo de Cristo. Moisés experimentaba el mismo sentimiento; prefería ser rechazado por Dios antes que ser acogido sin su pueblo. San Pablo, en el mismo momento en que se siente indisolublemente ligado al amor de Dios que está en Cristo, experimentará el mismo tormento; está dispuesto a ser anatema, lejos de Cristo, a causa de sus hermanos en Israel (cf. Rom 9, 3). Santa Catalina de Siena, y tantos otros, experimentarán ese sello de la caridad que hace a los otros inseparables de uno mismo.

Este amor con el que Cristo es amado misteriosamente a causa de la entrega de su vida, lo vuelve hacia nosotros y lo comparte con nosotros: «Como el Padre me amó, yo también os he amado» (Ioh 15, 9). Él es todo amor. Así es como vamos a comprender como ha resucitado para nosotros.

Antes que nada entra para nosotros, como el primer corredor, en el interior del velo. En esta condición se hace próximo a todos aque-

llos que se lleva el tiempo; se hace «contemporáneo» de cada uno de sus discípulos, según el profundo pensamiento de Kierkegaard que ya hemos citado; este último percibía profundamente la superación del tiempo que obra la fe para alcanzar a Aquel que es eterno. A san Ambrosio le gustaba considerar el hoy de Dios como el momento en que resucita a Cristo, no en consecuencia del día histórico, a los dos días del viernes santo, sino en ese presente que ya no pasa porque todo se ha cumplido. El cristiano, por su bautismo, entra en este hoy, entra en este nuevo mundo donde es esperado y acogido por Cristo.

Tenernos con Él es la gran, la única, preocupación del Señor: Él es Emmanuel, «Dios con nosotros», Dios que ya no puede pasarse sin los hombres. Esta frase no es excesiva cuando se escuchan afirmaciones como ésta: «Que murió por nosotros para que, ya velemos, ya durmamos, vivamos unidos a Él» (1 Thess 5, 10). Son estas las primeras palabras del pensamiento cristiano porque se encuentran en la carta a los cristianos de Tesalónica. Cristo entra en su gloria animado por esta preocupación: «Voy a prepararos el lugar... para que donde yo estoy estéis también vosotros» (Ioh 14, 25).

La oración en la que el Señor ha hablado con más fuerza, la única vez, sin duda, en que haya dicho «quiero», expresa la misma inten-

ción: «Padre, los que tú me has dado quiero que donde esté yo estén ellos también conmigo» (Ioh 17, 24). Esta misma voluntad de tener a los suyos consigo y de considerar las cosas como inacabadas sin ellos, en su totalidad, es uno de los sentidos de la resurrección de los muertos: «Mas si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto por el pecado, pero el espíritu vive por la justicia. Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará también vida a vuestros cuerpos mortales por virtud de su Espíritu que habita en vosotros» (Rom 8, 10 s.).

Y esto nos introduce en el centro mismo del misterio; este «para vosotros» no designa las liberalidades que hacen los reyes con ocasión de sus triunfos; no designa ese superfluo que se da a un pobre al que se quiere socorrer, no; es la palabra del amor. Para hacer de su discípulo «otro Él mismo», murió y resucitó Cristo; para compartirlo todo con Él, lo que tiene de mejor, de más constitutivo de su personalidad, lo que tiene más cerca del corazón. «Mi Padre y vuestro Padre», se ha apresurado a decir en la mañana de Pascua. Él, el Unico, quiere introducirnos en su filiación a fin de que, por Él, recibamos la adopción. San Pablo se servirá de la expresión «coherederos de Cristo» (Rom 8, 17) para que com-

prendamos que Él quiere hacernos compartir sus derechos. Esta fórmula siempre nos sorprende un poco; cómo hablar de herencia cuando se trata de Aquel que nunca muere, de Aquel que nada tiene porque lo es y, si queremos añadir esto, Él es Él, Él lo es todo. Quitando cualquier alegoría, el Señor dice la última palabra: lo que quiere compartir con nosotros es el amor con el que el Padre le ama: «Yo les di a conocer tu nombre, y se lo haré conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos» (Ioh 17, 26).

Este compartir una condición, el ser filial, exige que la vida entera responda a este amor, que se ajuste a su nueva situación; también para esto ha resucitado Cristo: «Nuestro Señor Jesús, que fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación» (Rom 4, 25). Su resurrección siembra nuestra existencia hasta el punto de que ella debe dar frutos para Dios; pertenece a «aquel que resucitó de entre los muertos a fin de que demos frutos para Dios» (Rom 7, 4). Este es el sentido de la vida que entra en el secreto del Padre por Jesucristo y que nos une a su resurrección: «Si fuisteis, pues, resucitados con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Estáis muertos, y vuestra vida está escondida

dida con Cristo en Dios. Cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces también os manifestaréis gloriosos con Él» (Col 3, 1-4).

Esta intención del Resucitado se extiende a nuestra vida real, a la que quiere dar un sentido maravilloso; quiere que hasta las penas nos unan a Él: «Si sufrimos con Él, con Él reinaremos» (2 Tim 2, 12). No puede tener verdadera pena ante Dios quien no recibe de Él ese sentido.

Otro aspecto es unirnos fraternalmente los unos a los otros; esta compartición de la filiación crea una fraternidad absolutamente nueva cuya base es la fe en su amor y la conciencia de compartir su vida filial cuya ley sería amar como Él sabe amar.

Las palabras de Cristo son formales; el testimonio que da su Apóstol es claro. Sin embargo, el Señor ha querido expresar aún más claramente que había resucitado para cada uno de nosotros; lo ha hecho mediante la institución de los sacramentos. Para nosotros, hombres, el acto, los gestos, vienen en socorro de las palabras insuficientes; un signo es lo que hay más fácil y más próximo, siempre al alcance de la mano. El sacramento del bautismo dice a cada uno hasta qué punto la intención de Cristo es personal y real; es la apropiación por cada uno de la muerte y de la resurrección del Señor y da acceso a este nue-

vo nacimiento dado por el Espíritu del Padre y del Hijo.

En cuanto a la Eucaristía, al mostrarnos a Cristo bajo el signo del Pan, dice hasta qué punto se da todo a cada uno, sacrificado para su bien y deseoso de unión. Hace de miembros diferentes y dispersos un solo cuerpo. Es el memorial de la muerte y de la Resurrección y hace de lo que es el bien común de la Iglesia el bien personal de cada uno.

Tiene razón la Iglesia al poner en los labios de Cristo la pregunta de Dios a su pueblo: «¿Qué podía hacer por ti que no haya hecho ya?» Sólo que no hay que limitar esta frase al tiempo; lo desborda; repite su intención de hoy en su resurrección.

TERCERA PARTE

EL SEÑOR EN SU VIDA DE GLORIA

INTRODUCCIÓN

¿Cómo tratar de hablar del hoy que vive el Señor en su gloria si no es reflexionando sobre lo que le ha pluguido revelarnos? «Pues ¿qué hombre conoce lo que en el hombre hay sino el espíritu de hombre, que en él está? Así también las cosas de Dios nadie las conoce sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el espíritu de Dios, para que conozcamos los dones que Dios nos ha concedido» (1 Cor 2, 11 s.). La dificultad de cualquier exposición, que reside en la necesidad de estudiar uno a uno, separada y sucesivamente, aspectos que son una unidad en la realidad, aumenta aquí por la profundidad del Misterio, la desproporción entre

el balbuceo que lo expresa y la verdad, por la varia personalidad de los apóstoles y la situación cultural de su tiempo y de su ambiente. Tratemos de abordar, a pesar de todo, los principales textos que nos hablan de Cristo en su gloria.

Puede decirse que toda la vida de San Pablo se ha gastado en repetir lo que había experimentado de un solo golpe respecto al Cristo actualmente vivo y que le interpelaba: Saulo, Saulo... Se puede seguir, en él, un progreso en la manera de expresarlo, y de dar así acceso al misterio. En su carta, llamada «a los Efesios», escrita en su madurez (y que, al no ser un escrito de circunstancias, sino una circular más general, es más elaborada), San Pablo formula este deseo: «Que ilumine los ojos de vuestro corazón para que entendáis cuál es la esperanza a que os ha llamado, cuáles las riquezas y la gloria de su herencia otorgada a los santos y cuál la excelsa grandeza de su poder para con nosotros los creyentes, según la fuerza de su poderosa virtud, que Él ejerció en Cristo, resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los cielos, por encima de todo principado, potestad, poder y dominación y de todo cuanto tiene nombre, no sólo en este siglo, sino también en el venidero. A Él sujetó todas las cosas bajo sus pies y le puso por cabeza de todas las cosas en la Igle-

sia, que es su cuerpo, la plenitud del que lo acaba todo en todos» (Eph 1, 18-23).

Este deseo debe retener tanto más nuestra atención cuanto que es como la consecuencia del gran desarrollo sobre el designio de Dios de recapitular todo en Cristo; en su amor, incluso antes del tiempo, plugo a Dios reunir todo en su Hijo bien amado para que los creyentes se hagan alabanza de gloria de ese amor infinitamente gratuito. Entonces sube a los labios de Pablo este deseo: «que los ojos iluminados del corazón» hagan ver a todos el sentido y las riquezas de su vocación, que les permitan comprender que también ellos están arrebatados por el movimiento de la omnipotencia misericordiosa, pues la misma vida circula en ellos y en Cristo, y aquí comienza lo que vamos buscando: resucitándole de entre los muertos, haciéndole sentar a su diestra, constituyéndole cabeza de la Iglesia. A través de esto, somos invitados a detenernos en tres aspectos: la gloria de su humanidad, su igualdad con Dios y su papel de fuente única de vida divina.

En los desahogos que sitúa san Juan después de la Cena, nos repite la frase que ya hemos encontrado muchas veces: «vosotros (mis discípulos) me veréis, porque yo vivo y vosotros viviréis». Entre el Señor y los suyos, después de la Resurrección, había una relación personal, fundada sobre la comunión en la mis-

ma vida, la del Espíritu dado a los creyentes. El Maestro continúa: «En aquel día (que es el día de Dios, ese hoy de su amor) conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros» (Ioh 14, 19 s.). Ahí el Señor habla sin metáfora y designa su condición trascendente; no habla ni de «la diestra de Dios», ni de «gloria»; dice sólo: «estoy en mi Padre». Luego explica la nueva relación en la que los suyos estarán frente a Él: no ya compañeros que le siguen y escuchan una palabra dicha desde fuera, sino íntimos de espíritu a espíritu, donde pueden estar juntos continente y contenido, en una intimidad total basada en la libertad que se da en el amor. Reencontramos, pues, los dos grandes aspectos de la vida en gloria del Señor: relación con el Padre, relación con los suyos.

El Apocalipsis es un libro misterioso que la mayor parte de los fieles apenas se atreven a abordar; las imágenes orientales requieren un esfuerzo, pues uno tiene que repetírselas en otra lengua y tratar de penetrar en lo que significaban para el autor y los contemporáneos a quienes se dirigían; es, probablemente, el libro del Nuevo Testamento que exige la cultura bíblica mejor asimilada; escrito, por otra parte, algunos años antes que las epístolas y el Evangelio, estamos seguros de encontrar en esos escritos límpidos lo que revelaban las visiones difíciles y el estilo desconcertante del

Apocalipsis. Sin embargo, ese libro es la «Revelación de Jesucristo» más que acontecimientos exteriores; habla de Cristo y tendremos ocasión de volver sobre esto varias veces en las páginas siguientes.

Juan nos ha presentado, desde el principio, la entronización en gloria de Cristo crucificado (c. 4); a causa de esta inmolación, recibe la gloria divina y la misión de cumplir el designio de Dios sobre el mundo, el designio de su amor salvador. Las bodas del Cordero con la Iglesia, figuradas por la Jerusalén nueva, son el cumplimiento de la revelación. Aquí encontramos aún dos aspectos: el de la gloria junto a Dios en su trono y el de la comunicación de la vida en su Iglesia. ¿Cómo no evocar la primera vocación de Juan? Un día había encontrado a un hombre; su maestro de entonces, el Bautista, lo había designado como «el Cordero de Dios» (Ioh 1, 29); él lo contempla ahora en la gloria de su resurrección y ve el cumplimiento de esta entronización gloriosa como el nacimiento de la Iglesia.

Esto nos hace comprender mejor las primeras palabras de la oración pascual; al revelarnos lo que el Señor Jesús ha querido y pedido al Padre, nos dice también lo que ha recibido de Él y cumplido mediante su muerte. La palabra «gloria» nos molesta un poco. Debemos retraducirla para nosotros mismos acordándonos de que, en la Escritura, designa

«la presencia manifiesta de Dios» y no habla de fama resplandeciente, de triunfo y de brillo, ni siquiera del total desarrollo, del alto acontecimiento humano que es la Resurrección: «Padre, llegó la hora; glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique, según el poder que le diste sobre toda carne, para que a todos los que tú le diste les dé Él la vida eterna. Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo. Yo te he glorificado sobre la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora tú, Padre, glorifícame cerca de ti mismo con la gloria que tuve cerca de ti antes que el mundo existiese» (Ioh 17, 1-5). Como en el misterio de las comunicaciones eternas en el seno de la vida trinitaria, Jesús pide al Padre recibir de Él esta vida en humanidad que va a pasar por la muerte de la cruz; su gran gloria es ser Hijo, ser aquel con quien y por quien el Padre origina el Espíritu Santo; su gloria es dar totalmente su vida a los hombres; esta vida los divinizará y los unirá en él, transformará sus cuerpos; su gloria será, finalmente, llevarlo todo al Padre.

Hay que repetir, por otra parte, que estos aspectos se interpenetran unos en otros y que uno se siente siempre contrariado de tener que tratar separadamente aquello cuya unidad percibe. Trataremos, pues, de abordar sucesivamente estos cuatro aspectos: la realización

en gloria de Jesucristo; junto al Padre; Cristo, cabeza del cuerpo que es la Iglesia; el Alfa y el Omega. Añadamos a continuación, que ese misterio de Cristo en su actualidad viva, se penetra, menos que otro cualquiera, con palabras dichas de labios a fuera o recibidas superficialmente en un espíritu ligero. Hemos escuchado las palabras del Señor: «Porque yo vivo y vosotros viviréis.» Si no se vive, y si no se quiere vivir de Él, sólo es posible quedar fuera de las palabras de la fe.

En nuestros días se escucha con demasiada facilidad criticar la formulación dogmática de la fe. Se pretende que el dogma detiene el pensamiento y se le presenta como un límite; ¿no es más bien la abertura que da acceso a la realidad de Dios? Si cabe hacer esta comparación, se le vería como una *loggia* abierta al horizonte. ¿Quién ha terminado de escrutar la definición de la Iglesia, proclamada en Calcedonia, de que Cristo, igual al Padre en su divinidad, es totalmente hombre, y que las dos naturalezas, divina y humana, sin alteración ni confusión, están unidas en la persona divina, si bien esa humanidad es tan real como la de cualquiera de nosotros y sacada de nuestra raza? Santo Tomás explicaba ya que la formulación compleja y elevada a «artículo de fe» debía darnos acceso a la verdad, que es personal y viva: a través de la palabra, nuestra

adhesión nos une a aquel que habla (2-2 q.1 a.2; q.11 a.1).

Lo que se ha dicho del dogma (fórmula creada por la Iglesia para expresar la revelación de Dios) debe decirse también de toda la Escritura. Cada palabra del Señor es «palabra de vida eterna»; nos da esta vida y la contiene ya; cada frase está llena de sentido y una lenta reflexión debe asimilarse; hay que alimentarse de ella como de un buen pan: «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4, 4). En la fe no hablamos de cosas, sino de uno; nunca de un ausente, sino del Viviente que quiere actualmente darse a nosotros. Sólo cuenta la vida actual de Cristo inaugurada por la Resurrección; se ofrece a nosotros como una vida para compartir. Quien no quiere esta vida, quien no la desea, nada puede comprender; quien la vive, recibe su sentido, «porque yo vivo y vosotros viviréis». Dios nos ha resucitado con Cristo.

I. REALIZACION EN GLORIA DE JESUCRISTO

«Como en el mismo, al fin, la eternidad le cambia...» Apenas nos atrevemos a aplicar este verso a Cristo que resucita. ¿No estaba en su eternidad desde el instante de su nacimiento? Para explicar a la muchedumbre de judíos cómo se situaba en relación a Abraham, hizo esta solemne declaración: «Antes que Abraham naciese, era yo» (Ioh 8, 58), señalando que Abraham estaba en la línea de criaturas formadas en el interior de una sucesión de acontecimientos en los que había entrado en el pasado, mientras que Él estaba fuera del tiempo y fuera de la dependencia de cualquier causa. ¿Quién puede decirse «Yo soy», definirse fuera del tiempo, anterior a Abraham, siempre vivo en un presente actual? En un sentido muy profundo, nada puede adquirir,

no puede progresar: «Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios» (Ioh 1, 1). El Verbo se hizo carne; la humanidad que asume no puede llegar a ser algo más: es Dios. Esta condición infinitamente única: ser Dios hecho hombre, no puede recibir perfeccionamiento alguno; nada le añade la gloria de Pascua. En esta perspectiva, la Resurrección es el episodio más importante de la vida del Verbo encarnado, pero sólo un episodio, con el acento puesto por completo sobre el misterio esencial: la Encarnación: «Tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo» (Ioh 3, 16); pero, precisamente, Dios entrega a su Hijo no sólo como recién nacido, sino como un hombre que se realiza mediante su pasión y la gloria que a ella corresponde: «Y aunque era Hijo, aprendió por sus padecimientos la obediencia, y por ser consumado, vino a ser para todos los que le obedecen causa de salud eterna» (Heb 5, 8 s.).

Dios nos lo entrega y en Él nos da la vida mediante ese misterioso perfeccionamiento en el que se encuentra realizado el don infinitamente gratuito de la Encarnación; Jesús ha vivido, en nuestra humanidad, su condición filial en la obediencia más dolorosa. Del lado de la divinidad nada podía perfeccionarse ni progresar en Cristo; y lo mismo del lado de la unión esencial en virtud de la cual es Hijo eterno. Su humanidad es la que se ha perfec-

cionado; plugo a Dios entregárnoslo haciendo de Él la fuente de nuestra vida en ese estado de perfección. Por un grandísimo amor ha querido Dios esa colaboración humana en su designio de salvación. ¿Y puede hablarse de perfeccionamiento? Apenas se puede si partimos de la dignidad divina y si tenemos una concepción insuficiente de la complejidad humana; interpretaremos los progresos como puras apariencias o como algo que concierne al cuerpo y a lo que le atañe más de cerca. La misma mentalidad impulsaría a interpretar en un sentido de restricción mental la declaración de Jesús al afirmar que «el propio Hijo ignora el día del juicio».

Los teólogos de nuestros días ¹ se inclinan a tomar al pie de la letra las palabras evangélicas sobre el crecimiento en edad y en gracia ante Dios y ante los hombres, sobre sus igno-

¹ Con demasiada frecuencia, en su manera de hablar e incluso de pensar, no distinguen los cristianos entre la humanidad y la divinidad de Cristo. En esta perspectiva se extrañan cuando se habla así de realización, de «perfeccionamiento» de Cristo durante su vida terrena. La búsqueda que persiguen los teólogos contemporáneos en este sentido se apoya: a) en los diferentes textos del Nuevo Testamento que citamos y que hablan muy explícitamente de esa «realización». b) Ven en ella una necesidad de la condición humana aceptada verdaderamente por el Verbo de Dios. c) No olvidan lo que ya afirmaba santo Tomás: hay siempre una distancia infinita entre cualquier capacidad de gracia y la bondad infinita de Dios (3.a q.7 a.9 ad 3).

rancias y sobre su terrible desolación en su agonía. Ni un momento se ha esfumado en Él la consciencia de su filiación divina; su humanidad es semejante a la de los otros, está expuesta a la tentación, «fuera del pecado» (Heb 4, 15), pero excede a todo eso por esa relación única con el Padre. Puede admitirse muy bien que habiendo entrado desde el primer instante en posesión de la naturaleza divina mediante una verdadera visión, su humanidad no ha cesado, sin embargo, de estar abierta a nuevos perfeccionamientos en el plano de la gracia y de la inteligencia. Es normal —y en cierto sentido necesario— que, al proclamar en nuestra profesión de fe que el Hijo de Dios se ha hecho hombre, pongamos en ese «hacerse hombre» todo lo que nos dice la psicología sobre la condición humana. Profesando rigurosamente la misma fe que nuestros Padres, debemos integrar en ella las riquezas de nuestro tiempo. Esto no disminuye el misterio ni añade gran cosa a nuestro sentido de Cristo; tal vez nos hace más sensibles a esa idea de progreso, de libertad y de sufrimiento en el alma de Cristo y nos hace dar más valor a su declaración sobre su realización: «al día tercero habré llegado a mi término» (Lc 13, 32). «Frase rica de sentido, explica la Biblia de Jerusalén, que incluye conjuntamente el fin y la realización de Jesús, hecho "perfecto" por sus sufrimientos y por su muerte» (Heb 2, 10,5, 9;

Cf. Ioh 19, 30). Nos vuelve atentos también a las declaraciones de la Epístola a los Hebreos sobre su coronamiento: «Convenía que aquel para quien y por quien son todas las cosas, que se proponía llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por las tribulaciones al Autor de la salud de ellos» (Heb 2, 10). La tentación en el desierto, el desprendimiento de su humildad y de su obediencia, su rechazo deliberado de la alegría que se le ha ofrecido («Jesús; el cual, en vez del gozo que se le ofrecía, soportó la cruz, sin hacer caso de la ignominia»; Heb 12, 2), adquieren un nuevo relieve, así como la glorificación que de ahí obtiene.

No sólo el cuerpo de Cristo se ha metamorfoseado en gloria y se hace espiritual, sino toda su humanidad. Es en persona Hijo de Dios como desde el primer momento; tiene conciencia de ello como siempre, pero la condición en que entra da a su humanidad una condición divina («La gloria que tenía junto a mi Padre»). «Esa igualdad al Padre que no había conservado para anonadarse por nuestra salvación» (Cf. Phil 2, 6) se le ha concedido como respondiendo a su Persona y también a sus humillaciones; «todo poder le ha sido dado en el cielo y en la tierra», como Él mismo declaraba a sus apóstoles después de la resurrección. Se hace «principio de salvación», o

sea, dador de la vida divina y destructor del pecado.

Como su manera de vivir sobre la tierra ha abierto a los hijos de Dios la vía que los conduce a la verdadera vida, su vida de gloria se hace ahora aquella en que son admitidos: la perfección del amor en nosotros se muestra en que tengamos confianza en el día del juicio, porque como es Él, así somos nosotros en este mundo (1 Ioh 4, 17). Cristianos en el esfuerzo y en el sufrimiento, aun lo seremos mejor en la gloria, «supuesto que padezcamos con Él para ser con Él glorificados» (Rom 8, 17). La novedad cristiana, que se inaugura en el esfuerzo presente, se realizará en la vida eterna. Lejos de ser menos hombres en cuanto cristianos, debemos serlo más: «Quienquiera que sigue a Cristo, hombre perfecto, se hace más hombre» (G. S. 41, 1).

Esto no puede, en absoluto, sacarnos de las solidaridades humanas, sino, por el contrario, debe sumergirnos en ellas; con razón se cita continuamente la frase del poeta latino: «Hombre soy y nada humano me es ajeno.» Jesús lo ha dicho mejor que nadie, pues era el más auténtico de los hombres y ha vivido nuestra condición sin sombra de egoísmo; es más, ha vivido esta condición mediante una elección prodigiosa, en una luz divina y con la misión de conducir a todos los hombres al cumplimiento de su destino humano y divino.

Por eso le concierne aquello que se hace al más pequeño de los suyos. El cristiano añade, frente a cualquiera, a la realidad de su raza la solidaridad en Jesucristo. Es una consecuencia de la Encarnación en su perfeccionamiento que es la Resurrección de Cristo. «El primer hombre, Adán, fue hecho alma viviente; el último Adán, espíritu vivificante. Pero no es primero lo espiritual, sino lo animal, después lo espiritual. El primer hombre fue de la tierra, terreno; el segundo hombre fue del cielo. Cual es el terreno, tales son los terrenos; cual es el celestial, tales son los celestiales. Y como llevamos la imagen del terreno, llevaremos también la imagen del celestial» (1 Cor 15, 45, 49).

Conviene decir, en fin, algo sobre el cuerpo de Cristo en su gloria. Uno aborda con cierto sentimiento este aspecto del tema por lo mínimo que resulta junto a los otros y porque ha servido de ocasión, incluso a los cristianos, para decir tonterías. De escuchar a algunos, uno creería que los modernos descubrimientos sobre química orgánica y sobre la composición del cuerpo humano, aniquilan los testimonios evangélicos; y, lo que aún es más triste, parecen hablar de su Señor como de un extraño e incluso de un simple objeto; uno está tentado de decir que como de una cosa. Parece que no han leído lo que San Pablo decía ya a los corintios: «La carne y la

sangre no pueden poseer el reino de Dios, ni la corrupción heredará la corrupción» (1 Cor 15, 50). Han olvidado lo que con tanta fuerza afirmaba sobre la distancia que separa al cuerpo vivo de la vida actual y a la vida espiritual (Cf. 1 Cor 15, 45).

Es cierto que Cristo resucitado ha insistido sobre la realidad de su cuerpo y que ha querido comer con sus discípulos; es cierto que el signo del sepulcro milagrosamente vacío ha sido el primer acto del anuncio de la resurrección. ¿Puede uno preguntarse qué intención perseguía el Señor al actuar así? ¿Se atrevería uno a hablar con palabras y con ideas de lo que es el misterio de Dios? Parece manifiesto que, al actuar así, Cristo ha querido primero apartar definitivamente la idea de irreal y de fantástico, precisamente esa que fascina a todos los creadores de mitos; de ahí su petición de un alimento material por el que no siente hambre alguna; de ahí su atención tan delicada hacia la fatiga de sus apóstoles que se han esforzado durante toda la noche pescando sin capturar nada.

Quiere también hacerles descubrir hasta qué punto la condición gloriosa difiere de la condición presente. ¿Quién podrá decir en qué se convierte un cuerpo químicamente desintegrado por la potencia atómica y hecho explosivo por esa fuerza de la materia? Tal vez los sabios podrían hablar de ello; pero ni los sabios,

ni nadie, pueden hablar de lo que llega a ser el cuerpo humano hecho espíritu por el fuego del Espíritu y asociado a la gloria de Dios². Antes de su Pasión decía ya el Señor: «Estáis en un error y ni conocéis las Escrituras ni el poder de Dios» (Mt 22, 29).

El cuerpo resucitado está totalmente sometido al espíritu y participa de sus propiedades victoriosas del espacio y del tiempo; para él no existen las distancias ni los obstáculos; no depende ni de sus sentidos ni de los sentidos de los demás. Para explicar hasta qué punto es este cuerpo instrumento de la libertad, Cristo se muestra bruscamente a pesar de las puertas cerradas; se deja o no se deja ver; se eleva por sus propias fuerzas. Y qué sé yo cuántas cosas...

Cristo trata, sobre todo, de mostrar que su condición gloriosa no altera su identidad y que continúa siendo el mismo: ese que pone sus

² «Cristo, dice santo Tomás, ha resucitado en la vida inmortal de la gloria. Ahora bien, esta es la condición del cuerpo glorioso, que sea «espiritual», como escribe san Pablo a los corintios, es decir, sometido al espíritu. Según el Filósofo, la visión se explica mediante una acción del objeto visible sobre la vista. He aquí por qué, quienquiera que tiene un cuerpo glorificado, posee el poder de ser visto o no ser visto, según su propia voluntad. Cristo ha tenido este poder no sólo por su condición de cuerpo glorioso, sino también en virtud de su divinidad (3a q. 54. a. 1 ad. 2).

delicias en estar con los hijos de los hombres, que trata de conversar familiarmente con ellos para enseñarles la intimidad con Dios y la verdad de un amor que aspira a compartir la vida del Amado. De ahí la simplicidad de sus relaciones con ellos y la delicadeza que difumina su gloria; ellos le verán como un campista cualquiera, agachado para preparar el fuego y los alimentos, junto al borde del lago, en la bruma de la mañana. El insistirá sobre todo en sus heridas y probará por ellas su identidad: Él es aquel que, para ellos, ha muerto y acaba de resucitar. Se compadece de sus debilidades y da a Tomás la ocasión de tocarle para que pase, por las heridas gloriosas de su humanidad, a la verdad de su divinidad; se mostrará a Pedro que le ha traicionado y para quien, a pesar de todo, conserva intacta su confianza. Y, primero, se muestra a Magdalena, «de quien había expulsado siete demonios», para que nunca podamos olvidar que sigue siendo el amigo de los pecadores, el médico que corre a la cabecera de los enfermos y que encuentra su alegría y su gloria en perdonar. Ya hemos hablado de eso.

A partir de las narraciones evangélicas y de lo extraordinario que nos aportan, nuestra imaginación corre el peligro de meterse en un camino que a nada conduce y en el que solo puede perderse. Una frase de San Pablo vuelve

a situarnos en la verdad de la fe: «El último Adán (el Cristo glorioso) es espíritu que da la vida.» ¿Qué puede ser un cuerpo espiritual? ¿Un ser humano que se hace espíritu? La analogía del lenguaje puede ponernos en el camino sin demasiado peligro de que nos perdamos; de todas las realidades presentes, la más sometida al espíritu parece ser la palabra. Aunque aún esté llena de deficiencias y de opacidades. Sin hablar de ese lenguaje que habría sido dado al hombre para disimular su pensamiento, ni de la mentira, ¿dónde se encuentra una palabra que exprese un pensamiento y sea la comunicación de una conciencia? Las palabras traicionan el pensamiento; expresan insuficientemente aquello de que se habla; nunca llegan a expresar el movimiento profundo y los sentimientos del alma. Y, además, ¿cómo son recibidas? Cuando uno piensa en la diversidad y en las dificultades de las imágenes, no puede dejar de sentir hasta qué punto permanece rebelde la palabra frente al espíritu. Sin embargo, no deja de ser su mejor aliada, su más dócil sirvienta, incluso cuando el espíritu se habla a sí mismo. Una palabra que fuera pura transparencia, que hiciera comunicarse a dos espíritus y que no tuviera sombra, podría ser lo más bello y más espiritual en ese orden de realidades. Un cuerpo hecho palabra de un alma viva en Dios es,

sin duda, el mejor descubrimiento que podríamos hacer para tener acceso a ese misterio de un cuerpo espiritual. ¡Y si este cuerpo es el de la palabra con que Dios se expresa a sí mismo...!

Llegaremos, pues, a esta conclusión o, mejor, se abrirá ante nosotros este horizonte «infinito: el cuerpo de Cristo, en su vida mortal servía, es cierto, para revelar al Hijo «lleno de gracia y de verdad»; pero, por una parte, lo ocultaba y lo limitaba; ahora lo expresa, lo revela. La palabra se ha hecho carne; ahora continúa siendo humana, pero es «espíritu que da la vida». Nuestra imaginación se pierde, pero es que la Palabra de Dios nos ha introducido en un terreno que la desborda. ¡Y qué luz para la presencia real de Cristo entre nosotros mediante la Eucaristía! La misteriosa palabra del Señor se presenta a la memoria: cuando ve a los suyos desconcertados por la promesa de tener que comer carne y beber sangre para vivir de Él, los lleva aún más lejos: «¿Esto os escandaliza? ¿Pues qué sería si vierais al Hijo del hombre subir allí a donde estaba antes?» (Ioh 6, 61 s.).

El cuerpo del resucitado es el sacramento, el sacramento por excelencia, centro de todos los otros; mediante él se expresa Cristo y continúa diciéndonos lo que es y lo que somos para Él; lo que quiere hacer de nosotros, des-

de ahora, antes de hacernos compartir su vida, en el tiempo de nuestra condición laboriosa, cuando el bien está amenazado y es progresivo; en la gloria, en fin, cuando, vencida la muerte, Dios estará todo en todos.

II. CERCA DEL PADRE

En la plegaria pascual, hablando al Padre y haciéndolo delante de nosotros para darnos su alegría, Cristo pide: «Glorifícame cerca de ti mismo con la gloria que tuve cerca de ti» (Ioh 17, 5). Ahí está el secreto más profundo de su alma y todo el misterio pascual; la divinidad llena la humanidad de Jesús y así nos comunica su vida, «nos diviniza», como gustaban decir los griegos.

Cuando hablaba del destino hacia el que se dirigía, Jesús no decía otra cosa que «ir al Padre», «estar cerca del Padre», recordando siempre, además, que estaría allí para nosotros, «para llevarnos con Él». Esta expresión demasiado simple desafía todo comentario y toda paja verbal. «Dios habla bien de Dios.» Esta frase revela, sin dejar lugar a duda, que está

«en su sitio» en Dios, como Hijo único. No alza el tono ni recurre a grandes frases para hablar de eso.

La gloria de la resurrección no cambia la relación eterna del Padre y del Hijo en la unidad del Espíritu Santo, este «yo y este tú que se aman en un nosotros que es la tercera Persona uniendo a las otras dos», como dice el Padre M.-J. Nicolás (Theotokos), es la vida en el Absoluto que está fuera del cambio.

Como ya hemos dicho, no podía ser mejor Hijo de Dios; lo es. No podía comprender mejor lo que es ser Hijo de Dios en persona; no ha cesado de ver que lo es. Es posible, incluso, que en este último terreno, hubiera habido progreso; también puede pensarse que toda una zona de su humanidad ha sido transfigurada y ha entrado verdaderamente en un estado absolutamente nuevo. Sólo las palabras de las Sagradas Escrituras pueden darnos audacia para aproximarnos a este misterio; en esto no nos permiten afirmaciones ciertas; los teólogos y los místicos tratan de comprender y de repetir con otras palabras lo que el Espíritu Santo ha revelado.

Es sobre todo en el orden de la manifestación donde se hace esta glorificación de Cristo a través de la cual es reconocido como el Hijo bien amado del Padre. Santo Tomás tuvo una experiencia arrebatadora: lloraba a aquel a quien se había unido, con el que se había mos-

trado dispuesto a morir. Sabiendo su crucifixión y la lanzada que le había traspasado, no podía admitir como verdadero, ni siquiera como verosímil, el verlo reaparecer vivo. Jesús se muestra vivo y lleno de una delicadeza completamente amistosa... A través de la aparición real que está ante él y que le interpela, Tomás comprende que Jesús es más que un hombre, que es en verdad el Mesías esperado e incluso que, habiendo superado Dios sus propias promesas, es Dios en persona. «¡Señor mío y Dios mío!» Estas son las palabras con las que san Juan nos transmite esa experiencia o, digámoslo mejor, esa brusca toma de conciencia. Los escritos apostólicos tienden a poner en nosotros la misma percepción porque eso es creer, eso es reconocer que Jesús es el Hijo de Dios hecho carne o, incluso, reconocer que «Jesús es el Señor». Esto es lo que hace el cristiano y a esto somos llevados por la Resurrección.

Queriendo decir San Pablo de quién es el enviado, declara con fuerza que ha sido «elegido para predicar el Evangelio de Dios... acerca de su Hijo, nacido de la descendencia de David, según la carne, constituido Hijo de Dios, poderoso según el espíritu de santidad a partir de la resurrección de entre los muertos, Jesucristo nuestro Señor» (Rom 1, 1.3 s.).

Parece que tres expresiones hayan sido las más frecuentes entre los primeros cristianos

para expresar esta manifestación gloriosa de Jesucristo, después de las humillaciones de su vida mortal durante la que había estado oculto bajo las apariencias de la condición dolorosa de cualquier hombre: está sentado a la diestra de Dios, es el Señor, es Hijo de Dios.

La expresión sentarse a la diestra Dios, se inspira en el Salmo 109. Algunos días antes de su muerte, Jesús apela a esta frase de David para conducir a sus contradictores a que entrevean que había en él un misterio mayor y más hermoso de lo que ellos suponían. Ante sus jueces, Jesús se había servido de la profecía de Daniel para responder al requerimiento del Sumo Sacerdote: «Veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo» (Mc 14, 62; cf. Dan 7, 13). ¿Cómo no iban a estar estas palabras entre las primeras en presentarse al espíritu de los Apóstoles cuando quisieran hablar de su gloria? Pedro se refiere a ellas desde el día de Pentecostés, en el momento en que la gloria del Salvador debe desbordar al pequeño círculo de antiguos discípulos para convocar al nuevo pueblo mesiánico. Por otra parte, esta expresión era significativa para los contemporáneos de Jesús y mucho más que para nosotros. La dificultad no está en lo de la derecha; para ellos, como para nosotros, no se trataba de encerrar a Dios en un lugar y atribuirle una derecha y una izquierda; se

trata del Señor que todo lo llena. En las costumbres sociales, nuestra manera de actuar es completamente diferente y precisamente la frase «sentarse a la derecha» se refiere a estas costumbres. En nuestros días, en un consejo presidencial, el primero después del presidente está a la derecha; pero otro está a la izquierda y hay una serie de puestos que, aun cuando respeten intencionadamente un orden de precedencia, no representan la excelencia sin par y la igualdad que se quiere significar respecto a este segundo. Los antiguos, por el contrario, habían visto al Soberano hacer que alguno se sentara a su lado en su trono y que lo compartiera así con él; veían que un triunfador subía con él a su carro y compartía así su gloria cuando quería honrarlo; este gesto le presentaba como su igual, como otro yo en la gloria.

En el Apocalipsis, Cristo hace esta promesa al discípulo fiel: «Al que venciere le haré sentarse conmigo en mi trono, así como yo también vencí y me senté con mi Padre en su Trono» (3, 21). Esta frase nos muestra a la vez el sentido y el precio de esta promesa, subrayando que se trata de una situación completamente espiritual y no exterior o local, sin olvidar no obstante que para Él se trata de algo único: «Es el Señor.»

El título de Señor es, como decíamos, el que se impuso; si no le prestásemos atención,

sólo nos expresaría la autoridad soberana dada a Cristo, vencedor de la muerte; volveremos a ello. Sin embargo, tiene un sentido más profundo, más único todavía que es necesario recordar. Jesús recibe «el Nombre», el Nombre único con el que la boca humana se atreve a nombrar a Dios y a balbucear su gloria. San Pablo lo dice expresamente: «Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre» (Phil 2, 9). De lo que la Escritura revela sobre el Dios infinitamente misericordioso, obligado a darse y a socorrer, Jesús ha sido revestido para nosotros. «Adonai», lo que escuchó Moisés cuando se ocultaba en la roca, lo oye decir el cristiano de Jesús muerto y resucitado para él; y más, es la fe la que le da parte en la vida eterna: «Si confesares con tu boca al Señor Jesús y creyeres en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo» (Rom 10, 9). No se trata de un simple movimiento de los labios o de una simple frase, sino de la adhesión que arrastra toda la vida y hace de ella una ofrenda a Dios por medio de Jesucristo.

Esta gloria divina que Jesús recibe y que iguala con el Padre, es recibida en esa comunicación eterna que llamamos filiación. Los apóstoles habían oído hablar, con frecuencia, a su Maestro de su dependencia filial y de la atenta obediencia que le hacía referir al Padre su vida y su conciencia de hombre. Comprenden

ahora que aquello revelaba la manera de ser hijo de Dios en condición humana y significaba un misterio aún mayor: el de la vida trinitaria en la que el Padre comunica su deidad a otro, su Verbo, en la unidad del Espíritu Santo. Al revelar a los apóstoles la divinidad de su Maestro, la Pascua les revelaba también el misterio de la vida trinitaria. Sin duda que esta revelación sólo sería comprendida poco a poco; se la encuentra, sin embargo, en las primeras fórmulas desde los días de Pentecostés, pero harían falta años antes de que penetraran su sentido. Por eso, sin duda, San Mateo ha acertado a poner la más explícita de las fórmulas trinitarias en la misión de los apóstoles: «Enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28, 19).

Esta idea que da la Pascua de Jesús Hijo de Dios en gloria, está presente en los primeros discursos cristianos; se expresa ante todo sirviéndose del Salmo 2, que reencontramos en boca de Pedro como en la de Pablo, y que se presenta así como la respuesta divina a la resistencia de los hombres.

La Resurrección se presenta como la generación divina de Cristo estableciéndole como Hijo de Dios en poder; así toda su acción, todo su resplandor en el mundo de los espíritus, serán comunicación de vida filial; ¿o diríamos, en estilo moderno, «filiadora»? Esto es

lo que afirmará felizmente el Vaticano II: «Cristo ha resucitado; por su muerte ha vencido a la muerte y nos ha dado la vida con abundancia para que, hechos hijos en el Hijo, clamemos en el Espíritu: ¡Abba, Padre!» (G. S. 22). Ya nos hemos referido a este pensamiento.

Esta afirmación conciliar nos introduce en lo que va a expresar hacia afuera y a hacer sensible en el mundo la gloria filial de Cristo: es Él quien envía al Espíritu Santo; lo había anunciado con fuerza y había resumido en eso todo el beneficio de su vuelta a Dios: «Pero os digo la verdad, os conviene que yo me vaya. Porque si no me fuere, el Abogado no vendrá a vosotros; pero, si me fuere, os le enviaré» (Ioh 16, 7).

Toda la vida de la Iglesia, sus progresos y sus descubrimientos, van a hacernos sentir la experiencia de esta acción del Espíritu dado por Cristo en su gloria. Conmueve escuchar a San Pedro haciéndonos confidencias de su propia experiencia. Aunque había entendido la misión confiada por el Señor «para todos los pueblos», «para toda criatura», no había comprendido que eso era la entrada en un orden nuevo que superaba la ley antigua y los privilegios de Israel y que situaba en una profundidad nueva. Se quedó estupefacto al constatar las manifestaciones sensibles del Espíritu Santo en Cornelio y los suyos; su atención dio

un nuevo sentido a la frase evangélica: «Yo me acordé de la palabra del Señor cuando dijo: Juan bautizó en el agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo» (Act 11, 16).

Porque Cristo está cerca del Padre, los que comparten su vida reciben el Espíritu, su Espíritu que da secretamente testimonio a sus espíritus de que son hijos de Dios; tienen los modales, las costumbres, los sentimientos y los derechos; son también, verdaderamente, «herederos de Dios, coherederos de Cristo». En este universo de bienes espirituales y de un Padre que no muere, ya no se trata de riquezas materiales, sino del don que Dios hace de sí mismo. Y así, el instinto filial que anima al cristiano, no es sino ese Espíritu; su verdadera ley, la de Dios. Cristo está cerca del Padre; su discípulo tiene en su conciencia la misma ley; desde ahora Dios es su centro de atracción y más que su propia alma; vive de caridad. Este «Abba, Padre» que Cristo decía en nuestra tierra durante los días de su vida mortal, lo dice ahora eternamente; inspira a los suyos. En la medida en que comprendemos menos mal la vida cerca del Padre en la que Cristo ha entrado y en la que nos ha introducido, se hace Él la inspiración de nuestra vida.

III. CRISTO, CABEZA DE SU CUERPO, QUE ES LA IGLESIA

Junto al Padre, Cristo quiere llevar allí a los suyos; no puede estar sin ellos. Hecho perfecto, se convierte en «causa de salvación». Glorificado, «da la vida eterna». Cuando sube a los cielos, insiste: «Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo» (Mt 28, 20). Es siempre la misma afirmación que revela el amor divino en su verdad; sólo piensa en dar; para Él, ser y dar son una sola cosa.

De todas las expresiones en que se ha afirmado este amor, parece que ninguna es más rica que aquella con que san Pablo ha expresado su contemplación: «El (Dios) sujetó todas las cosas bajo sus pies y le puso por cabeza de todas las cosas en la Iglesia, que es su

cuerpo, la plenitud del que lo acaba todo en todos» (Eph 1, 22 s.).

No es indiferente observar que san Pablo ha llegado con lentitud a esta metáfora de la cabeza y del cuerpo; su educación judía, en su época, no le predisponía a ver en la cabeza ese papel eminente, papel atribuido más bien al corazón, centro de la vida, considerado como la sede los sentimientos, de las reflexiones y de las elecciones. Para no asombrarnos de estas concepciones, pensemos que hasta el siglo XVI no se hizo el descubrimiento de la circulación de la sangre y comprendamos hasta qué punto debemos ser circunspectos al aplicarnos a entrar en el pensamiento de un autor a través de las metáforas de que se sirve. ¿Qué significaba eso para él? Los griegos sabían más, sin ir no obstante mucho más lejos, y aquí, como en todas las realidades espirituales, hay que superar muy de prisa el símbolo, so pena de perderse y empobrecerlo. Los exegetas señalan que esta concepción se ha formado en San Pablo muy lenta y tardíamente, porque sólo aparece en las epístolas a los efesios y a los colosenses mientras que, desde mucho tiempo antes, la imagen del cuerpo y de los miembros le servía para recalcar la diversidad y la complementariedad de los fieles, la variedad y el valor de los carismas que excluyen toda comparación.

Tenemos una razón más para comprender la

plenitud de sentido de que está cargada esta expresión. San Pablo, después de años de vida para Cristo, de adoración atenta de su misterio y de experiencia de su presencia, se sirve ahora de esta frase. ¿Podremos encontrar algo de lo que quería decir a los primeros cristianos y que continúa siendo tan prometedora para nosotros que vivimos de la misma fe? ¿Conoceremos la gloria y la vida actual de Cristo? ¿Comprenderemos mejor lo que es para nosotros y lo que somos llamados a vivir? ¿Por dónde comenzaremos? ¿Por lo más absurdo, lo más desconcertante? Nada es la cabeza sin el cuerpo; ni siquiera puede concebirse sin él y no es entonces sino una monstruosidad. ¿Puede decirse y pensarse esto de Cristo y de nosotros? Sin duda alguna: se trata del amor y Dios quiere revelarnos ese amor. La metafísica tiene razón al proclamar a Dios como el independiente que nada necesita, que ni siquiera puede adquirir. «¡Oh, abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios!» (Rom II, 33), dice a su vez la fe haciéndose adoración.

Y, sin embargo, Dios no puede pasarse sin el hombre; es el más pobre, el más mendigo de los seres. Uno se atrevería a atribuirle estas palabras: «No puedo vivir sin ti. Me falta alguna cosa cuando no estás conmigo.» Del mismo modo no se puede concebir a Cristo sin la Iglesia que es su cuerpo; sin ello sería

como Adán (al menos es esta la comparación que se nos ocurre). Cuando san Pablo declara que nada desea sino «conocerle, a Él y al poder de su resurrección», ¿no tenemos el derecho de pensar en esa fuerza vivificante, atrayente y unificante que es su vida actual?

Mutilación monstruosa de la cabeza sin el cuerpo y unidad absoluta de la cabeza y el cuerpo; no se trata de cualquier maridaje, ni aun del más coherente, sino de aquel que constituye la unidad de vida. El Concilio Vaticano II lo hace notar expresamente: «Nos hace participar en su Espíritu que, siendo único y el mismo en la cabeza y en los miembros, vivifica a todo el cuerpo» (*L. G.*, 7); por eso no hay que atribuir fácilmente a cualquier cosa esta idea del cuerpo, con riesgo de eliminar así su valor más profundo; nos hacemos algo de Cristo, «de su carne y de sus huesos» como traduce la Vulgata (*Eph* 5, 30). Esta comparación expresa, pues, la más profunda unión y la más estrecha comunión en el orden del pensamiento y del amor, la ley del miembro es tener conciencia de ello: «Ya no soy yo quien vive, es Cristo que vive en mí» (*Gal* 2, 20). La unidad del pan, la de la Eucaristía, simboliza, maravillosamente, esta unidad de vida. La vida que circula por los miembros y los vivifica, es aquella que está en la cabeza y que, desde allí, deriva a todo el cuerpo y a cada uno de sus miembros. Propuesto este

principio, nos permite divisar algunos aspectos del Misterio al que ha querido hacernos atentos el Apóstol presentando al Señor como cabeza de su Iglesia. Él mismo, durante toda su vida a partir de Damasco, sólo ha tenido una finalidad: vivir y compartir con los demás su prodigioso encuentro con Cristo actualmente vivo.

Relación con todos

Al resucitar y escapar definitivamente a los aprisionamientos del espacio y del tiempo, Cristo es contemporáneo y el más próximo a cualquier hombre; ama a cada uno por su nombre y puede aportarle el compartir su vida, la «salvación», ya que todos están unidos a Él. Es una de las afirmaciones del Vaticano II: «Asociado al misterio pascual, hecho conforme a Cristo en la muerte, fortificado por la esperanza, va al encuentro de la resurrección. Y esto no sólo es válido para los que creen en Cristo, sino para todos los hombres de buena voluntad, en cuyos corazones, invisiblemente, actúa la gracia» (G. S. 22, 4 s.).

Ya en los días de su vida terrena, hablando bajo la alegoría del Buen Pastor, el Señor había explicado la profundidad de la intimidad que le unía a los suyos; va tan lejos esta intimidad que la pone sobre cualquier otra y

no puede compararla con nada de lo creado, sino sólo con aquella que une al Padre y al Hijo. Incluso ignorándole, no se puede imaginar a un hombre fuera de esta relación personal con Cristo; él cuenta para Cristo aun si es el más insignificante y nada puede hacer ni por él ni contra él que no lo haga por o contra Cristo; este será el asombroso descubrimiento del juicio final; es el secreto de cada conciencia y es la realidad cotidiana de la historia humana. Para los hombres, cada uno de nosotros es un objeto conocido a través de signos; para Cristo, cada uno es un sujeto, una conciencia, una libertad aún más que para uno mismo. Cada uno de nosotros es visto «bajo la higuera» en todo instante, con sus pensamientos más secretos, con sus deseos más personales.

Quien toma conciencia de esa mirada de amor que le ayuda a ser más él mismo, mirada de un Dios que no juzga, sino salva, ve el cielo abrirse y comprende que esta vida con Dios se le ofrece en el seno mismo de su existencia humana: «¿Porque te he dicho te vi debajo de la higuera crees? Cosas mayores has de ver. En verdad, en verdad os digo que veréis abrirse el cielo y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre» (Ioh 1, 50 s.).

Comunidad de gracia

Cada uno es amado por su nombre; cada uno es llamado, por Cristo, a una relación personal con Él; pero, en vez de aislarle, esta llamada le incorpora a una comunidad que no se parece a otra alguna: el cuerpo místico. Un amor a nivel de hombre aísla a dos o a tres; demasiado conocemos el egoísmo de las parejas o de los grupitos. El amor de Cristo abre a lo universal, hace a uno católico, en el sentido que tiene esta palabra en el Espíritu Santo, que ama a todos los hombres y les une en una comunión absolutamente nueva que es del orden de la nueva creación, basada en la comunión del amor gratuito de Dios en Cristo. Los hombres se hacen «miembros de miembros», diversos, personales, pero también solidarios y complementarios.

Para comprender la naturaleza profunda de esta comunión que es la Iglesia, hay que recordar que la relación con Cristo no es un amor cualquiera, sino una «amistad». Él mismo lo ha revelado a los suyos, de modo que no va a aislarse y a buscarse a sí mismo en Él, sino que, al unirnos a Él, nos hace compartir sus propios designios. La ley de esta comunión creada por Él es amarnos como lo hace Él mismo; nadie es el centro en torno al cual todo tiene que converger, sino que cada uno

se percibe como radio del centro único que es Cristo, radio unido estrechamente a la infinidad de los otros radios y formando con ellos ese cuerpo místico que todo lo recibe de Aquel que es su cabeza. Esta comunión que une a los suyos con Él mismo es tan bella, tan verdadera y tan nueva, que el Señor no ha encontrado otra fuente y otro ideal que la comunión de las divinas Personas.

Meditar la condición del cristiano en la Iglesia a través del cuerpo y de las relaciones de los miembros entre sí, es algo inagotable: compartición de las alegrías y de las penas, deseo de estar unido a cada uno, transparente para él, deseoso de su bien como del propio... La comunión cuya cabeza es Cristo debe incluso desbordar este ideal para reflexionar, en la fe, sobre la vida de las divinas Personas, en esa unidad en la que la personalidad se abre a la otra y la hace ser él sin dejar de ser ella misma. La realización total será para la condición definitiva en la gloria, pero el ideal debe ser perseguido desde ahora. Un solo y mismo cuerpo místico se hace al mismo tiempo en fases diversas: la de la tierra, la de la purificación y, sobre todo, la vida para siempre con Cristo en su gloria.

Lo seguro es que el cristiano no puede pensar «aislado» en ningún momento, ni ceder a una concepción individualista, sea en la vida humana o en la de la gracia: «Plugo a Dios

que los hombres no reciban la santificación y la salvación separadamente, fuera de todo lazo mutuo; ha querido, por el contrario, hacer un pueblo que le conociera según la verdad y le sirviera en la santidad» (L. G., 9). El don del Espíritu que hace que cada uno sea marcado por la ley personal del Señor, le hace pertenecer al pueblo de Dios: «Yo pondré mi ley en ellos y la escribirán en su corazón» (Ier 31, 33). Nunca se tratará de pensar en términos colectivos, en el sentido humano de la palabra, sino en ese sentido divino en el que, siendo cada uno único y personal, todos juntos serán «el cuerpo de Cristo».

Los medios de salvación

Esta comunión de hombres en el amor que les salva necesita medios que respondan a su condición; Cristo actúa en su Iglesia, le da su Espíritu para hacerla indefectible, santa y santificante. Nunca hay que separar la cruz de la resurrección, pues la resurrección manifiesta, cumple, da sus dimensiones para todos los tiempos y para todos los lugares al sacrificio vivido en el Calvario. La Iglesia nace al mismo tiempo que el Señor sale del sepulcro; forma unidad con Él; es su cuerpo, Él la ama, la alimenta, por ella comunica su vida al mundo. Habría que exponer aquí todo el tratado

de la Iglesia. Una palabra sobre la economía sacramental será suficiente para traer en espíritu lo que significan hoy para nosotros las palabras «cabeza de su cuerpo que es la Iglesia».

En los días de su vida mortal entre los hombres Cristo comunicaba su vida mediante su presencia y su acción directa; ahora que su vida en gloria excluye este tipo de presencia, recurre al orden sacramental. Se ha podido decir que «la corporeidad es el rostro del alma vuelto hacia las otras almas» (J. Guittou). Ahora, Cristo vivo comunica su vida mediante los sacramentos; es falso, pues, mirarlos como cosas y, más aún, como ritos mágicos que se transmiten de época a época y mantienen, mediante una fidelidad material, la virtud que recibieron de su primera institución. Son gestos actuales de Cristo, citas que Él da, una acción de hoy. Él es el Señor que bautiza (ya hemos escuchado la experiencia de san Pedro); es Él quien absuelve; Él, sobre todo, quien se hace realmente Pan del que le come. El sacerdocio, especialmente, no tiene otro sentido; por él hace el Señor de un hombre «el instrumento de Cristo-cabeza para construir la Iglesia», palabras del Concilio que devuelven el sentido único del ministerio sacerdotal: servicio de Cristo actualmente vivo y que ama a su rebaño. Sólo Cristo es el Buen

Pastor, pero ejerce esta misión a través de sus ministros.

Una frase de San Ambrosio expresa felizmente lo que es Cristo en los sacramentos y la forma en que debemos buscarle en ellos, encontrarle en ellos: «¡Oh, Cristo! Te has mostrado a mí frente a frente; te encuentro en tus sacramentos!» (*Apología del profeta David*, 12, 58, citada por E. Schillebexck en *Le Christ, sacrement de la rencontre de Dieu*).

El cuerpo, expresión del alma

Decir que Cristo es cabeza, es afirmar que la Iglesia está absolutamente subordinada a la realización de sus intenciones personales. La Iglesia es en el mundo como el signo que hace visibles y actuales estas intenciones y es también como el instrumento que sirve para su cumplimiento; siempre vuelve al espíritu la definición del Concilio: «Es el sacramento universal de salvación que manifiesta y actualiza a la vez el misterio del amor de Dios hacia el hombre» (G. S. 45, 1). Porque el amor de Cristo es universal y a nadie quiere dejar escapar, es católico; porque este amor no puede dar otra fuente de vida que Dios, es santo; porque es fiel en sus amistades y nada quiere hacer sin la colaboración humana, es apostólico; porque él solo se da, es único e indivi-

sible. La construcción y la misión de la Iglesia hay que comprenderla frente a la intención de Cristo, que quiere llevar a todos los hombres a la unidad de la familia de Dios.

Hay otro misterio unido a esta intención del Señor de darse a su Iglesia y, por ella, al mundo. La superplenitud de Cristo requiere una infinita diversidad de miembros, cada uno de los cuales, infinitesimalmente, recibe, ve y dice algo de Él. La variada multitud de espiritualidades, de carismas y de instituciones es para expresar, en el tiempo, la riqueza infinita de la gracia capital de Cristo. Cada santo es como un reflejo de Cristo; para deletrear el nombre único de Jesús; cada uno emplea su vida en decirla y toda la Iglesia se emplea en ello sin que nunca sea suficiente.

Se pueden mostrar las evoluciones de la Iglesia, los progresos y las mutaciones en sus tomas de conciencia; la historia observa cómo las transformaciones de la civilización han influenciado las instituciones eclesiales; todo eso es cierto. Incluso puede hacerse la historia de las diversas formas de vida evangélica cuando, en cierto sentido, el Evangelio nos refiere a un pasado cumplido hace veinte siglos o que, en otro sentido, está fuera del tiempo y de todas las formas cambiantes del tiempo; sin embargo, nunca hay que perder de vista que, a través de los cambios inspirados por las evoluciones históricas, siempre y única-

mente es Cristo quien se da; los desarrollos históricos están al servicio de su amor, que es de hoy. Es cabeza que vivifica el cuerpo y tiende a que exista correspondencia entre Él y sus miembros. «Que la Iglesia se haga digna de tan gran Cabeza», dice san Agustín.

Esto nos lleva a divisar otro aspecto del Misterio: la diversidad de estados en que se recibe la gracia de Cristo.

La Iglesia, «plenitud de Cristo»

Para no dar una traducción insuficiente, los estudios contemporáneos se contentan con afrancesar una palabra griega: así es frecuente decir que la Iglesia es la «pleroma» de Cristo, conservando la misma palabra del Apóstol¹. ¡Cómo expresar a la vez que es desbordamiento recibido y cumplimiento que completa! San Juan, después de haber hablado de Cristo, «lleno de gracia y de verdad», añade que «de su plenitud recibimos todos» (Ioh 1, 16). El misterio es éste: el amor vive de darse; la intención de Cristo es darse. Lo que ha deseado y merecido en su cruz, lo realiza la condición gloriosa del Resucitado. La Iglesia es

¹ «*Plérôme*» (pleroma) es aquí πλήρωμα, cuya traducción por «plenitud» es, sin duda, pobre. Se refiere a Col 1, 19: «Y plugo al Padre que en Él habitase toda la plenitud.» (N. del T.)

este amor que se comunica. Sin embargo, esta comunicación toma formas variadas, pues muy diferentes son los lazos que unen a Cristo y hacen ser miembros de su cuerpo; van desde aquellos que no le conocen hasta los santos en la visión. Se le vería espontáneamente como una fuente que salta y se comunica por una serie de cascadas y de capas de agua situadas a diferentes niveles. Sin embargo, esta imagen es substancialmente falsa a pesar de su parte de verdad, como cada vez que se pretende que simbolice una figura material una realidad espiritual que es, necesaria y maravillosamente, relación de persona a persona. Alguno que parece no tener fe puede estar muy próximo a ella por su vida; otro, por el contrario, animado por un celo muy expresivo, puede estar lejos. San Pablo habla ya de los que dicen conocer a Dios y le niegan con su conducta. No hay hombre que nazca sin estar ligado a la raza humana: es hijo de Adán; de derecho, es cristiano no necesariamente por una incorporación visible, sino porque es amado y porque la vida de Cristo se le ofrece como formando parte de su destino de hombre.

Remontándonos, pues, desde los más alejados a los más próximos, sin olvidar el carácter personal de la conciencia y de la libertad, hay que hablar de aquellos que son llamados y que se niegan: «Y el juicio consiste en que vino la luz al mundo y los hombres amaron

más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas» (Ioh 3, 19); sólo los voluntarios de la negativa se alejan de Él.

La gran mayoría de los hombres, los de las generaciones anteriores a Cristo y fuera de Israel, los de las regiones inmensas donde no ha sido anunciado el Evangelio, los de los medios donde no puede ser escuchado, sólo encuentran a Cristo implícitamente, es decir, a través de los imperativos de su conciencia, de las llamadas del deber y de las circunstancias.

Después están todos aquellos que conocen a Cristo; al mismo tiempo que su nombre, aprenden el sentido de sus vidas y la llamada a la santidad que les ha sido lanzada así.

Están, sobre todo, aquellos que viven con Cristo en la luz; son sus verdaderos miembros que comparten realmente su vida; son la mejor parte de la Iglesia: les es dado todo y todo lo reciben. Entre ellos, como el miembro mejor y más eminente, está la Virgen María, hija y madre de la Iglesia.

En la cumbre de esta enumeración demasiado rápida, es la hora de volver a Aquel que es la fuente y cuya plenitud tiende a llenarlo todo. Una frase de santo Tomás se impone a la memoria; «Cristo más la Iglesia no son un bien mayor que Cristo solo» (IV *Sent.* d.49 q.4 a.3 ad 2). La vida de Dios tiene esta ma-

ravillosa propiedad de enriquecerse comunicándose; Cristo tiene, por su santidad de Hijo y por su vida y su Pasión, tal plenitud que nada le aumenta y que todos vienen a calmar en ella su sed.

IV. EL ALFA Y EL OMEGA

Su gloria hecha del Hijo de Dios hecho hombre le hace el centro de todo; es el comienzo y el fin. Para designar este aspecto del misterio, san Juan se sirve del símbolo que constituyen la primera y la última letra del alfabeto utilizado en torno a él; nosotros diríamos «de la *a* a la *z*». Tres frases de san Pablo nos permitirán abordar este misterio. Antes que nada está aquella a los cristianos de Corinto haciéndoles sentir la inanidad de toda superstición idolátrica: «Para nosotros no hay más que un Dios Padre, de quien todo procede y para quien somos nosotros también» (1 Cor 8, 6).

A continuación, san Pablo siente ansiedad a propósito de la Iglesia de Colosas, fundada por uno de sus colaboradores; en ese medio se

extiende una doctrina que más tarde será el «gnosticismo»; esos falsos doctores imaginan una serie de intermediarios entre Dios y el hombre; algunos pretenden que esos intermediarios son superiores a Cristo Jesús, lo que va a la vez contra la universalidad de su mediación y su supremacía sobre cualquier ser; de modo que, apenas comienza el Apóstol a redactar su carta, surgen de su corazón palabras definitivas que expresan la divinidad del Señor y su papel universal: «Es la imagen de Dios invisible, Primogénito de toda criatura; porque en Él fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potencias; todo fue creado por Él y para Él. Él es el principio, el primogénito de los muertos, para que tenga la primacía sobre todas las cosas. Y plugo al Padre que en Él habitase toda la plenitud y por Él reconciliar consigo todas las cosas en Él, pacificando con la sangre de su cruz así las de la tierra como las del cielo» (Col 1, 15-20).

Esta misma doctrina estalla, en fin, bajo la forma de acción de gracias en la circular que escribe a las Iglesias de Asia y que es nuestra carta a los Efesios: «En Él tenemos la redención por su sangre, la remisión de los pecados, según las riquezas de su gracia, que superabundantemente derramó sobre nosotros toda sabiduría y prudencia, dándonos a conocer el

misterio de su voluntad, conforme a su beneplácito, que se propuso en Él, para realizarlo al cumplirse los tiempos recapitulando todas las cosas en Cristo, las del cielo y las de la tierra (Eph 1, 7-10).

Con el corazón lleno de estos pensamientos es como se puede meditar la gloria de Cristo y descubrir, bajo esta luz, la vocación de cristiano. Con respeto, nuestra reflexión puede y debe tratar de entreabrir un poco este misterio, pues «el amor vive de la luz».

Jesús está en el principio del universo como Dios; puede ser llamado «Primogénito» de la creación aplicándole lo que el Antiguo Testamento decía de la Sabiduría eterna; en la humanidad que ha tomado con su encarnación, el Verbo es el centro; para tomar conciencia de ello basta con entrar en el sentido mismo de la creación: Dios actúa por pura bondad; en la cumbre de los seres visibles que crea, está el hombre a quien, por una gracia completamente gratuita, quiere hacer donación de sí mismo llamándole a compartir su vida eterna; entre los seres, Cristo Jesús no es sólo el Primero, sino que es de un orden aparte; en Él Dios se ha unido en persona a la humanidad y, por este ser individual, nacido de la raza de Adán y comulgando con la misma naturaleza humana, a toda la raza de los hombres.

El Señor de la historia y del mundo

Estas afirmaciones gloriosas respecto a Cristo no tienen por qué sorprender al que de verdad cree en la filiación divina: nada es esto al lado de su gloria de ser, en persona, el Hijo de Dios; toda consecuencia es necesariamente menor y es normal que el Verbo hecho carne se presente como el punto culminante de toda la creación, como ese punto Omega, para utilizar la frase del Padre Teilhard de Chardin, expresión que encontró en el Apocalipsis; ese punto hacia el que todo tiende, en quien todo encuentra finalmente su sentido y su fin, en quien encuentran su unidad todas las cosas.

Las palabras de san Pablo no dejan nuestro espíritu: «No hay más que un Dios Padre, de quien todo procede y para quien somos nosotros, y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y nosotros también».

Se descubre aquí la plenitud de sentido que es necesario dar a las palabras con que concluye santo Tomás la parte dedicada a Cristo de su gran obra teológica: «Así, pues, el alma de Cristo, que está por encima de toda criatura, rige todas las cosas» (3a q.50 a.6). Sobrepasando a cualquier criatura con su estatura divina, Cristo en su gloria es verdaderamente «el Señor de todos» (Rom 14, 9); así lo escribe san Pablo a los romanos en el rei-

nado del emperador Nerón. La creación espiritual le está sometida a causa de su dignidad que la excede con mucho; la epístola a los hebreos insiste sobre esto de una manera que parece inútilmente larga frente al cuarto Evangelio que, en pocas palabras, nos dice que Jesús es el Verbo de Dios que, por nosotros, se ha hecho carne y que da la luz y la vida a todo lo que existe.

Hay una razón para este dominio universal que nos impresiona tal vez más porque responde a nuestra condición humana; la de san Pablo al explicar que es el Señor de todos porque ha muerto y resucitado; insiste sobre la misma idea en la epístola a los hebreos: su vida y su muerte fueron una lucha contra el mal; venció y eso es lo que funda su reino; se humilló hasta el último puesto, llegando a ser como un gusano (cf. Ps 21, 7), como esa cosa que es el cadáver, y descendió a los infiernos. El orden de Dios requiere esta suprema exaltación y Él mismo pensaba atraer a todos los hombres hacia sí mediante su cruz.

Sin embargo, lo que nos impresiona y nos ilumina más para que comprendamos este poder absoluto dado al Cristo de Pascua, en la tierra como en el cielo, es que está personalmente encargado del plan de Dios en el mundo. Dios quiere comunicar su vida y que la compartan eternamente aquellos que respondan a su llamada; lo repetimos sin cesar; es el libro

misterioso que se entrega al Cordero degollado en la visión inaugural del Apocalipsis; ahí está el misterio de los misterios: esta voluntad de Dios, absolutamente gratuita, de hacer que seres creados compartan su propia vida y este designio no tienen otro motivo ni otro fin que su amor que se comunica. Cristo es el único mediador: «Porque uno es Dios, uno también el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús» (1 Tim 2, 5).

En la plegaria pascual nos muestra san Juan la gloria de Cristo que consiste en este poder de dar a cualquier carne la vida eterna. Puesto que todo el plan de Dios está subordinado a esta intención suprema, está claro que todo se refiere a Cristo y que, a través de todo, Él tiende a la gloria de Dios, sobre la que pudo escribir san Ireneo: «La gloria de Dios es el hombre vivo, pero la vida del hombre es la visión de Dios», lo que equivale a decir que gloria de Dios será todo aquello que humanice al hombre y le abra a la divinización. Todo, pues, está sometido a Cristo y tiende hacia Él: «No temas, yo soy el primero y el último, el Alfa y el Omega, el Viviente» (Apc 1, 17).

Y, sin embargo, nos sentimos desazonados muy pronto: ¿qué quiere significar todo eso? ¿No sucede a menudo —incluso, a veces, por las imágenes orientales de la Escritura— que se presenta el Señorío de Cristo como algo completamente exterior y como la revancha, y

al mismo nivel, de sus humillaciones? Las ideas de algunos no superan las del Tentador en el desierto. ¡Qué pueden representar los bienes terrenos para quien tiene y da la vida de Dios! En su vida terrenal el Señor ha renunciado deliberadamente a toda ventaja creada, al genio, al poder, al arte, al dominio... no para reencontrarlos infinitamente en su gloria, sino para elevarnos a otro orden, el de la caridad, el de Dios.

En Cristo todo es relativo a la gloria de Dios. «Que toda rodilla se doble ante su nombre en el cielo, en la tierra y en los infiernos»; pero que sea «para gloria de Dios». Él nada quiere para sí salvo la glorificación del Padre. El reinado de Cristo es sacerdotal. La gran parábola del juicio final se inaugura con todo un despliegue de gloria: el Rey supremo está en su trono, sus ángeles le rodean; todas las naciones de la tierra están convocadas. Este despliegue de fasto es para esclarecer hasta qué punto se identifica el Señor con los más pobres; reina, pero es para la felicidad de los hombres, para hacer circular entre ellos el amor con que les ama y con el que quiere ser amado.

Otra parábola muestra al Señor de gloria que acoge a sus servidores; no les pide nuevos servicios; por el contrario, Él mismo se hace su servidor: «En verdad os digo que se ceñirá

el Maestro y los sentará a la mesa, y se presentará a servirlos» (Lc 12, 37).

El reino de Dios, preparado por las predicaciones y por la acción de la vida pública, inaugurado por la Resurrección en la que Jesús se constituye en Rey con plenos poderes, no viene de fuera, con estrépito y de una manera observable; no, está presente entre los hombres a partir de sus conciencias: «El reino de Dios está dentro de vosotros» (Lc 17, 21). Cristo, por una parte, actúa frente a cada uno porque es la luz que ilumina a todos los hombres; esta acción es la invisible de su Espíritu y no tiene otra frontera que la libertad humana». Se trata del orden del amor y, en este orden, nada puede haber que no sea libre: solicita, suscita la libertad; no la constriñe. Actúa, por otra parte, entre los hombres que son dóciles a su acción. Sería falso y extraño a la concepción de la Iglesia restringir esta acción de Cristo para crear un mundo justo y fraternal, a la acción exclusiva de los cristianos. El Vaticano II nos lo ha repetido con fuerza.

El cumplimiento de todo

Entonces será el fin, el fin sin fin, Cristo que termina pero realiza, para usar las expresiones agustinianas. Los enemigos serán ven-

cidos (estos enemigos cuya presencia nos angustiaba un poco en el versículo del Salmo aplicado a Cristo sentándose a la diestra de Dios; sabemos por san Pablo que son el pecado y la muerte, la muerte última). Así se cumplirá lo que revela una de las frases más misteriosas del Apóstol: «Cuando dice que todas las cosas están sometidas, es evidente que excepto Aquel que sometió todas las cosas; antes, cuando le queden sometidas todas las cosas, entonces el mismo Hijo se sujetará a quien a Él todo se lo sometió, para que sea Dios en todas las cosas» (1 Cor, 15-27 s.). Este anuncio del fin nos desconcierta un poco; nos preguntamos primero por qué nos han sido reveladas tales sublimidades trascendentes. «Y Dios estará todo en todos», no habrá más que amor y alegría, comunión fraterna y justicia. Entonces se realizará, en fin, la suprema plenitud del Señor, la más esencial de sus intenciones: «Que tu Hijo te glorifique». Y en esta realización el hombre estará realizado plenamente; adquirirá entonces todo su sentido la frase de san Ireneo que acabamos de citar: «La gloria de Dios es el hombre vivo; la vida del hombre es la visión de Dios».

Esta revelación, sobre la que, sin embargo, no conocemos la fecha, ni la manera, nos colma de alegría y debe llenarnos de luz. Entusiasmo, antes que nada, la esperanza; por encima de los fracasos parciales del bien, por

encima del pecado y de la injusticia del mundo, por encima de las divisiones de los amigos de Dios, por encima de este mundo de miseria, de titubeos, está esta promesa. Pero ¿por qué verla como una revancha o como una reparación y no, más bien, descansar en ella, reclinarse en ella, sin compararla a nada, como en el Absoluto que es verdad y nada puede ganar con comparación alguna? «Dios estará todo en todos.»

Esta frase nos pone, al mismo tiempo, en entredicho. Dios, con frecuencia, no es gran cosa en este mundo del que estamos tan orgullosos; no es gran cosa, ¡ay!, en aquellos mismos que hablan de Él. Si un auténtico pobre, como Francisco, puede decir que Dios lo es todo para él, «¡Dios mío y mi todo!», sabe mejor que nadie que no lo es todavía bastante y que está llamado a serlo infinitamente más; que debe compartir con sus hermanos lo que ha recibido. Cada vez que decimos «venga a nosotros tu reino», se trata de ese deseo que ha llenado el alma de Jesús y que Él quiere poner en su discípulo: que al ser Dios plenamente Dios en este mundo, el hombre sea, en Él y por Él, maravillosamente hombre. Sin duda que no hay un comentario más rico de este versículo paulino que el del Vaticano II en la *Gaudium et Spes* (39).

Tres grandes perspectivas se abren para el espíritu. Ante este gesto de Cristo que refiere

su reino al Padre, ¿cómo no meditar en la maravillosa promesa dirigida a cualquier cristiano que, de una u otra manera, quiere hacer que el Evangelio discurra por su vida? «Pues a todo el que me confesare delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre, que está en los cielos» (Mt 10, 32). No es éste sólo el privilegio de los grandes testigos, sino la certeza de cualquier cristiano: nunca habrá hecho un esfuerzo para poner en su vida el Evangelio, y en aquello que de él dependa, sin que Cristo sea glorificado por ese esfuerzo, por mínimo que sea. Tanto más glorificado será cuanto que sea la vida entera, con sus palabras y con sus actividades, la que en eso se emplee. Se dignará estar orgulloso de su discípulo, tan orgulloso que hablará de eso a su Padre, hecho Padre nuestro, y a sus ángeles.

Puede cumplirse, incluso, esta promesa en aquellos que no conocen el nombre de Cristo, pero que hacen entrar en su vida sus principios. En los períodos sombríos del nazismo hubo mártires que llegaron al supremo testimonio mediante un acto de justicia o de piedad. No puede existir un acto que sirva al hombre, sobre todo si éste es pobre y desamparado, que no se haga a Cristo que lo reconocerá. Toda la colaboración de los hombres a su reino será aceptada y ofrecida en su gesto de entrega total al Padre.

Esta luz debe, después, iluminar profundamente nuestra concepción de la vida humana del presente. Este reino entregado al Padre «es un reino eterno y universal: reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz» (G.S. 39, 3).

En este reino se purifican, se embellecen y se transfiguran todos los frutos de la tierra, no sólo los del anuncio del Evangelio, sino los que produce el esfuerzo humano: «Estos valores de dignidad, de comunión fraterna y de libertad, todos esos frutos excelentes de nuestra naturaleza y de nuestra industria, que habremos compartido en la tierra según el mandato del Señor y en su Espíritu, los encontraremos más tarde, pero purificados de toda mancha, iluminados, transfigurados cuando Cristo entregue el Reino a su Padre» (G.S. 39, 3).

El cristiano debe, pues, enterarse de la intención suprema del Señor para comprender mejor su vida de hombre sobre la tierra. Antes que nada debe, como lo han pedido los últimos papas Juan XXIII y Pablo VI, como ha explicado el Concilio respecto a su significación teológica, descartar cualquier punto de vista pesimista respecto a los valores humanos; nada hay ya profano, puesto que todo se inspira en Cristo y es su obra: «Constituido en Señor por su resurrección, Cristo, a quien ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra, actúa desde ahora en el corazón de los

hombres mediante el poder de su Espíritu; y no suscita solamente el deseo del siglo futuro, sino que también anima, purifica y fortifica esas aspiraciones generosas que impulsan a la familia humana a mejorar sus condiciones de vida y a someter la tierra entera a este fin» (G. S. 38, 1).

«Es Él quien nos revela que Dios es "Caridad" y que nos enseña al mismo tiempo que la ley fundamental de la perfección humana y, por lo tanto, de la transformación del mundo es el mandamiento nuevo del amor» (*Ibidem*).

Debe, pues, el cristiano estar atento para reconocer, para amar, para promover, todos los valores humanos y para no tener, respecto a ellos, un movimiento de desconfianza; por el contrario, lo que debe llevar entre los hombres es un favorable *a priori*; es, de derecho, el más humano, el más cósmico, el más enamorado de un mundo justo y fraternal; incluso los progresos técnicos, los desarrollos de la cultura, las mejoras de la condición humana, se le presentan en su verdadera realidad y, después, se acordará de que Cristo está actuando en ellos, que vienen de su Espíritu en todo lo que tienen de bueno. Sólo entonces —cuando ni él ni nadie pueda dudar de su toma de conciencia de tales valores, sean de orden humano, cultural, científico o cualquier otro— podrá llegar a mostrar su ambigüedad y su insignificancia. Ambigüedad e insuficien-

cia porque pueden ser terriblemente alienantes, horriblemente deshumanizados, si no acaban en ese movimiento por el que el hombre supera al hombre y en el que se sabe y se vive que el hombre es más grande que sus obras y más grande que el mundo. «¿Qué aprovechará al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?» (Mt 16, 26); se pierde a sí mismo al exteriorizarse, al degradarse por debajo de sí mismo. Insuficiencia también porque, por el amor de Dios en Cristo, está llamado a más aún; bien puede cantársele la felicidad de ser hombre y el gran orgullo de semejante misión; sin que pierda nada de lo que hay de verdadero en todo eso, debe comprender que está llamado a una felicidad infinita. Dios, a través del Evangelio, no viene como un rival, sino, por el contrario, como el que quiere añadir. La gracia es esa sublime aportación que vale aún más que los primeros dones, tan hermosos. «La gracia de uno solo es un bien más divino que el universo total»; no lo destruye, sino que le añade sin desnaturalizarlo. No porque Cristo viniera a Caná fueron las bodas menos alegres; al contrario; ejemplo parcial y fácil, pero que muestra lo que ha transformado al mundo humano el verdadero espíritu de Cristo.

Esta manera de actuar está ya anunciada desde el Evangelio. Uno no se consuela de que algunos cristianos, para afirmar el valor del

mundo, hayan recurrido a la peor de todas las blasfemias, la más absurda y la más ambigua: Dios ha muerto... ¡Como si hiciera falta abandonar a Dios, olvidarlo como a un muerto, para ocuparse útil y bellamente del hombre! Se comprende la reacción del episcopado francés al proclamar: «No; está vivo en Jesucristo resucitado...» Sin embargo, antes de condenar a aquellos que han hablado así, uno tiene que preguntarse si no ha tratado a Dios, con demasiada frecuencia, como a un personaje; si no ha dejado subsistir en su vida (sobre todo en sus aspectos más visibles, el social, por consiguiente) mentalidades, prejuicios y actos que parecían contentarse con nombrar a Dios, en vez de hacerle entrar en la realidad viva y fraterna, ansiosa de justicia y de paz, en la vida de cada día y en sus reacciones en medio de un mundo empequeñecido por la rapidez y por la abundancia de las informaciones... Antes de indignarse con la frase de Marx, «la religión, opio del pueblo», ¿no hay que comprender los terribles abusos, las oprimidas deformaciones de déspotas ilustrados que eran francos incrédulos o, a veces, practicantes sin alma? Adquiere así su sentido, aunque no esté hecha del todo o ya realizada, la respuesta del Concilio: El Evangelio es fermento de humanidad.

● A partir del amor con que Dios ama al mundo y le confía el universo para que, sirviéndo-

se de él, se haga más hombre, el cristiano anunciará a Jesucristo, salvador del hombre y de la sociedad, maestro que enseña el amor fraterno vivido por Él y que inicia en la vida misma de Dios. La manera de hacer será necesariamente positiva, partiendo siempre del valor para ir hacia Jesucristo y evitando condenar o devaluar para salvar; es decir, cumplir y desbordar al mismo tiempo. Una gran atención hará, pues, que evite el confundir el progreso terrestre y el reino, aunque el progreso contribuya mucho, sirviendo al hombre, a preparar el reino. La mirada, queriendo encontrar la intención del Señor, discernirá el lugar del mal y de la desgracia a fin de darles su sentido mediante la cruz.

La tercera perspectiva que abre la revelación de San Pablo al mostrar a Cristo refiriendo su reino al Padre es descubriarnos la intención y la inspiración de la vida cristiana aquí abajo, como comunión con Cristo actualmente vivo. El cristiano es miembro de su cuerpo; es el punto de contacto, el instrumento en la acción y el signo de Cristo. Es una gran pena que, en nuestro tiempo, muchos insistan más sobre la responsabilidad (evidentemente respecto a lo temporal) en vez de avivar la conciencia de ser amados y de deducir, de esa conciencia, tales incitaciones y aun otras muchas. Se habla de acción, y de acción temporal, sin sacar a relucir la intención que

es el alma de la acción; sin ella, la acción se usa y pierde a menudo su fuerza y su sentido. Si la mirada no es más sana, el cuerpo no es más luminoso, se hace opaco, incluso si sigue siendo brillante; débil y sin forma, incluso si parece violento. El cristiano no es un ejecutor —aunque fuese del designio de Dios—, sino un amigo que, al corriente de las intenciones de su Señor, lleva sus alegrías y sus ansias, toma sus iniciativas y comulga con su vida; no es servidor, sino amigo, como lo explica Cristo.

Refiriéndose a Él, aprende, en la fe, «todo el bien que hay en su poder de ser eficaz, en orden a Cristo» (Philm 6). No se atendrá al derecho humano o a los usos del medio en que vive. Un esclavo fugitivo y probablemente ladrón estaba expuesto a todas las penas. Filemón descubrirá que debe acogerle amándolo, perdonándole todo y también, sin duda, manumitirle. Esta misma comunión con el hoy de Cristo permite que seamos en el mundo como Él mismo ha sido. Alarga, finalmente, el horizonte; se trata de querer la paz y la unidad de los hombres y de quererlos también como ofrendas para Dios (G. S., 38, 1); el Concilio toma una frase de San Pablo; después que conoció a Jesucristo, el Apóstol está habitado por esta pasión: ofrecer el mundo entero (los paganos) en ofrenda a Dios (Cf. Rom 15, 16). El dinamismo prodigioso del misterio

pascual parte del más profundo de los infiernos, de la morada de los muertos y estalla, finalmente, en el gesto regio del Señor. El punto de partida es esa morada de los muertos, donde Cristo hace, en totalidad, la experiencia de la condición humana mortal después del pecado, hasta esa soberanía donde, en Él, todos encuentran a Dios y Él da gloria. En esta perspectiva no sube para Él solo; atrae a los suyos e incluso los asocia a su empresa de salvación, empresa que comienza en la conciencia, pero que debe arrastrar a toda la creación. De tal modo ama Dios al mundo que resucita a Jesucristo para su gloria y para nosotros, para mí, a fin de que yo viva de Él.

CUARTA PARTE

LA RESURRECCION DE CRISTO, FUENTE DE VIDA NUEVA

I. LA VIDA RESUCITADA DEL CRISTIANO

Cristo resucitado resucita a los suyos, y es esta otra forma en que debemos comprender las frases insondables de san Pablo: «Resucitó para nosotros», «Aquellos para quienes resucitó», «Cristo resucitó de entre los muertos para que vivamos una vida nueva» (Rom 6, 4); vida nueva no porque comienza y se queda próxima a su punto de partida, como todas las novedades llamadas a envejecer y que designan cosas cuya fecha de origen se aleja cada día, sino nueva, por el contrario, porque cada día se sumerge en su fuente y se aproxima a ella; nueva porque es comunión con el hoy de la eternidad donde nada envejece.

Antes de reflexionar sobre los principios y sobre las aplicaciones de esta vida, contémosla vivida en la conciencia del hombre que tuvo la experiencia de esta novedad, Pablo: en un solo momento encontró al Cristo vivo, se adhirió a su resurrección y recibió por eso una manera de vivir.

Ya hemos hablado de la conversión de san Pablo como de uno de los testimonios irrecusables del Acontecimiento pascual; debemos contemplarla ahora en la forma como fue vivida; podemos encontrar en ella la vida resucitada del cristiano en estado puro o, si así lo preferimos, la vida resucitada por Jesús, pasando, mediante el encuentro con Él, de la muerte al estado nuevo. Esta reflexión es fácil, pues en su carta a los filipenses el Apóstol, en la madurez de su edad, se ve impulsado a hablar de ella no desde el punto de vista del hecho, sino en su espíritu: los cristianos de Filipos se ven tentados por determinados judaizantes que quieren conservar las prácticas del judaísmo en su vida nueva. San Pablo les explica, pues, lo que ha pasado en él y lo que ha llegado a ser su vida mediante el descubrimiento de Cristo.

En su juventud de fariseo estaba seguro de sí mismo; se refería a una ley escrita y precisa y era tan tercamente fiel a ella que nada le podían reprochar ni su conciencia ni sus compañeros de estudios; poseía incluso el orgullo

de superarlos y de no tener igual. Todo esto se derrumbó en un instante; quedó aniquilada esa seguridad; las ganancias se trocaron en pérdidas. Una vez que tuvo la experiencia de Cristo, todo le pareció «desperdicio» (lo que no se toca, lo que se echa a los perros). De ahora en adelante todo su ser se concentra en un solo pensamiento: «alcanzar a Cristo» y recibir, en esta fe, una vida ajustada a Dios. No se trata, por una parte, más que de conocer a Cristo y sus insondables riquezas, saber lo que es, lo que quiere, lo que hace. «Desde que conocí a Jesucristo, decía a su vez el Padre Lacordaire, nada me ha parecido lo bastante bueno como para atraer mis miradas.» Para san Pablo, por otra parte, la vida en su totalidad debe estar conforme a este ideal; está en una nueva situación en relación con Dios y debe recibir progresivamente de Él esa justeza que la hace verdadera y santa a sus ojos.

«Conocerle, conocer el poder de su resurrección y la comunión con sus sufrimientos.» Este poder de la resurrección es, a la vez, la atracción, la seducción ejercida sobre Pablo por el Señor, convertido en su única razón de vivir, y la ganancia obtenida por su muerte; es también ese poder misterioso que da a la vida humana el hecho de ser resucitada y de crecer en esa novedad, incluso en medio de pruebas y de combates, del envejecimiento

corporal y del agotamiento de las fuerzas. El poder de atracción de la resurrección utilizará, pues, las pasividades de la condición humana y hará de ellas una participación en la cruz del Señor. La resurrección que expresa divinamente la significación de la cruz de Cristo, dice también, a cada uno, el sentido de su cruz personal y de su vida cotidiana. El deseo final es tener parte en la resurrección de los muertos, en esa vida definitiva en la que el ser humano, en su totalidad, estará con Cristo para siempre.

Para hacer comprender bien a los filipenses que no se trata de una vida completamente hecha y ya realizada, el Apóstol continúa: «Sigo por si le doy alcance, por cuanto yo mismo fui alcanzado por Cristo Jesús» (Phil 3, 12). Esta vida es un movimiento continuo, un esfuerzo repetido sin cesar. Se definía como «seguir a Cristo» para Mateo, que había escuchado con sus oídos y, sobre todo, recibido en su corazón el «sígueme» de Jesús; tenía el mismo significado para los otros sinópticos, puestos al corriente de la vida terrena del Señor, y para San Juan, que conocía por experiencia la plenitud de su sentido; éste añadía también su «permanecer con Él». En cuanto a san Pablo, que había sido alcanzado de golpe y definitivamente, piensa en alcanzarle. Se trata siempre de la misma realidad de vida llamada a responder al amor de Cristo.

El Señor quiere estar «en los suyos»; a su escala, por mínima que sea, el menor de los cristianos no será verdadero discípulo sino en la medida en que pueda hacer suya la frase de san Pablo: «Ya no vivo yo; es Cristo quien vive en mí» (Gal 2, 19).

La vida de la gracia y las virtudes teologales

Para describir esta vida en Cristo (¡esta expresión se encuentra más de 160 veces en las cartas de San Pablo!) es necesario que volvamos a repetir su naturaleza; hay que repetir incansablemente que Cristo la da y que está infinitamente más próxima a cada uno que su propia conciencia. Hay que repetir también ese lazo misterioso del que habla el Señor en San Juan: «Me veréis porque vivo y vosotros viviréis.» La vida resucitada es esa relación que se hace consciente y plenamente realizada; como dice san Pedro, es «esa participación en la naturaleza divina», recibida de Dios a través de Cristo. La vida de la gracia nos pone a ese nivel.

Esta vida así divinizada en Cristo es relación con Dios y, en Él, con todo aquello que le toca, con todo, comenzando por el hombre convertido en el más próximo, lo «próximo», *proximus* dice el latín cristiano. Los tres principios de esta vida serán las virtudes teologa-

les, fe, esperanza y caridad. Es asombroso encontrar su tríada indicada desde el primer texto del Nuevo Testamento, las epístolas a los cristianos de Salónica. La fe nos concede ser enseñados por Dios en Cristo: «Creéis en Dios, creed también en mí» (Ioh 14, 1); es el autor y el consumidor: «Jesús, el jefe de nuestra fe que la lleva a la perfección» (Heb 12, 2). La esperanza espera a Dios de Dios; se apoya en Cristo, pues, como todo, en el tiempo y en la eternidad, ¿no nos sería dado con Él? En cuanto a la caridad, es verdaderamente el amor de Cristo por su Padre y por sus hermanos, compartido por Él con nosotros y puesto en nosotros por su Espíritu. Esta vida, que nos hace verlo, se expresará pues, se desvanecerá y se desarrollará esencialmente bajo tres formas que permiten al discípulo entrar en la vida resucitada de la Nueva Alianza.

El aspecto sacramental de la vida nueva

Esta vida de comunión con Dios en Cristo, recibe de Él su nacimiento, sus recuperaciones y sus progresos. Cristo es el signo esencial de este designio de Dios de comunicarse a nosotros por medio de Él. Su encarnación lo ha transfigurado todo, ha cambiado la condición humana. Durante su vida terrena, su

acción de sacramento viviente de la gracia se hacía mediante esta presencia; ahora es la economía sacramental la que juega este papel; nos pone en relaciones con Cristo muerto y resucitado de una manera que responde a la vez a su condición gloriosa y a nuestra condición de viajeros muy amados que ya participan en la vida divina y son, al mismo tiempo, libres para rehusar, pero siempre llamados a volver a empezar y a progresar.

El bautismo es el más esencial de los sacramentos porque da al hombre el renacer del Espíritu y el revivir la muerte y la resurrección de Cristo; san Pablo lo enseña con claridad. El bautismo es verdaderamente la impronta del misterio pascual dejada en el hombre; por eso la liturgia pascual es completamente bautismal; Pío XII situó en el corazón de la vigilia, como su acto primordial, la renovación de las promesas del bautismo. Cualquier bautismo, en cualquier fecha que se realice litúrgicamente, es siempre pascual; es verdaderamente Cristo resucitado quien resucita a un hijo de Adán y hace de él un miembro de su cuerpo. Este es el misterio que da uno de sus sentidos más bellos a la noche pascual.

En aquel que, por su bautismo, es ya miembro de Cristo, la confirmación afirma el don que ha recibido. En cuanto a la Eucaristía, nos expresa a la vez la intención del Señor

en su muerte que se ha convertido, por ella, en el sacrificio absolutamente perfecto, y la aceptación por Dios de ese sacrificio resucitando a Jesús y haciendo de Él la fuente de salvación y de vida eterna para aquellos que están unidos con Él y a quienes ella une entre sí, fraternalmente en Él. Es la voluntad de tenernos con Él y, en el tiempo que transcurre, quedarse con nosotros. Todo el misterio pascual, con las relaciones personales del Padre y del Hijo en la unidad de su Espíritu, con la misteriosa generosidad que les da a nosotros y nos atrae a todos hacia ellos, con los bienes que de ahí resultan para nosotros, todo este misterio está en la Eucaristía, que, por eso, se convierte en la presencia de la Pascua en el corazón de la Iglesia. Porque es el alma de la Iglesia y la fuerza de Cristo, puede hacerse para cada comulgante el espíritu que le hace deudor de sus hermanos y el alma de su apostolado. Vivo, el Señor quiere hacer igualmente vivo a aquel que de Él se alimenta.

El sacramento de la penitencia actualiza la victoria sobre el pecado; siendo el de los enfermos quiere asociar la enfermedad a la fecundidad de la redención. El amor de Cristo que da la vida a su Iglesia da, en el sacramento del matrimonio, su sentido y fija su ideal en el amor de los cristianos. El sacramento del orden está instituido para que, mediante sus amigos, el Cristo Cabeza, es decir,

el Cristo actualmente vivo, haga presente su amor y constituya su Iglesia.

Todo es pascual en la economía sacramental merecida por la cruz y vivificada por el Espíritu que derrama la Pascua; haría falta que todo fuese pascual también en nuestra manera de vivir; que jamás tratásemos los sacramentos como cosas, sino como citas del Señor y que hiciésemos nuestra, viviendo en ella, la alegría que Él quiere darnos.

En su Palabra

En el día de Pascua, el Señor abría a los apóstoles el sentido de la Escritura. El discípulo no podría, aquí abajo, vivir de Cristo y ser amado por su Espíritu sin alimentarse de su Palabra. La narración de Emaús nos sugiere el espíritu de esta lectura: escuchar al Señor actualmente vivo hablando, hoy, a su discípulo. Es siempre la voz del único Pastor que reconocen y siguen sus ovejas. Nuestro deseo debe ser el del joven Samuel: «Habla, Señor, que tu siervo escucha» (1 Sam 3, 10) o, para seguir en el misterio pascual, la pregunta de Saulo derribado: «Señor, ¿qué quieres que haga?» Después, porque toda la Escritura es «de Él», ir a ella con el único deseo de «conocerle y conocer el poder de su resurrección». La lectura de la Escritura será, así,

verdaderamente, la segunda Tabla donde siempre se ofrece el Pan de vida; Él está ahí bajo la forma de palabra para creer, como antes, bajo la forma de sacramento para discernir.

En la realidad vivida

Alcanzar al Señor es más aún que ese esfuerzo que podría quedarse en algo conceptual e ideal; es una realidad vivida interior y exteriormente; debe ser comunión con Cristo en verdad «alcance de Él» porque queremos vivir como Él vive, porque nos aplicamos a ser en el mundo como fue Él. La fe pascual debe vivirse, antes que nada, en relación a Dios. Incorporados a Cristo, hemos sido colocados frente a Él en una situación absolutamente nueva. Nos ha dado todo; nos ha dado a su Hijo único en la Encarnación, no lo ha escatimado y ha dejado que los hombres hicieran de Él todo lo que han querido; lo ha seguido dando en Pascua resucitándolo y constituyéndolo en fuente de vida eterna para nosotros. Nos ha mostrado su amor. Nos ha amado porque le amamos y creemos. ¿Nos aproximamos a Dios con esta luz, «con esta seguridad» que da la conciencia de ser hijo? Para decirlo todo en una sola frase, nuestra relación con Dios debe participar de ese grito del hijo a su Padre, de esa frase que

fue de Jesucristo: «¡Abba, Padre!» El Señor quiere hacernos compartir sus sentimientos como quiere hacernos compartir el amor con que es amado. El día de Pascua recibimos la revelación de nuestra vida adoptiva y real: «Mi Padre y tu Padre», dice el Señor a María Magdalena. Todo lo que nos falte de espíritu filial, proviene de nuestra falta de fe: no creemos verdaderamente que Dios ha resucitado a Jesucristo y aun seguimos en nuestros pecados y bajo la ley.

El amor con que Dios ama al hombre al resucitar para él a su Hijo, su «filantropía», según la expresión de San Pablo, cambia radicalmente la condición del hombre y la aureola con una gloria divina; las relaciones interhumanas deben ser renovadas. «No juntéis la acepción de personas con la fe de nuestro glorioso Señor Jesucristo» (Iac 2, 1), recomendación tanto más asombrosa cuanto que Santiago se atiene generalmente a pensamientos del Antiguo Testamento. Para impartir la misma enseñanza, San Pablo afirmaba que Cristo está todo en todos y que nosotros todos somos uno. La que nació en Pascua es una humanidad nueva; es la Iglesia que llama a la humanidad entera. Hay una mirada nueva que se le ha dado al creyente y una nueva manera de amar que le ha sido insuflada: «Amaos como yo mismo os he amado.» Excedería los límites de este libro extenderse sobre este

tema. Será bueno, sin embargo, señalar este «espíritu de caridad» que la liturgia pascual hace que pidan los que comulgan en este misterio: «Derrama sobre nosotros, Señor, tu espíritu de caridad para que, habiéndonos alimentado del sacramento pascual, tu amor paterno guarde nuestros corazones perfectamente unidos» (*Postcomunión*).

Relación con Dios, relación con los otros, no son relaciones superficiales que constituirían sólo exterioridades del ser cristiano; saberse «miembro de Cristo» es una manera de saberse y de querer algo de Él, perteneciéndole, viviendo de Él, como Él, para Él. Es pensarse «muerto para el pecado» y vivo para Dios. Esta muerte y esta vida, planteadas en principio como lo ya hecho, lo ya dado, deben perfeccionarse para alcanzar este «para recibir», este «prometido» que no es sino lo que Dios nos ha propuesto al resucitarnos con Cristo. El trabajo del cristiano sobre sí mismo, la lucha contra sus defectos, la adquisición laboriosa de virtudes, la transformación por las bienaventuranzas no son un esfuerzo referido a una teoría o a un ideal abstracto; se trata, al contrario, de convertirse en Cristo por la comunión con sus virtudes y la participación en sus intenciones. Cuando la cólera gruñe, o se desliza el egoísmo, o el placer llama, el discípulo escucha el deseo del Señor

hecho suprema petición de su plegaria: «y que yo esté en ellos».

Creer que Cristo está actualmente vivo y dejarse renovar por el espíritu de la Pascua, no es abandonar la cruz e instalarse en la facilidad; es, por el contrario, sustituir su conciencia por la de Cristo; sustituir por las de Él sus reacciones, sus elecciones, sus ambiciones; es no actuar más por un principio negativo, como el miedo del pecado o el temor del castigo, sino para comunicar a Cristo y agradarle; es situarse en su punto de vista y preocuparse de lo que se le puede ofrecer; en una palabra, de lo que San Pablo llama «buscar lo que es de Jesucristo», «tener los sentimientos de Jesucristo».

Esta transformación en Cristo no es trabajo desencarnado o situación intemporal, de tal modo alejada de la vida concreta que no tendría, con ella, relación alguna. Son los elementos y los actos más materiales de esta vida los que deben dejar pasar el soplo de la Pascua y tomar un aire de fiesta: «y todo cuanto hacéis de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por Él» (Col 3, 17). El primado del Señor imprime un sentido nuevo y cristianizante a todo acontecimiento providencial: «Para que sea el Primogénito de una multitud de hermanos.» Es el cristocentrismo del designio de Dios al que nada escapa, ni siquiera el go-

rión que cae. Tiene esto como resultado hacer a cada suceso, grande o pequeño, portador o capaz de un sentido nuevo; a la luz de la Pascua es como puede comprenderse el «todo es gracia», añadiendo «para el que vive al nivel de la gracia» y encuentra a Cristo en esos acontecimientos: «Sabemos que Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman» (Rom 8, 28). El estoicismo fundaba todo su comportamiento sobre el famoso principio: «Hay cosas que dependen de nosotros, otras no.» El discípulo puede referirse a esto y hacer por amor el máximo de lo que de él depende, pero sabe que hay una manera de tomar lo que no depende de él: «todo es gracia», descubre que nada escapa a ese todo, ni su temperamento, ni su infancia, ni su profesión, ni su familia, ni lo que llama obstáculos, ni los medios... Energías y pasividades, todo ha recibido un sentido de la victoria de Cristo. «Para que sea el Primogénito de muchos» no deja escapar nada ni nadie.

Basta con entrar en esta victoria mediante una pertenencia total, siendo respecto a Él como Él es respecto a Dios. Esto es permanecer en Caridad, hacerse amor como Dios es amor. Los valores temporales y la construcción del mundo, los progresos y la promoción de la cultura humana, entran en esta perspectiva de la Pascua y del cristiano resucitado. Hemos escuchado al Concilio afirmar esta ac-

ción del Señor sobre todos estos terrenos. Lejos de ser apartado de las realidades terrenas por la fe pascual, el cristiano encuentra en ella una nueva razón para trabajar ahí con los demás hombres, a fin de hacerlos más humanos, más capaces de servir al hombre. Por el interés que Dios pone en nosotros, estas cosas están ligadas a esas «cosas de lo alto» donde reina Cristo. No quiere decir esto que esta luz decolore las realidades temporales ni que las aneje; por el contrario, las sitúa en su verdad, verdad relativa, pero real y propia. Parece que el Concilio no ha perdido ocasión alguna para recordar a los cristianos su deber frente al mundo de los hombres; incluso ha recordado expresamente que, trabajar por la salvación de sus hermanos, comportaba ese elemento como algo esencial e indispensable (Cf. *A. L.*); pero, al mismo tiempo, no ha cesado de decir que no había que confundir los órdenes y ha subrayado la legítima autonomía del orden temporal.

Entre estos deberes apremiantes, estas distinciones necesarias, los conflictos y las vacilaciones, la conciencia del cristiano no está dividida; está, por el contrario, profundamente unificada en la preocupación de cumplir en todas partes la obra de Cristo y de manifestar así el amor con que Dios ama al mundo.

La novedad cristiana

Sería el momento de terminar este capítulo y de hablar de novedad. Estalla la primavera; los seres se estremecen de alegría y, sin embargo, esto pasará y no es más que un reflejo. La novedad cristiana no es un primer brote, sino un florecimiento o, mejor, es lo uno y lo otro. No es un momento frágil del tiempo sino un don que viene de Dios; es, a la vez, invención y don de Dios. Está tan estrechamente ligada a la resurrección de Cristo que no puede comprenderse la una sin la otra: resucitó de entre los muertos para que vivamos una vida nueva, «para que marchemos en novedad de vida», diría literalmente el semitismo de Pablo.

Jesucristo suscita esta vida o, mejor, es la suya ofrecida y compartida. Desde que reflexiona, desde que proclama su fe, el cristiano debe abrazar, con una misma mirada, la gloria de Cristo resucitado y la vida que le es dada, vida que se define por la libertad del amor. Como un elemento en un todo, san Pablo ha dado bruscamente, en el interior de su proclamación pascual como fe de toda la Iglesia, la más bella y la más verdadera definición del cristiano: «Yo soy lo que soy por la gracia.» Nacido de este prodigioso amor, tiendo hacia él para mí y para el mundo. El dinamismo de

mi vida no está en mí y no depende de mi punto de vista; viene como la participación en el amor con que Dios nos ama y tiende a realizar su intención. El ser que no se definiere más que por el amor, sería el verdadero cristiano; este es el privilegio de la Virgen María; esta es la ambición de todo verdadero discípulo: coincidir con el amor que se ha mostrado en Cristo actualmente vivo.

La gran novedad de esta vida según la definición paulina es ser una vida para Dios, relativa a Dios, que encuentra en Él su sentido, su alegría, su fuerza. Somos tan frívolos, tan poco atentos, que no nos maravillamos de la posibilidad de agradar a Dios que se nos ofrece así; de poder, en soledad como entre la multitud, en el secreto de nuestra conciencia como en la acción más pública, estrechar nuestra intimidad con Aquel que está más próximo que nadie que, por Cristo, nos ha puesto en una relación inconcebiblemente cercana a Él. Parece que éste fue un descubrimiento de los primeros convertidos de Salónica cuando, por vez primera, les fue revelada la Buena Nueva. En su primera carta, el Apóstol hace alusión explícita a esto: «Habéis recibido nuestra enseñanza acerca del modo en que habéis de andar y agradar a Dios, como andáis ya, para adelantar cada vez más» (1 Thes 4, 1).

Al mismo tiempo, e inseparablemente, esta relación absolutamente nueva con Dios crea

una relación no menos nueva, no menos maravillosa, con el prójimo, relación que desborda los lazos y las solidaridades humanas: «Yo les he dado la gloria que tú me diste» (Ioh 16, 22).

¿Es demasiado audaz que tratemos de esbozar los rasgos de esta nueva vida? La alegría, ciertamente, es la primera que se presenta; alegría hecha de la consciencia de ser amados, de haber puesto la confianza en un Viviente que no decepciona y de encontrar en Él y por Él la paz en que se expresa un ser unificado. A continuación vienen la sinceridad y la verdad; san Pablo habla de estos ázimos pascuales; simplicidad de un ser que sólo quiere la voluntad de Dios, que es consciente de su presencia y que, de hecho, es auténtico consigo mismo y con los demás; que quiere las cosas tal como son, sin drama, ni ligereza, sin complicación y sin huida; que deja las cosas relativas en su relatividad y lo absoluto en su unicidad. En Él «no hay más que sí», nos ha dicho del Maestro el Apóstol del Resucitado. La libertad cristiana nace de ahí, esta libertad en la que Cristo nos enseña a no depender de nada salvo de su amor, esta libertad que hace los reyes y que conservan los niños, que a nada teme y que ase toda ocasión percibida como bien porque no hace caso de lo que le cuesta, sino de lo que puede dar. La apertura fraterna, por último. El hermano se ha convertido en «su alegría» al formar uno

solo con Cristo; el me pide de parte suya, me llama y me trae de parte suya. Vencidos el egoísmo y la opacidad, Cristo vivo está ahí para amar a su manera a fin de servir y de unir haciendo que descubramos en cualquier otro un otro yo mismo¹.

Estos rasgos son, sin duda, los puntos cardinales de la vida pascual; estaría, sin embargo, vergonzosamente fuera de lugar, reducirla a cualquier descripción: ¿No es, en el fondo, ese guijarro blanco que eleva un nombre único y nuevo, nombre que nadie conoce sino aquel que lo recibe? (cfr. Apc 2, 17).

¹ Sobre este tema nos permitimos remitir al lector a nuestra obra *El misterio de la caridad (el amor sin medida)*, 2.^a edición, Colección Patmos, núm. 43, Ediciones Rialp, Madrid.

II. TESTIGOS DE LA RESURRECCION

De todos los misterios de Cristo, no hay otro, sin duda, en que el papel del testimonio esté más afirmado: «Resucitó y nosotros somos testigos» parece ser la afirmación más primitiva y más esencial de la fe pascual. Lo es hoy como ayer y se comprende por qué el Vaticano II ha repetido expresamente a los laicos su misión de ser testigos de la Resurrección y signos del Dios vivo.

Al llegar al final de nuestro estudio hay otro aspecto que se desprende de lo más profundo del misterio: ha resucitado, decíamos, para cada uno de nosotros. El misterio pascual es el misterio mismo de la caridad: el Señor quiere compartir su vida con los suyos. Llamado a amar a su hermano como él mismo ha sido amado, el discípulo de Cristo debe a su her-

mano ese don que le ha sido hecho; se hace deudor de cualquier hombre, pues le debe eso mismo que ha recibido. Lo mismo que tiene la ley un rostro interno vuelto hacia Dios que ha resucitado a Jesucristo, tiene un rostro externo vuelto hacia el mundo que es la expresión o, según la palabra técnica, la «confesión» de la fe. No se trata de un deber facultativo o de un privilegio, sino de la necesidad misma de la vida en Jesucristo: «el que recibe sin dar se pone fuera de la ley del amor» (Lacordaire). El único problema para cada uno es inventar la forma en que va a pagar esa deuda que le liga a Cristo y a todos los hombres. ¿Hay que añadir que nuestro tiempo necesita con más urgencia ese testimonio? Sólo de la Pascua pueden nacer esos hombres que espera, esos hombres nuevos, artesanos de una humanidad nueva.

Bastaría, tal vez, para tratar de este aspecto de la vida pascual, añadir que todo lo que ha sido comprendido debe ser compartido, que todo don del Señor debe circular y que toda exigencia de vida concierne también a la manera de ser que será testimonio para el prójimo. Bastará, pues, con que añadamos unas palabras.

Cada uno tiene, primero, que preguntarse qué le ha sido confiado, ya que decir testimonio es hablar de libertad y de responsabilidad personal. Cuando se trata de decir, de expre-

sar un pensamiento, sólo puede hacerse en el propio lenguaje y en el del interlocutor al que uno se dirige; un diálogo es siempre una relación de persona a persona; de modo que no hay testimonio abstracto, sino sólo servicio concreto al prójimo y atención hacia él para compartir con él lo que nos ha sido confiado para todo el mundo.

En esta línea de reflexión, se da por sentado que un viviente no se prueba sino por la vida; en un mundo donde, con demasiada frecuencia, se opone Dios al hombre, un signo de la verdad cristiana será justamente una humanización auténtica, un ansia verdadera de valores humanos. «Es alguien que quiere mi progreso», decía un día una alumna de bachillerato para explicar a sus compañeros lo que Dios significaba para ella. El Concilio ha hablado de «competencia», de sentido de todos los valores humanos. A cualquiera que se llame hombre porque tiende a la libertad, a la conciencia, a la justicia, a la paz y al progreso, sería normal que pudiera decir el discípulo de Cristo: «y yo, más aún»; no porque se crea superior, sino, simplemente, porque entre muchas razones comunes a todos los hombres, tiene él una que viene de Jesucristo y que es infinita.

Debe, a continuación, el cristiano reflexionar sobre la manera de vivir que puede probar su pertenencia a Cristo. En la vida y en la

muerte, en los éxitos y en los fracasos, debe reaccionar con la libertad que ha recibido, libertad cautiva de Cristo; todo es para él salvo él mismo que pertenece a Cristo: «Todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios» (1 Cor 3, 22 s.). La vida profesional y la vida familiar, las responsabilidades públicas y la manera de ser hermano universal, expresarán su certeza pascual: Cristo está vivo y en Él encontrarán su sentido mi vida, la de todos mis hermanos y la del universo.

La caridad fraterna es, y seguirá siendo sin duda, el signo más excelente incluso para los espíritus más puramente intelectuales en apariencia y más alejados de la fe: es un amor aprendido de Cristo, recibido de Él y que lleva un signo irrecusable de su presencia; es el signo sin posible falsificación.

Hay que volver a hablar aún de la alegría; todo es alegría en la fiesta de Pascua. Para que esta alegría sea un verdadero testimonio, debe ser signo de la presencia de alguien mejor que uno mismo, debe ser acogida para cualquier hombre, aptitud para comprenderlo, preocupación por la miseria del mundo y propensión a compartirla. La alegría recibida de Cristo le vuelve a uno misericordioso.

El mensaje pascual responde, en fin, a la angustia del mundo con una promesa y lo hará mediante la esperanza de los cristianos, esperanza que no es ingenuo optimismo, sino cer-

teza de que ningún esfuerzo humano por la paz y por el progreso humanos podría ser vano; certeza también de que ningún sufrimiento humano se pierde y de que, más allá de este mundo, se prepara la tierra nueva y los nuevos cielos donde reinará la justicia.

Cristo se ha unido a todos los hombres y a todo lo humano; está actuando y los suyos han sido encargados de ser sus signos.

RESUCITO PARA MI

¿Cómo no diría yo, en el momento de concluir, que nunca he comprendido tan bien la distancia que separa a toda reflexión humana de la palabra de Cristo? Puesto que estamos en un tiempo en que algunos creen que deben oponerse a todo, ¿por qué no iba a añadir que hay más revisionismo y poder de renovación en Cristo actualmente vivo que en los análisis de una coyuntura histórica? Hay más novedad en Jesucristo resucitado que en el mundo en que entramos...

A fuerza de meditar este misterio y al abordar sus diferentes aspectos, parece que se comprende mejor cómo es la vida de Cristo que se produce en nosotros y cómo somos, si puedo decirlo así, en el interior de su misterio. «Porque yo vivo y vosotros viviréis», nos ha

dicho; viviréis una vida recibida de mí. «Comprenderéis que estáis en mí y yo en vosotros.»

Los que temen que tal pensamiento les aparte de las llamadas y de los servicios del mundo, olvidan que el fondo de este misterio es justamente el amor de Dios hacia el mundo. Los que temen por la libertad del hombre, ¿comprenden que se trata del Amor? Incluso en el plano humano, ¿qué hay más despertador de la libertad y más creador de personalidad que un verdadero amor? Esta parábola está diariamente ante nuestros ojos como, ¡ay!, sus deformaciones y sus ilusiones caricaturescas. Resucitó para mí. Este don es una llamada; se trata de lo ya recibido por la gracia del bautismo y, sin embargo, aún está todo por hacer para que esta vida adquiriera sus dimensiones en mí, para que tomen conciencia mis hermanos y para que el mundo extraiga de ahí su inspiración y sus principios según su propio orden y su forma propia.

Es una deuda como es deuda la riqueza de experiencias pasadas, las profundidades de inteligencia y de sentimiento que aporta el prometido a aquella que se compromete con él. Es una aventura que hace a uno salir de sí mismo; desposee de sus ideas, de su ambiente y de sus gustos; la salvación del mundo es lo primero que está en las condiciones, pero también un poder infinito de humanización para todos sus valores. Se trata de lo ya dado y del

todo por hacer, puesto que Cristo nada ha querido emprender ni nada acabar sin la colaboración de los suyos. Por el sepulcro vacío, por la muerte vencida, se instauró un orden nuevo en la mañana de Pascua.

Para hablar aún más profundamente, en estilo bíblico, el misterio pascual es la alianza nueva y eterna. Es, pues, la más maravillosa de las promesas. Una de las más bellas tomas de conciencia de esta alianza es, sin duda, el entusiasmo con que, considerando San Pablo el plan de Dios, deja que estalle un himno a Cristo crucificado: «¿Qué diremos, pues, a esto? Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos ha de dar con Él todas las cosas? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Siendo Dios quien justifica, ¿quién condenará? Cristo Jesús, el que murió, aún más, el que resucitó, el que está a la diestra de Dios, es quien intercede por nosotros. ¿Quién nos separa del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Según está escrito: «Por tu causa somos entregados a la muerte todo el día, somos mirados como ovejas de degüello. Mas en todas estas cosas vencemos por Aquel que nos amó. Porque persuadido estoy que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra

criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor» (Rom 8, 31-39).

Esta situación nueva en la que se introdujo el discípulo de Cristo está hecha de fe, de libertad, de alegría, y alimentada de esta acción de gracias a Dios por Jesucristo de que hablan los escritos apostólicos.

Es también una solución propuesta, como en toda alianza: si quieres... Es el fardo ligero, el yugo suave de que hablaba Jesús al llamar a sí a los que sufren y viven con penas. (Cfr. 11, 30). Es la ley nueva que es el don del Espíritu. La condición a cumplir no es otra que recibir el don de Dios y vivir en él, vivir en él para uno mismo y para la Iglesia.

«Nos apremia la caridad de Cristo»... y esta caridad se ha expresado en la muerte y en la resurrección del Señor. En el centro de su vida, el cristiano es atraído por la fuerza más poderosa: la gracia de Dios por Jesucristo no es ni una violencia ni una seducción de la sensibilidad; es una proposición en la libertad. Quien la acoge no tiene ya razón de vivir en sí, sino en Aquel que murió y resucitó por él. Todo será cambiado y todo será divinizado; toda relación humana será transformada e incluso se renovará la relación con Cristo: «De manera que, desde ahora, a nadie conocemos según la carne; y aun a Cristo, si le conocimos según la carne, ahora no lo conocemos

así. De suerte que quien es de Cristo se ha hecho criatura nueva, y lo viejo pasó, se ha hecho nuevo» (2 Cor 5, 16 s.); es una novedad que se ofrece, esta novedad donde Dios era todo y el mismo hombre será más libre, más consciente, más personal que nunca.

Debo a Cristo, como comunión de nuestra amistad, el misterio pascual en que Él vive y que me ha concedido compartir con Él; lo debo a cada uno de mis hermanos que son amados con el mismo amor; lo debo al mundo entero del que Cristo me ha hecho deudor y servidor.

Tal vez podemos comprender menos mal esta llamada suplicante y confiada de los primeros cristianos en las catacumbas romanas del siglo III: «¡Tú, el único entre los únicos y que llena todo en todo!», que atraes hacia ti en una relación única, tú que confías tu misión para cualquier hombre y para todo el hombre.

APENDICES

I. DIÁLOGO CON LOS NO CREYENTES

No se puede hablar de la resurrección del Señor, incluso cuando se trata entre creyentes y desde el punto de vista de la fe, sin pensar en el mundo ambiente donde esta fe se ve contradicha y amenazada; sin embargo, no creí que debiera detenerme en este aspecto durante mi exposición y me propuse dedicarle algunas páginas finales. Helas aquí, como un ensayo de reflexión entre creyentes y no creyentes sobre el tema de la Resurrección. ¿No debe el cristiano estar siempre dispuesto a dar razón de la esperanza que vive en él?

1. El cristiano no debe asombrarse de la incredulidad; debe ponerse en el lugar de ese hermano para quien hablar de resurrección

es un absurdo tan enorme que arroja el descrédito sobre cualquiera que mantiene tal afirmación. Esta fue la reacción de los griegos de la Acrópolis. Desde que fue lanzada la frase «resurrección de los muertos» se encerraron en su escepticismo. Debe, pues, el creyente hacer comprender que no se trata de un hecho ilusorio, sino de un hecho que tiene un sentido dentro de un conjunto y, sobre todo, en el designio de Dios que quiere, por puro amor, llamar al hombre a una vida superior para el tiempo presente (el de la gracia) y después de la muerte (en una vida definitiva con Él). Esta llamada ilumina el destino humano y da todo su sentido al universo.

2. El cristiano no debe dejarse turbar por la suma de negaciones; debe comprender que las negaciones no se suman más que si se apoyan sobre la misma prueba o sobre pruebas que se refuercen mutuamente. Para que su número fuese un argumento haría falta que se apoyasen en las mismas razones. Dos negaciones que toman sus argumentos de razones opuestas o contradictorias no se suman para formar un total sino que se anulan; se devoran entre sí y no actúan sobre lo real. El Padre Lagrange lo señalaba ya a propósito de un libro que quería utilizar como un argumento conclusiones de la crítica racionalista; señalaba el debilitamiento que revela el recurso incesante a nuevas hipótesis y a nuevas obje-

ciones, lo que no hace más que subrayar la insuficiencia de las primeras objeciones. Ya lo decía san Agustín, en otra situación, a propósito de todos los que se oponían al cristianismo: «Están de acuerdo contra la verdad, pero están en desacuerdo entre sí.»

Dos afirmaciones se refuerzan cuando aportan pruebas nuevas, no cuando se repiten y menos aún cuando mutuamente se niegan. Se da este caso en todo lo que toca a la fe cristiana y, especialmente, en las interpretaciones anticristianas que se dan, alternativamente, del hecho cristiano.

3. El cristiano no debe confundir la incredulidad con las objeciones históricas o científicas que dirige contra la fe. Un ateo, un hombre que niega la intervención de Dios en la historia, que rechaza la posibilidad de la Resurrección, debe proponer necesariamente una interpretación, a su nivel, del hecho cristiano, sobre todo de la fe en la Resurrección. No puede aceptar sin esfuerzo un testimonio que contradice su vida y su pensamiento, su ciencia y sus concepciones; su incredulidad tratará de explicar, con razones plausibles, la fe cristiana. Se trata de un presupuesto inevitable con el que debe contar el creyente.

Mientras subsista ese presupuesto metafísico no puede haber un verdadero diálogo sobre este tema central de la fe. Podrán discutirse puntos particulares, pero no este esencial.

Recuerdo una ocurrencia del Padre Lagrange respecto a una racionalista: «No puedo darle la fe; pero debo tratar de hacerle ver que emplea una pésima gramática.» Tenía conciencia de que lo único que podía hacer con él era reestudiar los documentos evangélicos en su literatura textual. De igual forma, cada uno en su puesto, debe tratar de comprender simplemente la manera en que se plantea la cuestión a su hermano.

Un diálogo debe ser intercambio humano de ponerse juntos a la escucha de la verdad y de buscar esa verdad en tal o cual palabra, en tal o cual hecho.

4. No puede comprenderse un signo si no hay posibilidad de interpretación; a un incrédulo sólo puede parecer la Resurrección un signo absurdo e imposible a la vez; de ahí esas declaraciones referidas por el Padre De Grandmaison: «Hoy, para el hombre moderno, una resurrección verdadera, el retorno a la vida orgánica de un cuerpo realmente muerto, es la imposibilidad de las imposibilidades» (Ed. Stapfer, *La mort et la résurrection de Jésus-Christ*, París, 1898). «La resurrección o transformación repentina de un cuerpo realmente muerto en cualquier cosa que no sería ni completamente material ni completamente espiritual, supondría la violación de las leyes más seguramente conocidas de la física, de la química y de la fisiología. Aunque el testimo-

nio fuese cincuenta veces más fuerte de lo que es, cualquier hipótesis sería aceptable antes que ésta» (H. Rashdall, *Mémoire inédit*).

También el cristiano pide un presupuesto; que su interlocutor no niegue a priori la posibilidad de la Resurrección; que ese contradictor se sitúe en la hipótesis de la no imposibilidad. No puede pedirse más, pero es indispensable para ponerse en situación de diálogo respecto a este tema. Lo dice felizmente el doctor Ramsey en estos términos: «Prender apartar toda idea preconcebida sería una empresa imposible; más que pretenderlo el autor del presente libro pide que se acojan con simpatía los presupuestos muy modestos. El primero es que la fe bíblica en un Dios vivo, creador, redentor, transcendente, es auténtica. El segundo es que los acontecimientos deben permitir explicar el Evangelio que los apóstoles predicaron y en el que vivieron los primeros cristianos. No queremos servirnos de estos presupuestos para formar las conclusiones históricas; querríamos simplemente mantenerlos presentes en nuestro espíritu para evitar una especie de inhibición si la convergencia de los indicios parece implicar un acontecimiento sobrenatural en la cúspide de la historia de Cristo. Así, pues, si los datos de que disponemos nos conducen a una Resurrección de una naturaleza absolutamente única, no nos mostraremos incrédulos, ya que Cristo

mismo es, en la historia, un hecho único y trascendente» (o. c., p. 67).

5. En cuanto al estudio de los propios testimonios apostólicos el creyente debe comprender su fuerza y poderla exponer:

a) No es dudoso que los apóstoles y los discípulos actuaban de buena fe. Nadie hoy los trata como impostores.

b) No hay huella alguna que permita afirmar que su fe en la Resurrección haya sido el resultado de una elaboración, sino que, por el contrario, es anterior a sus reflexiones. Si no hubiesen considerado la muerte y la resurrección como acontecimientos reales, no las habrían creído fuentes de salvación. Desde el primer día se ha mostrado esta fe en toda su fuerza y esta fuerza es tanto más indiscutible cuanto que se presenta en fórmulas más toscas, más inadecuadas y desprovistas de cualquier elaboración, explicitando mejor el misterio siempre idéntico a sí mismo.

c) La posibilidad misma de una elaboración está en entredicho, no sólo por el carácter absolutamente original de la afirmación de la fe, sino incluso por la imposibilidad de tal elaboración y aun de invención. El medio judío es estrictamente monoteísta; la idea de una divinización, sobre todo de un Crucificado, está, pues, excluida; el estado anímico de los apóstoles estaba en el extremo opuesto a tal creación.

d) La conversión de San Pablo muestra que Cristo no se mostró sólo a amigos que se suponen fáciles de convencer (¡se olvida la historia de Tomás!), sino también al más irreductible de sus enemigos, Pablo. Reducir el testimonio de San Pablo a una simple alucinación es contrario a su propia afirmación y conduce, sobre todo, a desconocer el cambio radical y bienhechor que se operó en él. Creer que Cristo está vivo no ha sido para él un hecho exterior, sino una realidad total de vida. Además, su testimonio no separa su experiencia del testimonio de los otros apóstoles y esto contribuye a demostrar, incluso a los espíritus más críticos, que el año de su conversión (36-37), la fe de los apóstoles en Jerusalén era esa misma cuya experiencia indiscutible había tenido él en el camino de Damasco.

e) No hay que olvidar que, desde el año 50, Lucas se unió a Pablo en el momento en que éste iba a entrar en Europa. A partir de ese momento (cf. Act 16, 10) el evangelista se pone, a menudo, dentro de la acción: dice «nos embarcamos», etc. Este Lucas, gracias a los viajes de Pablo y a la larga cautividad en Judea, durante la que acompañó al Apóstol, tuvo la posibilidad de interrogar a placer a los primeros testigos y de conocer los primeros testimonios escritos. Tiene, por otra parte, un temperamento de historiador (aunque no haya que tomar esta palabra en el

sentido que hoy le damos). Al comienzo de su Evangelio recuerda que ha interrogado con cuidado a los que habían sido, desde el principio, servidores de la palabra; hemos tenido ocasión de hablar de esto.

f) Finalmente, las divergencias notables, aunque secundarias, entre los textos evangélicos, muestran a la evidencia que no se trata de una fabricación completa, sino de testimonios parciales y expuestos, como tales, a los defectos de cualquier testimonio. Sería demasiado largo insistir sobre esto.

6. Los apóstoles han predicado a Jesús resucitado porque lo han visto; quien rechace esta afirmación debe dar una explicación de la fe de la Iglesia afirmando por escrito desde el año 51, ó 52, fecha cierta de la composición del primer texto escrito que poseemos y que es una carta de san Pablo. Este testimonio es tanto más fuerte cuanto que se trata de una carta, escrita ocasionalmente, y que hace alusión a lo que es la fe común de todos los cristianos. Este hecho deja entrever claramente que la exposición de esta fe había ya sido hecha y comprendida.

Si llegamos a estudiar el propio testimonio apostólico no es posible escoger más que entre tres hipótesis: la primera es dar pura y simplemente nuestra adhesión al testimonio apostólico. Los apóstoles son dignos de fe; no puede ponerse en duda su testimonio y, después

de haber estudiado sus cartas de crédito, se les da confianza. Esta posición es la de todos los cristianos; es, desde el punto de vista histórico, la más comfortable con mucho; es, por otra parte, muy libre respecto a problemas de crítica histórica, de investigaciones sobre la formación progresiva de estos textos diversos, sobre la lenta elaboración de algunas formulaciones. El rigor y la libertad de la exégesis cristiana prueban bastante las posibilidades ofrecidas a una investigación verdaderamente científica. No es la fe, pero hace ilógica una posición de incredulidad. Es rechazada, en consecuencia, por todos aquellos que, discutiéndola, quieren justificar la posición de negación en que están y, aquí, se encaminan en una alternativa de la que no pueden escapar y cuyas ramas constituyen las otras dos posiciones posibles, frente al problema de Jesús contemplado como cuestión histórica.

O bien admiten la historicidad de Jesús y rechazan todo lo sobrenatural que consideran leyendas añadidas, y piensan que la admiración y después la adoración de los suyos le han divinizado; las leyendas crean los héroes; el culto ha hecho del hombre un Dios. Esta hipótesis choca irremediabilmente con los testimonios más ciertos: un trabajo de divinización pide tiempo, requiere que los testimonios reales hayan desaparecido, supone un terreno favorable. Ahora bien, cuantos más

progresos hace la crítica, cuanto más aclara la historia los documentos apostólicos y penetra en su ambiente, más pierde su verosimilitud tal explicación. Los primerísimos testigos creyeron en la Resurrección de Cristo y sobre ella se fundó su esfuerzo; no pueden ser ellos quienes crearon su fe, sino su fe quien los creó. Nadie puede suministrar una prueba de tal trabajo de elaboración y los plazos que requeriría están excluidos por las fechas ciertas que poseemos sobre la vida de los testigos, de Pablo especialmente, como acabamos de ver.

Ahora bien, otros negadores recurren a la otra rama de la alternativa; piensan que Jesús no ha existido históricamente y que es un mito. Estos se debaten inextricablemente en la existencia de hechos y de testimonios históricos. No pueden, además, ni dejar de dar razón de la creación del mito ni hacer verosímiles sus concepciones.

Evidentemente este esquema está muy simplificado. El *Jesús* de Jean Guitton expone con mucha simplicidad estos problemas, muestra las dos vías de salida ofrecidas a la incredulidad cuando quiere explicar cómo se ha formado la fe de los apóstoles si no nació de un acontecimiento creído como real, lo que nos remite a lo que decíamos del testimonio.

Esto nos hace tomar conciencia de este testimonio humano en nuestra fe y nos impulsa a comprender cómo, a través de las palabras

de Cristo, referidas por sus compañeros de vida y confiadas a la Iglesia, es a Él, hoy, a quien nos damos. «¿A quién iremos?; tú tienes palabras de vida eterna» (Ioh 6, 68).

II. EL SILENCIO DE LA HISTORIA

Una objeción que se hace a menudo a la fe cristiana es el silencio absoluto de la historia contemporánea de Cristo sobre su vida, su muerte y el anuncio de su resurrección. A primera vista, esta objeción es muy fuerte y es explotada con frecuencia.

El designio de Dios ha sido asumir una humanidad semejante a la de los otros, no ser verdaderamente otra cosa que hombre como los otros, excepción hecha del pecado que no conoció; con la excepción también de poderes sobrenaturales de los que tan sólo se sirvió para el bien de los demás y para acreditar su doctrina.

La historia escrita está reservada a algunos privilegiados; la inmensa masa de los hombres permanece anónima.

Cristo habló del Reino de Dios a algunos hombres de su provincia, Galilea, poniéndose a su altura y encerrándose en el mundo estrecho que era el de ellos y que fue el suyo. Predicó en Jerusalén las pocas veces que subió

a ella entre los peregrinos, con ocasión de fiestas; ¿pero qué era eso entre la multitud?

Su condenación y su muerte no fueron sino un hecho poco destacado y el anuncio de su resurrección no podía parecer más que un absurdo.

Pero, incluso en nuestros países ultracivilizados, donde cada ciudadano está registrado, numerado, ¿qué se sabe después de diez o de veinte años de un hombre, de un artesano, muerto joven, que no dejó hijos y que no escribió?

El fin de la Encarnación, realizado en la Resurrección, no es llamar la atención desde fuera mediante un acontecimiento histórico, sino llamar desde dentro a una comunión cada vez más viva con Dios que ama al mundo. Mediante los suyos, por la fe primero, por su presencia creciente en el mundo, es como Cristo ha entrado en la historia escrita de los hombres y ha hecho conocer este amor más vivo que ningún otro.

Los Evangelios no han sido escritos como una historia de Jesús, sino como anuncio de salvación; omiten así rasgos biográficos que nos gustaría conocer; no tienen ni siquiera un deseo extremado de exactitud, pues la muerte y la resurrección de Cristo no serían fuente de salvación, si, primero, no fuesen acontecimientos reales. El crítico puede, pues, a pesar de sus insuficiencias de información

precisa (fechadas y localizadas) estudiarlos como verdaderos documentos históricos.

III. EL ESTADO DEL SEPULCRO

Se plantea una cuestión y no puede dejar de plantearse cuando se reflexiona sobre esta narración: Juan llega el primero, mira desde fuera en la tumba vacía, «ve los vendajes por tierra»; Pedro, entra y «ve los vendajes por tierra y el sudario que cubría su cabeza; este último no estaba con los vendajes, sino enrollado en un lugar aparte». Juan a su vez, «entra»; «vio y creyó». ¿Qué quiere decirnos? ¿Qué vio? ¿Qué comprendió? ¿En qué basa su acto de fe?

Es seguro que, a través del signo percibido, Juan se adhirió a la palabra de Dios que hablaba de la gloria de Jesús. Es seguro que el estado de los lienzos en la mañana de Pascua, la manera en que estaban dispuestos, demostraba que el sepulcro no había sido profanado como imaginara María Magdalena y que el cuerpo no había sido quitado de ahí por una acción humana, sino por una intervención divina. Si fuera de otra forma, la frase de Juan no tendría sentido; hay un lazo necesario entre su fe y el signo que percibió con sus ojos.

¿Habría que traducir: los lienzos puestos

sobre la tierra, abatidos, extendidos, y el sudario no extendido sino ahuecado, prominente como cuando rodeaba el rostro de Jesús? Las palabras de Juan son desilusionadoras, demasiado poco descriptivas; es un hombre sin cultura que, con un vocabulario pobre, habla un lenguaje que no es el suyo.

Analizando con minucia rigurosa cada una de las palabras, y tratando de encontrar el pensamiento semita bajo la expresión griega, los padres Lavergne y Hardouin-Duparc creen poder encontrar ese sentido. A los especialistas corresponde profundizar y continuar esa investigación que sólo quiere presenciar lo esencial: el estado de los lienzos sobre el poyo funerario no podía explicarse más que por una intervención todopoderosa llamando a Cristo fuera del sepulcro.

¿Revelaron a Juan algo de la gloria del cuerpo de Cristo en una nueva condición, que dejó su sudario atravesándolo y sin moverlo? Esto sería infinitamente expresivo y esto debe ser lo que quiso decirnos san Juan.

IV. LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS

Un estudio sobre la Resurrección debe llevar, normalmente, una reflexión sobre la resurrección de los muertos, pues Cristo es el

«Primogénito entre los muertos», «las primicias de los que duermen». El doctor Ramsey ha consagrado a este tema un capítulo hermoso e importante de su libro sobre la Resurrección.

No abordo yo mismo este tema al estar situado en un conjunto el estudio que me han pedido; en el estudio del artículo del Credo sobre el mundo venidero será estudiada esta enseñanza de la fe¹.

Nos bastará recordar aquí que la resurrección de Cristo ha cambiado ya el sentido de la muerte; los cristianos, y después de ellos el mundo occidental, han llamado «cementerio» al lugar de las sepulturas, lo que, en griego, quiere decir dormitorio. Claudel expresó el sentido de la esperanza cristiana en la inscripción que hizo grabar sobre su tumba: «Aquí reposan el despojo y la simiente de Paul Claudel.»

Muestra esta doctrina, por una parte, hasta qué punto es verdadera nuestra pertenencia a Cristo, puesto que se extiende a nuestro cuerpo mortal; muestra la extensión de la víctima de Cristo que ha «hecho desaparecer la muerte». Por otra parte, ilumina profundamente el sentido del destino total del hombre. En estas perspectivas se comprende la riqueza

¹ Este libro de J. M. Perrin se escribió para una colección titulada «Doctrina para el pueblo de Dios». (N. del T.)

de pensamiento contenida en la conclusión donde Jean Guitton resume su pensamiento a este respecto: «Veis a donde llego, dice, situándome en una altura superior: a pensar que la muerte e incluso la mortalidad del alma son los últimos objetos de nuestra reflexión, que hay que ir aún más alto y preguntarse si lo que existe no sobrevivirá. Desde este punto de vista, la Resurrección sería el cumplimiento inaprensible y sobrenatural de la génesis de los seres» (*Jesús*, cap. 9).

Al final de estas reflexiones, que no suprimen la oscuridad del misterio y el carácter inimaginable, e incluso inconcebible, que tiene para nosotros esa supervivencia, parece que la esperanza de la resurrección adquiere, sin embargo, un sentido nuevo: el misterio revelado por Dios no se caracteriza sólo por su incomprendibilidad, sino por la luz que derrama en torno a sí; su noche es luz que ilumina. El valiente desafío que san Pablo lanzó a la muerte es, ahora, sustituido por la acción de gracias; las sutilezas sobre la resurrección terminan en el silencio y en la adoración: «Pero gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo» (1 Cor 15, 57). Hoy, esta victoria que triunfa del mundo, es nuestra fe.

INDICE

	<i>Págs.</i>
PREFACIO	13

PRIMERA PARTE

EL ACONTECIMIENTO PASCUAL

INTRODUCCIÓN	25
I. EL SEPULCRO VACÍO	27
El estado anímico de los discípulos ...	27
El primero que creyó	32
Las santas mujeres y las revelaciones angélicas	37
II. LAS MANIFESTACIONES DEL RESUCITADO	40
Las manifestaciones de orden personal.	47
A las santas mujeres	47
A María Magdalena	48
A los discípulos de Emaús	51
A Tomás	55

	<i>Págs.</i>
Las apariciones a los apóstoles	57
Las apariciones a los once	57
III. LA GLORIFICACIÓN DE CRISTO	69
IV. CONVERSIÓN Y TESTIMONIO DE SAN PABLO ...	77
V. «SEGÚN LAS ESCRITURAS»	82

SEGUNDA PARTE

LA FE, RELACION VIVA CON CRISTO

INTRODUCCIÓN	93
I. ¿SERÁ NADA NUESTRA FE?	95
II. EL SENTIDO DE LA FE	102
III. RESUCITÓ PARA CADA UNO DE NOSOTROS	111

TERCERA PARTE

EL SEÑOR EN SU VIDA DE GLORIA

INTRODUCCIÓN	127
I. REALIZACIÓN EN GLORIA DE JESUCRISTO	135
II. CERCA DEL PADRE	148
III. CRISTO, CABEZA DE SU CUERPO, QUE ES LA IGLESIA	157
Relación con todos	161
Comunidad de gracia	163
Los medios de salvación	165
El cuerpo, expresión del alma	167
La Iglesia, «plenitud de Cristo»	169
IV. EL ALFA Y EL OMEGA	173
El señor de la historia y del mundo ...	176
El cumplimiento de todo	180

CUARTA PARTE

LA RESURRECCION DE CRISTO,
FUENTE DE VIDA NUEVA

I. LA VIDA RESUCITADA DEL CRISTIANO	191
La vida de la gracia y las virtudes teo- logales	195
El aspecto sacramental de la vida nueva	196
En su Palabra	199
En la realidad vivida	200
La novedad cristiana	206
II. TESTIGOS DE LA RESURRECCIÓN	210
RESUCITÓ PARA MÍ	215

APÉNDICES

I. Diálogo con los no creyentes	221
II. El silencio de la historia	231
III. El estado del sepulcro	233
IV. La resurrección de los muertos	234

NIHIL OBSTAT: FRANCISCO PINERO JIMÉ-
NEZ. MADRID, 31 DE OCTUBRE DE 1973.
IMPRÍMASE: DR. JOSÉ M^o MARTÍN PATINO.

ESTE LIBRO, PUBLICADO POR EDICIONES
RIALP, S. A., PRECIADOS, 34, MADRID, SE
TERMINÓ DE IMPRIMIR EN TORDESILLAS,
ORG. GRÁFICA, SIERRA DE MONCHIQUE, 25,
MADRID, EL DÍA 10 DE JUNIO DE 1974.